

Aquí había una frontera

GABRIEL RODRÍGUEZ LICEAGA



narrativa



Aquí había una frontera

Gabriel Rodríguez Liceaga obtuvo el premio único de novela en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Benito Taibo Mahojo, Beatriz Escalante y Agustín Monsreal.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

GABRIEL RODRÍGUEZ LICEAGA

Aquí había una frontera



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Aquí había una frontera

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Gabriel Rodríguez Liceaga

ISBN: XXXXXXXXXXXXX

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/30/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Vomitarse el tamal completo

Felipe se quemó el clan de pestañas que delimitan su ojo izquierdo tratando de encender un cigarro en el girasol de la estufa. Él ni siquiera fuma. Encontró una cajetilla, casi nueva, en una de las bolsas de su saco azul marino con parches en los codos. Son de dieta y mentolados. Desea verificar lo ridículo que debe verse pero el espejo del baño luce hondamente cacarizo. Cuesta trabajo imaginar que alguna vez aquella lámina devolvía un reflejo.

—¿Qué se espera de un espejo? —se pregunta en cabizbaja voz.

Está hablando solo. Signo inequívoco de que está crudo. Irritablemente crudo. Siente que su lengua es una jerga arrinconada, siente que su cuerpo es una calca de sí mismo realizada con arrugado papel carbón y siente que la tapa de su cráneo aletea necia golpeándose con una puerta de cristal. Siente, siente, ¡siente! Está

insoportablemente crudo, más bien. El departamento huele a cantina, a una cantina que se llenó de ebrios que pisaron cacas de perro cuando se dirigían hacia ella. Vuelan por el hogar esas moscas diminutas y frágiles que aparecen alrededor de las latas de cerveza abandonadas aún con una escupida de líquido. Los movimientos súbitos de dichos insectos no ayudan a que la resaca sea llevadera. Felipe se palpa las puntas mutiladas de lo que le queda por pestañas en el ojo izquierdo. Respira hondo y el fondo de su cuerpo chilla a soplos. Hace memoria. Tiene un tácito dolor de garganta, fantasmas de náuseas, punzadas en los costados y mordidas horizontales en el interior de los cachetes. También tiene hambre pero no tiene hambre.

¡Ya se acuerda! Desayunó un tamal sobre Lázaro Cárdenas. Apenas llegó a casa lo vomitó entero.

Se asoma a la calle. Ahí, desde su ventana en el tercer piso, puede ver el trajín diario de las personas buscando con qué anestesiar la vida que les tocó. Ese pedazo de ciudad, suyo con sólo descubrir un velo, es la calle de Mesones. Pezones, corrige murmurando. Y es como si lo hubiera repetido tantas veces que pareciera que nunca fue siquiera gracioso. En la taquería de enfrente ya casi terminan de armar el triste trompo al pastor. Del negocio de luz y sonido salen nubes de hielo seco y el escándalo de una cumbia a un volumen inhumano. Hay fayuqueros transportando mercancía en sus diablitos, estudiantes que van de regreso a sus casas, marchantas pidiendo cambio, oficinistas eructando caldo de camarón, una pandilla de cilindreros compartiendo una coca-cola de a litro, el perro de doña Rafa acostado en la esquina y soñando con las tetas de su madre. Hay demasiada vida en las calles. Vida en su estado más puro. Como

si cada uno de los integrantes de ese irrepitible grupo de personas hubiera nacido tan sólo para pasar por ahí en ese instante, formando una coreografía humana perfecta cuya belleza, Felipe, instalado en su resaca, es incapaz de apreciar porque siente que a su cerebro lo rodea, como a las envolturas de las golosinas, un papelito escandaloso.

Y nadie tiene sombra.

—¡Carajo, aún es temprano para estar despierto!

Despierto, crudo y con las pestañas del ojo izquierdo mochas.

Le llaman mediodía, aunque quién sabe si para la gente siga teniendo la forma de algo doblado en dos. Una hoja, por ejemplo. El cabello de una niña dividido en crenchas. Es otro ejemplo. En la esquina de ese tramo de ciudad hay un carro de madera lleno de banderas, banderitas y banderotas de México a diferentes precios. El puesto lo atiende una chica acongojadamente nalgona y en fluorescentes pants color rosa. Ojalá sea feliz, piensa Felipe mientras le calcula la edad. Quince primaveras en una ciudad sin primaveras, a lo mucho. En su carrito también vende sombreros, bigotes falsos, espantasuegras, huevos rellenos de confeti, los héroes como marionetas, cornetas de plástico, matracas, pelucas y todo tipo de artefactos verde, blanco y colorado.

Era de rojo el tamal.

Sabía feo.

Sabía a cuerpo.

Escupe Felipe en el suelo de su casa pero no sale saliva, sólo un terrible sabor a algo que fue. Levanta la mirada y observa que entre las nubes del cielo flota un moretón. No un moretón cualquiera: es uno de esos más bien poco notorios y que salen en la pantorrilla

por bailar ebrio. Es decir que va a llover. O a lo mejor no llueve. ¡Ese tipo de moretón!

En las prendas colgadas de los mecates, en las faldas adorablemente largas de las adolescentes y en los traviesos tornillos de polvo se puede ver que también hace viento. Es viento encabronado. Viento que despeina. Viento que alguien soñó. Viento que se ensaña con el carrito de chucherías patrióticas. Haciendo *fusssh* lo tumba de lado. No cae de porrazo. Más bien lentamente. La chica no sabe cómo reaccionar. Alcanza a dar un paso hacia atrás, escandalizada. A Felipe aquel accidente le resulta muy simpático. Ríe, aunque duele. Un martillito constante está demoliendo un edificio antiguo y bello adentro de su cabeza para construir encima un centro comercial. Las banderas quedan dispersas a lo largo de la calle, el viento las extiende diplomáticamente.

Aquella presencia tricolor le recuerda a Felipe, nuestro héroe, que ya empieza el mes de septiembre y que otra vez debe conseguir dinero para pagar la sacrosanta renta.

El problema de vomitar un tamal es que el tamal es, ya de por sí, un amasado; es decir: cuando uno lo compra ya posee éste la forma que tendrá transformado en vómito. Aquel bloque de maíz abandonó el organismo de Felipe caricaturescamente, como queriendo ofenderlo. Una chusca guácara. Incluso tuvo que ayudarse con las manos para extraer un cacho enterito que no se le desfragmentó. Fue una experiencia horrible. Podría haberlo comido de nuevo, contenerlo en un origami de gruesas hojas de plátano.

Como aquella vez en que Elio vomitó un vodka con todo y vaso, agitador, hielos, rodajita de limón. O al menos eso dice él que pasó.

Eso dicen que pasó ambos. La mitología que durante varios años de amistad han construido juntos a punta de pedotas.

Felipe alcanza a percibir la ausencia de pestañas si entrecierra los ojos, las imagina pabilos de vela casi ya sin llama. Busca la cajetilla de Marlboro verdes en una de las bolsas de su saco, ya se dijo, con parches. De un tiempo para acá les ha dado por ilustrar en la cara frontal de los paquetes de cigarros las pavorosas implicaciones de fumar tabaco: fetos verdes, dentaduras deterioradas, ancianos con agujeros en el cogote, un pie gangrenado, niños llorando, las eternas llamas del infierno. Con esas imágenes se podría forrar un cuaderno, piensa Felipe, extrañando sus años escolares. También piensa que no han ideado una advertencia ilustrada acerca de pestañas chamuscadas. “Si fumas te puedes quemar las pestañas”. No le da risa su chiste.

—Público difícil.

Habla solo, anda arisco. Le tocó la imagen precautoria del pulmón tumefacto comparado con un pulmón sano. Ambos lucen grotescos e irreales, caducos. Piensa en los órganos de su cuerpo e instantáneamente el dolor en sus costados se intensifica. Hablando de los tiempos escolapios: sus órganos pasan lista de asistencia a base de espasmos. ¿Serán los riñones? ¿Será el intestino? A Felipe siempre se le ha complicado nombrar e imaginarse la maquinaria que opera dentro de sí. Asume a sus entrañas llenas de rebabas: su corazón es un juguete de feria, su intestino está hecho en Taiwán, su estómago es un chipote chillón. Él se siente como esos parches en los codos de su saco. Remiendos decorativos que no corrigen rasgadura alguna.

La chica de las banderas se inclina para levantar los productos que siguen dispersos en el suelo. Algunas astas de corriente palo

se quebraron en dos. ¡Como el día! Pedazos de tela patria se alejan obedeciendo al colérico vientecillo, rompen a volar transformados en aves improvisadas. El águila y la serpiente son tatuajes que se hizo el cielo. Ya es septiembre. Mes del grito. Lluvioso mes del grito sobre la laguna tapiada y entubada. También por eso las calles están llenas de granaderos. Qué bueno que ya nadie manda tarjetas postales del Ángel, el Caballito, el Munal, la Alameda y el palacio porfirista de Bellas Artes. Qué bueno que ya nadie envía dichos rectángulos de turismo chilango, piensa Felipe, porque de lo contrario tendrían que modificarlos para que, en cada uno y al lado del monumento, aparezcan varios puñados de siluetas azules con sus cascos y escudos transparentes y raspados. Con sus caras de bostezo y sus cachiporras.

Tres mil pesos de renta. Es lo que paga. Lo que pagan, mejor dicho. La mitad él y la otra mitad Elio. Mil quinientas lanas. ¿Dónde va a conseguir esa cantidad? Ni siquiera es tanto, pero, ¿dónde?

El departamento está ubicado justo encima de la cantina La Resurrección. Se podría entonces decir que viven en La Gloria. Sus ventanas tienen vidrio doble, por lo que el ruido de Mesones apenas si se filtra polizón en la casa, lo que llena la sala de un indiscifrable murmullo fuereño. ¿Ese ruido a lo lejos es un claxon o la cumbia de la esquina o el coro de vendedores de gas con pésima dicción? Detrás de ese rumor todo es territorio del silencio. Demasiado silencio. Felipe puede sentir el latido de su corazón moviéndole las pupilas, hormigueándole ambas manos.

Elio debe estar en el trabajo. Es miércoles.

¿O es martes?

Juega con la cajetilla en sus manos, haciendo sencillos malabares. Está casi llena. Desconoce cómo es que llegó a él. La jaqueca no cede. Accidentalmente se abre el paquete y los cigarros salen volando por todos lados. Él los mira dispersos en la duela de madera blanca agrietada. Amenaza con agacharse para recolectarlos pero las punzadas arriba de la oreja se lo impiden. Nota algo que hasta ese momento le había pasado por desapercibido: todos los cigarros tienen marcas de labial en la colilla, aunque están nuevos y sin encender. Los rastros de un mismo color rosa intensísimo, color rosa Barbie.

¿O era de rajás el tamal?

Quién sabe si sea algo que les ocurre a todos los hombres, pero cuando Felipe vomita siente que los testículos se le hacen pequeños y rocosos. Un agresivo desgarrar, la antítesis de eyacular. ¡Y las arcadas! Son algo así como tener pezuñas adentro de los tanates. Cada vez que su estómago falla siente que un dios burlón está sintonizando el canal de los videos más graciosos del planeta Tierra. Al menos no le pasa como a Elio, que de vez en cuando vomita sangre. Es su laringe malherida. Beben prácticamente un día sí y uno no desde que se mudaron a vivir juntos hace año y medio. Elio con el dinero de los trabajos que a veces consigue asistiendo arte en cine. Felipe con la propina de quince por ciento que le deposita su padre con tal de que se mantenga lejos de su consultorio en Polanco y aún más lejos de su hogar en la Anzures y todavía más lejos de su casa chica en la Zona Rosa. Devuelve su atención a lo que sucede afuera. Nadie ayuda a la chica de las banderas de tres colores. Al cielo lo cubren retortijones en sordina. El moretón en el cielo ya más bien parece un chupetón de adolescentes curiosos. No tardará mucho en soltarse el aguacero. Felipe maldice su resaca, se mete al

baño y se lava los dientes. La pasta sabe a colores falsos, no creados por dios alguno. Se moja el rostro. Disfruta del alivio de las gotas abandonando su cara en momentáneos deltas. Abre el botiquín detrás del espejo. La tira de aspirinas es un esqueleto ya sin contenido. Cierra la puertecilla.

—¿Qué se espera de un espejo? —pregunta, o preguntó, en cabizbaja voz—. Pues que refleje...

Ya ni eso, piensa.

—Huele a gas —lo interrumpe una voz desde afuera. Es una voz desconocida, pero antes que eso es una atiplada voz de mujer.

Felipe no se alarma. Tampoco es que diario haya mujeres anónimas en su sala. ¿Una o dos veces por mes? Puede ser. Depende si Elio está o no está en campaña. Su compañero de departamento es un mago para conseguir el centro del universo que las mujeres ocultan entre las piernas, hace que los actores de una cinta porno se vean lentos e inconsecuentes. Más de una ocasión Felipe lo ha visto conseguirse desconocidas de otras mesas evitándose los ociosos preámbulos. Una indicación con la mano y al catre. O al baño en el segundo piso o al cuarto de la lavadora o a la azotea entre los tanques de gas. Para Elio el mundo entero tiene resortes y ángulos cómodos y cinco letras.

A Felipe tampoco le va tan mal en ese rubro. Le tocan las amigas feas de las mujeres no tan gachas que Elio beneficia. Gorditas con novio pero en busca de cariño, morenas que se maquillan como mapaches, pelirrojas nomás de las axilas, señoras con una embarrada de frijoles de feminismo que al cuerpo le dicen “cuerpa” y al corazón “corazona”, chavitas con el vientre deshidratado por la cesárea y quince mensajes nuevos en el celular. Una vez, una flacucha calva

muy severa a la hora de las lamidas. Bah. Remiendos en los codos que no cubren rasgadura alguna.

Teniendo eso en cuenta: podría decirse que son buenos amigos. Se hicieron cuates porque los dioses se regocijan al juntar a los semejantes. No son feos, no son guapos. Par de defeños chilapastrosos, viviendo al día, alborotando sin buscar ni el cielo ni las riquezas ni el amor y a los que las marchantas les llaman “güero” incluso justificadamente.

—Dejaste la estufa prendida, no chingues —reclama la voz de dama, a la que ya puede Felipe ponerle un cuerpo y rostro.

Lo primero que Felipe observa es una nariz con forma de chile relleno. Le calcula veintiocho años. Una cara tallada en piedra pómez. Trae el cabello aprisionado en una cola de caballo que seguramente no se ha deshecho en treinta meses, también de aquel entonces debe de ser su tinte de rubia falsa. Tiene gruesos pelos en los brazos y cejas de azotador. Tiene el porte de alguien que quedó en último lugar en Miss Coatzacoalcos. Más que una mujer, es como un perro parado en dos patas. Nuestro crudo protagonista piensa que nada más le falta llamarse Frida.

—Tienes linda voz —le dice Felipe a manera de saludo.

—¿Qué tiradero tienen en esta casa? ¿No están buscando alguien que les limpie?

—¿Elio se fue a su chamba y te dejó aquí?

—Está en su cama. Duerme, en efecto, como contratado.

—¡No fue a trabajar!

—Creo que lo corrieron. Eso es lo que estábamos celebrando anoche, ¿qué no? ¿Y mis cigarros?

—¡Tus cigarros!

—Dijiste que tú me los cuidabas. Esta cocina es un chiquero. Les vengo a limpiar la casa un día a la semana por ciento cincuenta varos, ¿va?

—Lo veo difícil. De hecho, ¿no tienes cinco pesos que me prestes?

—¿Acostumbran dar muchas fiestas aquí?

—Yo no diría fiestas. Nos juntamos, bebemos, bailamos. Nunca falta el que se pone a chillar...

—Con razón, abajo de los muebles está lleno de ruido.

Felipe se agacha y recoge un cigarro mentolado del suelo. Silencio. Y detrás del silencio, el sonido ambiguo de los vecinos de abajo. Ya de pie, le entrega el tubillo con remachada cortesía.

—Si quieres encenderlo tiene que ser en la estufa —le dice Felipe pelando duro los ojos.

—No, gracias. Estoy tratando de dejarlo... —dice ella, mordiendo el filtro con todas sus fuerzas— es nomás para calmar la ansiedad. Y los mentolados saben a chicle. Mato dos pájaros... —no completa el refrán.

—Ah, qué bueno, porque esa madre causa enfisema pulmonar y dientes amarillos.

—Ni tú ni yo: les cobro cien pesos por hacerles el quehacer.

—Préstame cinco pesos. Ahorita te los devuelvo.

—¿Qué te pasó en los ojos? Los traes rojísimos.

—Me quemé las pestañas en la estufa.

—No, no por las pestañas. Ya no te los estés tallando, están súper rojos.

—¿Tardan mucho en crecer? ¿Sabes si tardan mucho en crecer? Las pestañas, quiero decir. No me respondas. Es la cruda, perdona.

Ella levanta ambos hombros al mismo tiempo y luego busca su morral por todos lados. Trae la espalda descubierta. Felipe observa aquel tramo de cuerpo. En su nuca, imperceptiblemente peluda como algunas frutas, trae tatuados varios pictogramas japoneses. De arriba hacia abajo. Chuecos, los símbolos forman una especie de largo tótem de zarpazos color verde cloro. Se escucha cómo revuelve el contenido de su bolsa buscando la bola caliente que pondrá a México en el Grupo de la Muerte.

Le entrega a Felipe una moneda de diez. Él la toma y abandona el hogar sin agregar frase alguna. Baja los escalones procurando no menear mucho la cabeza. Ya en la calle, el viento arrinconado le hace cerrar los ojos. Cruza la banqueta sorteando autos tan violentos como lentísimos y entra a una tienda de productos rancios. Compra dos aspirinas sueltas. Las coloca en su lengua y se las traga usando más su voluntad que un poco de saliva. Luego camina hacia el callejón que une a Mesones con Regina. Pezones con Vagina, murmura. Afuera de la pulquería La Risa está el perro de doña Rafa dormido. Felipe se acucilla a su lado y lo palpa. El perro no se inmuta. Su pelambre está todo ensortijado y lleno de rastas unidas por risueña mugre. Felipe siente la mollera del animal, la abarca con dulzura usando la punta de sus dedos más largos. Luego se pone de pie y observa la ciudad a su alrededor. El sol está enfermo. Es aún, en efecto, demasiado temprano para estar despierto.

—Agradezco que en la tierra haya música —dice—, agradezco que en la tierra haya Stevenson. Prefiero que los otros tengan la razón. Ya acaricié a un animal dormido... ¿y ahora? ¿Qué?

Nada. Nadie. Retumba el cielo con rencor. Aún no caen las primeras gotas, está el día nomás encapotado, el cielo sinceramente

indeciso. Camina hasta la esquina con la intención de ayudarle a la chiquilla a levantar su puesto de banderas pero al parecer alguien más lo hizo. Felipe desempeña su rol en la eterna coreografía de la calle, de la ciudad, de la especie. Esto es: como si hubiera nacido para permanecer ahí de pie, en ese gajo seco del tiempo. Levanta la mirada hacia donde está la ventana del departamento. La ubica como se reconoce una peca en el brazo que antes no estaba ahí. Observa la silueta de Elio, desnudo de la cintura para arriba. La chica está enfrente de él, también sin ropa. Lo saludan a lo lejos mientras cachondean, untándose los cuerpos. Quizá estén cogiendo de pie. En los cables de luz hay una bandera de México atascada, deformándose grotescamente en un nudo jocoso.

Más arriba. Mucho más arriba, aunque no tanto, un trueno quiebra por unos instantes el templo del cielo.

Legión de etcéteras

¡Pues bien! El nombre de la chica es, precisamente, Frida. Y sí, quedó de visitar el departamento de Mesones una vez a la semana para cumplir con sus labores de muchacha.

Empleada doméstica, los corrigió ella con un contundente ademán de manos y frunciendo el rostro al cobrar su cuota por adelantado, dignificándose.

A Felipe tal mueca le evoca a algo muy concreto pero aún no determina con exactitud qué. Sin embargo, ególatramente, se convence de que el arrugado rostro de Frida le recuerda a una página hecha bola. Pero no cualquier página reducida a un puño. Una de las tantas hojas de papel que contienen los versos desechados del poema que escribe cuando nadie lo observa. Su épico poema a la pereza. Y será a largo aliento, se autoconviene, como seduciéndose a sí mismo. A

veces moja esos baloncitos de mala inspiración y los arroja al techo de la casa simplemente para ver cómo permanecen ahí. Endureciéndose, ajá, como astros chafas.

Arriba: bolas de papel empapado. Abajo: frascos de vino regados por el suelo, pósteres hechos taco que alguna noche fueron usados como espada, la colección de tubos cafés de papel higiénico que tanto atesora Elio. Zapatos impares. Fotocopias huérfanas de engargolado, servilletas endurecidas por mocos del último ping-pong de gripes, envolturas de papas Sabritas despanzurradas y con costras de salsa Valentina negra, plantas muertas o disecadas (difícil determinarlas). Y para acabarla de amolar, los objetos que no son basura se mimetizan con el vertedero debido a esa manía que tiene Elio de despegarle etiquetas a las botellas de cerveza y pegarlas en todo tipo de productos: champú Dos Equis Lager, detergente Dos Equis Ámbar, la película en DVD de Tecate Light, una novela escrita por Eliseo Alberto cuya portada es el rey nórdico Gambrinus que figura auspicando un brindis en la ampolleta de Victoria.

El punto es que la casa sigue pareciendo un chiquero a pesar de la reciente contratación de una encargada de la limpieza. A la par, cada vez es más común que Frida, polizón, se quede en el cuarto de Elio a pasar todo el fin de semana. Y cada vez los fines de semana empiezan más en jueves y terminan más en lunes. Empiezan en miércoles y terminan en martes. Se expanden como la enfermedad del cáncer o el juego de la viborita que venía tácitamente en los teléfonos celulares antes de que se volvieran digitales y con licuadora.

Felipe los escucha haciendo el amor. Pega la oreja al muro y se palpa la verga sin el propósito de masturbarse, apenas si concreta un desinteresado mimo comprobatorio. Frida y Elio son como uno

de esos videos porno en los que el hombre hace más ruidos que la chica. Es decir: mal porno. Cuando Felipe le pregunta a Elio acerca de Frida, recibe por respuesta detalladas descripciones que apestan a sendas mentirotas. Algunos ejemplos:

El otro día me estuvo lamiendo el espacio que hay entre los dedos de los pies. Jamás pensé que ésa fuera una zona tan erógena. Luego se masturbó usando mi dedo gordo. Bien ensalivado, se lo introdujo en la vagina...

No es que hable dormida. Dormida le hace sonidos a un gato, como atrayéndolo para mimarlo. Muy raro. En sí es una mujer extraña. ¿La has escuchado eructar? Es una cosa muy extraña...

Miente. Desconfío de sus orgasmos. No arquea los pies cuando alcanza el clímax. Eso lo hacen las mentirosas...

Dice que sí te daba, que estás guapo...

No suda. No emana ni una gota de sudor. Y créeme que la he puesto a trabajar...

Etcétera.

Legión de etcéteras. Un rompecabezas sin orillas claras. ¡Carajo!, grita Felipe en voz muy baja, ¿posee siquiera orillas? Sabe poco o casi nada acerca de Frida. Como una gotera, se estableció de un día para otro en el domicilio. ¿Dónde vive? ¿Dónde nació? ¿Qué hace cuando nadie la está viendo? ¿Qué significa el tatuaje que trae en la espalda? ¿Sabe de cine? ¿Con qué película llora aunque ya la haya visto antes? ¿Vio *Los paraguas de Cherburgo*?, ¿*Stromboli*?, ¿*Blade Runner*?

Interrogándose a sí mismo viene Felipe caminando sobre Bolívar. Se dirige a algún restaurante con porciones ilimitadas de café. Tiene en el alma un pertinente antojo de chilaquiles y en la cartera

un billete con una sor Juana que, por medio de sencillos pero ingeniosos dobles, a veces sonrío y a veces está deprimida.

Avista Madero y su bestia humana. Esa calle desde que la transformaron en vía peatonal se ha vuelto intransitable. Los desmedidos clones de personas que a diario la atraviesan han dejado en el pavimento un tapiz de chicles pisoteados. Calle enfermita con la piel repleta de motas negruzcas, cánceres de saliva y mugre de suela. Toda la arteria ha sido invadida por una pandilla de botargas y sujetos maquillados y disfrazados que te permiten retratarte con ellos a cambio de unas monedas. Felipe no recuerda la sensación que le provocaba de niño ver a un Hombre Araña de carne y hueso, pero está seguro de que ese representante barrigón no le hubiera tomado el pelo tan fácilmente. A la comparsa se une todo tipo de personajes de caricaturas, películas y superhéroes venidísimos a menos. No es ni gracioso ni *kitsch* ni grotesco. No es nada. Las turbas de paseantes se detienen a ver a los disfrazados como si más bien estuvieran morboseando un accidente automovilístico. ¡Eso son, precisamente! Un accidente. Un despoblar de su significado a cosas que de hecho ya no tenían significado. Aunque tal vez ése no es el significado de “accidente”, piensa Felipe.

—Pinche Frida cara de papel mojado —dice, apurando el paso para superar la calle de Madero sin hacer tantos corajes.

Han desfilado sobre las ruinas de México-Tenochtlán: el caballo negro de Iturbide y sus diecisiete mil hombres del Trigarante. El taconeo de la musa del Duque Job. Los *flâneurs* porfiristas veloces pero lentos como lagartos. Los caballos blancos de Madero, presidente supersticioso. Francisco Villa, que tiene la fama de haberle puesto tal nombre después de la Decena Trágica. El licenciado José Vasconcelos zigzagueando tras alguna nalga fortuita que avanza

haciendo, ay, buchés. Vienen después la obligatoria pisada horal de Ramón López Velarde rumbo al Bach y detrás de él se arrastra la gitana que le leerá la muerte en las líneas de la mano (esas otras calles, también mal trazadas), los ligues de Xavier Villaurrutia y Nalgador Sovo, Paz recién aseado con rumbo a la ópera, el policía de *El complot mongol*, el maestro de literatura borracho de Celorio, un Bob Esponja pálido y desproporcionado, Dora la Exploradora y su chango púrpura, Thor prieto, un Transformer que pareciera ser todos los Transformers al mismo tiempo, Wolverine comiendo torta, varios teporochos, hadas madrinas, jefes finales de videojuegos, un hombre que interpreta al cura Hidalgo en un paseo turístico. También viene Felipe. Viene Felipe caminando sobre Madero, sobre la historia de México. Desde los aztecas hasta la actual sinrazón.

Tantas veces ha sentido al cruzar esa calle que está delirando, que ya se volvió loco. Camina entre las personas esquivando sus hombros y prisas. Los encargados de la limpieza barren el suelo con sus despeinadas escobas de ramas golpeando sin cuidado los talones del paseante. Un encuestador le pregunta que si tiene un minuto. No tiene uno, tiene millones, pero se sigue de largo. Felipe no sabe si eso que se mueve adentro de su estómago es hambre o asco. Anoche no bebieron. Así: en plural. Porque es inimaginable pensar que él podría beber sin Elio. Le molesta estar pensando en Frida.

La gotera Frida.

Y Elio convertido en una cubeta.

Polizón Frida.

Y Elio convertido en un buque naufrago.

Madero no se está quieta, no tiene paz. Ni principio ni fin. Madero vomita turbas. Las dispara hacia el palacio o rumbo a la plancha

del Zócalo. No hay en Madero un tramo de banqueteta a donde escupir, sólo zapatos que van y vienen. Ya se habló de los chicles negros y aplanados. Tampoco hay izquierda ni derecha, ambas circunstancias son un lujo. Codos, rodillas, ojos que no pestañean. De nuevo la fiesta de disfraces: un Winnie Pooh, una Catrina transexual, una Catrina con garfios en lugar de brazos, payasos que se maquillan una lagrimita encima del tatuaje cholo de lágrima, aparadores con maniqués sin cabeza, caireles de falso helado detrás de un vidrio, el olor acre que emana del SaniRent a cuatro pesos, marionetas de Catrina, Catrinas transexuales, una Catrina que lleva media hora dominando un balón de fut sin que éste toque el suelo. Felipe sigue una *Carta a Eufemia* que resuena débil a la distancia. Imagina al organillero con el brazo adolorido de tanto girar su manivela, dándole cuerda al mundo. Sísifo como especie. Sísifo llevando a cuestras una piedrota rotulada con el logo de Pepsi o el de Colgate o el de los Gili Pollos. En los bares del segundo piso se unen el grito de un gol anotado en otro continente con una canción de moda mezclada electrónicamente con una canción del pasado. Gente y más gente. Un murmullo que avanza y del que sólo se extraen fragmentos de palabras a las que les faltan letras. Invitaciones a bares y a adquirir lentes que estarán listos en una hora. Todos estamos miopes, medita Felipe. Tiene razón. Y le heredaremos nuestro astigmatismo a futuras turbas. ¡La bestia humana! Se compra y vende oro. Los plateros ahora venden temporadas de series gringas clonadas, agua embotellada y mazapanes asoleados. Diverso gentío. La calle de Madero a la una de la tarde. Yo muchedumbre. Tú muchedumbre. Él muchedumbre. Nosotros. Ustedes. Ellos. Frida, legión de etcéteras. A lo lejos: el sol inaccesible, las montañas pintadas en el cielo. Increíble creer

que cuando a Martín Luis Guzmán le preguntaron qué le inspiraba respondiera que el Valle de México. La región más transparente del aire, ¡ahora con doble contingencia ambiental! El pinche ombligo de la luna como ese chiste del deforme al que le mientan la madre y señalándose la axila responde: chúpame los huevos. Un águila devorando a una serpiente arriba de un nopal rodeada de un bloque de granaderos con sus escudos transparentes conteniendo una marcha de maestros iracundos o de mujeres exigiendo que ya no se les manosee en el metro.

Felipe se detiene de golpe. Nota que en los vidrios de los locales hay colgadas cartulinas de calacas, polvorientas arañas de peluche, tiernos Frankenstein, siluetas de bruja al centro de lunas llenas. Nota que en los locales de guayaberas también hay decorados de calabaza y en las esquinas las ancianitas venden osamentas de azúcar. Piensa en la muerte. De hecho hasta este momento nota la previa procesión de estrafalarias Catrinas. Ya es octubre. Octubre y sus días chimuelos. Aquellas presencias terroríficas le recuerdan que otra vez hay que conseguir dinero para pagar la renta. También hace la suma: hace un mes que Frida ha entrado en sus vidas.

Algo dorado pero sin brillo atrae la mirada de Felipe. Una mujer toda barnizada en maquillaje del color de una moneda que ha pasado no se sabe por cuántas manos. Es una escultura viva. Está encima de un pedestal que ni la encumbra ni enfatiza, más bien la incorpora a la calle. Felipe entiende que aquello es un intento de representar al Ángel de la Independencia. A sus pies hay una caja de zapatos, también pintada de dorado, en la cual la gente deposita la morralla que desee a cambio de que la supuesta escultura se menee por unos instantes. Todo esto lo determina Felipe de

un vistazo. Siente la mirada del monumento posarse en él. Sus ojos se anudan en el aire. Los de él y los de ella.

¡Es Frida!

Felipe imagina el tatuaje japonés en aquella espalda, empanizado con brillitos que lo ocultan.

La gente deja de existir, ahora el organillero toca *Chapultepec*. A todo lo opaca una nube. Los ojos de Frida resplandecen estancados. Felipe nota inmediatamente que ella se siente incómoda, humillada, inmóvil escultura a punto de echarse a correr. ¿Es eso verdad o ya está figurando cosas de nuevo? Conoce a la perfección el débil gemido de esa mujer al tener a Elio adentro y afuera, adentro y afuera. Ha imaginado el vaivén de esas tetas al escuchar la cabecera de la cama estrellarse contra su muro lleno de pósteres de Italia en USA 94. Muro que también es edificio. Muro que también es Ciudad de México. Muro lleno de sus poemas hechos bola seca. Bolas secas que parecen Frida mandando besos. Y la promesa de sus tetas, ahora mismo y enfrente de él, prácticamente al aire, embadurnadas con dos o tres capas de pintura áurea, sin pezoneras y con el aire frío propio de los días previos a Todos los Santos, Día de Muertos.

Una hermosa niña indígena salida de la nada, o de los dibujitos en un antiguo libro de la SEP, se aproxima y deposita una moneda en la caja. Entonces la escultura danza torpemente y por escasos segundos. Remata aquel dislocamiento con una reverencia casi dulce, casi flotante, señala hacia el cielo con su corona de utilería, sus desangradas alas de peluche dependen de un alambre poco sutil.

Felipe, que no tenía pensado beber ese día, corre hacia el dos por uno más cercano.

Elio Peces

Afuera, susto de lluvia. Adentro, voces arrebatándose el turno al habla.

—¡Ese gran cabrón! —dice un hombre cuyo rostro recuerda a las artesanías del sol haciendo buches—. A mí me ha obligado a mordisquearle la carne. “Muérdeme aquí, en el brazo. ¡Muérdeme para ver si sigo vivo!”, me indicaba. Como si fuera yo una rata. O un piojo. ¡O qué chingados!

Y en los cuerpos de aquel gentío de voces cosquillean las cicatrices que de alguna forma u otra ligan su cuerpo con el susodicho gran cabrón. Quién sabe cuántos sean los asistentes a ese juicio. Están dispuestos en sillas que forman un rectángulo chueco y vivo. A la habitación la ilumina una lámpara que pende del techo como si estuvieran adentro de un barco sobre aguas pendencieras. El cañón de

luz subraya exclusivamente el rostro de quien en ese momento tiene la palabra. Es una candileja pálida y pajiza, inestable y temblorosa. La iluminación propia de una pesadilla.

Es, en efecto, tal cosa.

Un quejoso toma la palabra con ansias de rendir testimonio, se trata de un viejillo que mueve la mandíbula masticando alimentos invisibles:

—El trago que ese cabrón había ordenado se le cayó en la barra. Completito. Era un vodka tonic. Los pide oscurecidos por un digestivo. Lo vertió por andar distraído en algún escote o un gol: siempre es uno de esos dos. Yo lo vi porque estaba en la mesa de enfrente, tranquilo leyendo el periódico en Domingo de Ramos. Lo que él hizo fue sorber el líquido directo de la superficie de madera. Recargó los labios en la mesa y empujó el trago con ambas manos hacia él. Chupó lo que pudo y lo que no, lo limpió con la manga de su suéter y luego intentó exprimirlo de vuelta en el vaso. Caramba, ésa es mucha cochinado. Además, a veces el patrón ni le cobra las bebidas desperdiciadas.

—Ah, sí —interrumpe un mesero, canoso y elegante, hablando como si tuviera un mondadientes oculto en la pared interior de su mejilla—, a mí me pide su mezcal y apenas lo dejo en la mesa, él lo bebe sin decir agua va y voltea y me dice: “Oye, me lo trajiste vacío”. No son modos. Yo llevo mesereando treinta y pico de años...

—Se bebe los caballitos de mezcal como si fueran balazos. En su cumpleaños —dice otro dependiente, con voz carrasposa y ojos temblorines— lo vi beber el equivalente a toda una noche de peda en el par de minutos que duran *Las mañanitas* de Pedro Infante. Fue una cosa de locos. La gente de las otras mesas le pasaba sus vasos.

Empezados o llenos. A él no le importaba. Ron, tequila, cerveza. Luego le empezaron a pasar platos con chicharrones y de la misma forma los engullía, sin masticarlos. Incluso le acercaron la Valentina y le dio un trago largo y célebre. Me imagino cómo debe tener las entrañas: tumefactas. Dolor de riñones. Una víbora adolorida que cambia de lado. ¡Yo mismo le pongo agua puerca a esa salsa! Y el dueño lo recibe como hijo pródigo. No le cobra lo que acaba debiendo.

—Pues sí —dice el dueño, haciendo visera con las manos para que el foco no lo encandile—, yo le fío. Me recuerda a mí.

—Ése es el problema, que el ñor aquí presente le solapa sus chingaderas —dice un taquero prieto con el mandil teñido de grasa—. Un día llegó tambaleándose y me escupió en la cubeta de la salsa verde. Nomás por chingar. Yo quise darle una asustadita con mi machete pero en lo que tardé en salir ya se había trepado en uno de los taxis del *dancing*.

—Uy, me acuerdo ese día. Y les completo la anécdota. Ustedes saben que mi chamba es llevar a las ficheras a sus casas. Son clientas ya fijas y salen tan cansadas que lo dejan a uno hacer el viaje sin inconvenientes y tomando atajos. Además casi todas van lejos hasta Cerro de la Estrella o la colonia El Queso o pasando Aragón. En fin: yo estaba platicando con la morena que llevo los jueves a La Marraña cuando de repente se aparece el borracho este y se sube a mi unidad y, agachado en el asiento de atrás, de plano me dice: “¡Pelás!”. Yo le pregunté que a dónde íbamos, pero él me dijo que no importaba, que diéramos vueltas nomás, que vivía ahí a dos cuadras. La ficherita no se asustó porque acostumbradas están a ver hombres en circunstancia. Ella traía una figura de pasta de san Miguel Arcángel

sometiendo con su espada al Chanclas, digo, a Satanás. Al güero borracho le fascinó el pedo de traer de cuarto pasajero a uno de los emisarios del Todopoderoso y le dijo a la bailona que se lo dejara ver. Apenas tomó la figura en las manos la quebró en dos pedazos. Yo dije ya valió verga. Pero la putita no se enojó ni nada. Él dijo que iba a pagarla y se puso a balbucear diciendo que ya había arruinado una salsa verde y a un ángel esa misma noche. Lo dejamos ahí por Pino Suárez todo tembloroso. Ni le cobré. Otra noche vino y me dijo que si yo me acordaba cuál era la fichera a la que le había roto el muñequito. Yo le dije que no se sacara de onda, que había agrietado al chamuco pero no a su majestad alada y que por eso toda la mala vibra del de rojo se le iba a entripar a él en el alma pero que a la prosti, en cambio, le convenía el quebranto. Y él de todas maneras me dio la feria y me dijo que me acordara de su rostro porque a cada rato iba a necesitar aventones. Pero pues la verdad es que nunca lo llevo a ningún lado. Vive aquí cerca. Nomás quiere que le dé vueltas por colonias en las que ni vida nocturna hay. Me pasa su celular para conectarlo al encendedor y que se le llene la batería. Lo llevo a la Narvarte y de regreso. A la Del Valle y de retache. Al Ángel o a la Diana culona o a la palmera esa horripilante que está después del emperador que está despuesito del señor don Cristobal Colón. En Navidad me pagó para que le diera una vuelta por el Zócalo que estaba revestido de foquitos. “Váyase lento. ¿Sabe? Mi padre es chofer de un Ruta 100. De chico me traían”, me comentó y yo vi por el espejo que estaba aguantándose las lágrimas. Es bien chilletas. No me cae tan mal el güero. Algo trae. Yo ya no sé si es más famoso por sus alborotos o por sus dramones.

—¡Yo más bien diría que es remeón! —exclama el hombre con rostro de sol haciendo buches—. En todos esos lados que mencionas dice que se orinó. Envalentonado jura y perjura que Ciudad de México es su meadero. A cada rato alardea sobre todos los sitios en que ha colocado su chis. Que si en el estuche de violín de un músico callejero, que si en el reloj de la rana guitarrista en Bolívar, en el reloj chino de Bucareli, en la entrada del Gallo de Oro porque cierran temprano. Había una que era su obsesión: orinar la entrada principal del Palacio de Bellas Artes. Su carnal ese con el que siempre está por todos lados le dijo: “Está más jefe hacerlo en el astabandera del Zócalo”. Pero él le respondió que de esas cosas no sabía nada...

—Y luego le dio por hacerle bolita a los vagabundos que están dormidos en las banquetas.

—A mí me dibujó un pene inmenso en el espejo del baño. Con plumón del que no se quita.

—Precisamente por él fue que pusimos el letrero de “Se prohíbe bailar subido a las mesas”.

—Ya no, pero todavía hace unos meses traía siempre un perro consigo. Un cachorrito. Bonito, hasta eso. ¿Saben para qué usaba al animal? Para que se comiera su vómito. Ésa es una cochinateda, camaradas.

—Apenas ve que alguien trae un libro, cambia de sitio el separador.

—Dicen que su eco tiene opinión propia —agrega una monja chichona.

—Y que va a fiestas en las que las mujeres son maniqués.

Pómulos y orejas destacan ante la presidencia de la luz colgante. De repente el coro guarda silencio. Silencio con forma de nata. Un

mosquito enamorado vuela entre las orejas de los circundantes, recibiendo inexactos manazos que sólo ensalzan su presencia jodona.

Un hombre, joven aún, le da un sorbo a su vaso con agua mineral. Siente las burbujas hurgándole la nariz. ¡Ese sabor incompleto! Se rasca la nuca. Todo en él es una cosquilla, una insatisfacción física. Comenta apresurado:

—La que yo me sé es ésa en la que, estando con su mejor amigo en Garibaldi...

De pronto suena una bachata como hecha para que la bailen robots, retumba insistentemente y a un volumen también inhumano. Elio se incorpora, impulsado por violentos anhelos, buscando el teléfono celular de Frida para interrumpir aquel escándalo. Es la alarma del despertador. Toma el teléfono y desactiva el ruido al menos por los próximos quince minutos. Ella sigue profundamente cuajada. No se desmaquilló antes de dormir así que parece que entre la unión de sus pestañas hay atrapadas un par de moscas panteoneras.

—Ah, la gente del centro histórico me adora —piensa Elio de golpe y con una voz interior que aún no parece la suya. Ni siquiera ha abierto los ojos, ni siquiera podría decir: esto es rojo, esto amarillo y hoy es jueves. O bien: sigo pedo.

Ítaca, itacate

Pocas cosas tan burdas como representar al año que termina con un anciano y al año que principia con un bebé en pañales. Sin embargo noviembre sí que parece una vida en su climaterio. El frío, por dar un ejemplo, tiene un gusto a manos ya sin tibieza palpando con desesperación otro cuerpo. El viento mañoso del penúltimo mes se te mete entre la ropa, cuarteo los nudillos y los labios, avanza como perdido por las calles, extraviado porque ya no las reconoce. No te reconoce el viento de noviembre. Es un Ulises que ha llegado a su hogar sólo para encontrarlo cambiado. Otro Ulises. O, mejor dicho: un Ulises más. La ciudad en perpetuo estado de reconstrucción fomenta ese sentir. Y ahí, entre esas invisibles tramas del frío, amenamente abrigados, los amigos Felipe y Elio, embarcados en

su propia travesía, esperan a que se haga de noche en un parque diminuto de fuentes apagadas en la colonia Juárez.

—Otra vez tuve un sueño dirigido por Federico Fellini —dice Elio y de su boca brota danzarín vaho.

—A mis sueños los dirige el asistente de cámaras de *En familia con Chabelo* —responde Felipe mientras observa a Santa Clos en las paredes de un teléfono de la calle—. Verga. Otra vez hay que pagar la renta. ¡Chingo mi puta madre! ¿Qué pasa con el tiempo?

—Fue un sueño muy raro. Se trata claramente de *Ensayo de orquesta* pero, en vez de los músicos con sus respectivos instrumentos, son gente que conozco de por aquí y por allá. Mis viejas, familiares que conocí nomás en pintura o que no he visto en pinche mil años, vagabundos, gente de las cantinas —hace una pausa innecesaria—. Y los diferentes gentíos se pelean el turno al habla para quejarse de mí. Es como si estuviera yo bajo juicio.

—La Navidad empieza después del Grito de Independencia y la cuesta de enero dura hasta junio.

—Entre la turba siempre está mi padre sentado nomás en silencio...

—Octubre duró cinco minutos...

A su alrededor comienza el concierto de cláxones. Son tantos que el espíritu general de la mentada de madre se disuelve. Por lo menos cinco calles en la colonia están cerradas, en reparación. Se escucha a la distancia el sonido de los taladros devastando banquetas, pequeñas alarmas reiterándose, los silbatos de la policía de tránsito embrollando el bicolor trámite de los semáforos. Al mismo tiempo, en un rango de diez cuadras, hay cuatro calles que estrenarán asfalto y cinco edificios nuevos en construcción. Enormes torrecitas

de Babel ya sin el anhelo de hacerle cosquillas a Dios en la papada. Obras negras perennes, perpetuamente inacabadas.

— ... No sé cómo le voy a hacer este mes. No me ha caído la lana de las tesis. Lo de mi padre me lo gasté en pura pendejada.

— ¡Polvareda!

Ambos cierran los ojos. Elio tose. Finge que tose. Acaba tosiedo de a de veras. El sonido altísimo de las construcciones hace pensar que hay un sismo que sólo el cielo puede dimensionar. Felipe ve minúsculas chispas brotar entre andamios siendo soldados. Allá a lo alto. Se estremece y desentume. El follaje de los árboles se zangolotea y cuando estrena silueta la deshace por vanidad. Las calles de esa parte de la ciudad están abiertas y, por lo mismo, cerradas. En ruinas e intransitables. Fangosas si la noche anterior llovió. Son un asco. El polvo se ha vuelto una nata, una cosa gris mal dibujada por un niño. Se respira cochinada, los ojos arden, las mangas del suéter en la boca no son protección suficiente, hay que caminar sorteando conos y cintas amarillas, coladeras abiertas y, las damas, silbidos de albañiles. Los tacos de barbacoa que se ponen los fines de semana saben a escombros, la salsa sabe a polvo, las servilletas tienen tierra. Huele a asfalto secándose, a tubería abierta. Cada dos días es una calle distinta la que está expuesta. ¿Cómo estarán los mocos de la vagabunda que lleva meses viviendo a la entrada de la escuela abandonada de zumba y aerobics junto al Seven? La colonia ha crecido mucho: abren locales nuevos acá y acá. Los utensilios de la barbería para hombres bien bragados, las ollas del restorán de comida tailandesa, las carpetas de la *tattoo parlor*, las plantas del café exclusivo para ciclistas, el platillo en la batería del sitio de jazz... todo castigado por el polvo, todo con marcas de dedos en sus superficies. ¿Cómo

estará el espacio entre los dientes del piano en la galería de arte? Por la noche los tractores están estacionados con sus mandíbulas llenas de tierra masticada, imponentes e inmundos. Por la noche sale olor a mariguana de las construcciones y uno puede escribir el nombre de la mujer amada en el cemento fresco. La luz de los autos evidencia los tornillos de polvo, mismo que firma una tregua temporal y se estaciona en el ambiente. La mugre acumulada y flotando transforma todo en un ejercicio de claroscuros.

Por culpa de una degenerada maldición las ciudades jamás alcanzan su estado final o puro. Siempre están modificándose, crecen a lo pendejo. Elio tose. Finge que tose porque realmente su organismo ya está más que acostumbrado a la cochinada. Tose para sus adentros. Carraspea. Maldice. Están alzando edificios para mejores mexicanos que nosotros, piensa Felipe. Centros comerciales con Zara Home e islas donde venden a plazos colchas con logos de equipos de fut europeo. Departamentos vecindados a un ruidoso local donde comprar anillos de boda y ligueros y manzanas con chamoy.

—Maldita sea, Elio; tengo que buscar chamba o algo peor. Estoy harto de no tener dinero. Necesito zapatos, plantillas, agujetas, libros de Faulkner. Necesito saber qué hay detrás del misterio de eso que los hombres llaman “pizza con ingredientes extra”.

—Necesitas pornografía en HD para verles los granos en las nalgas a las actrices mientras las penetran.

—Eso. También necesito que mi almohada me asegure, científicamente, descanso. Y que los síntomas de la gripa en vez de una semana sólo me duren un par de días. Chicles sabor kriptonita, kushiages de salmón y la temporada tres de algo que anestesia mi vida un ratito.

Cuando nuestros dos amigos recién comenzaron a frecuentarse entre sorbos que esquivan hielos, el tramo de Bolívar entre La India y La Portales estaba en reparación. Les parecía lindo visitar de noche las cantinas que esas dos cuadras contienen tolerando los montículos de tierra. Ese tramo del centro podía ser confundido con una entelequia o un recuerdo empachado en metáforas. Nata de polvo. Las calles del centro estaban abiertas, como un taco enfriándose, castigadas por los rescoldos de un irrespirable imperio en ruinas. Entre las abundantes construcciones destacaba la luz torpemente festiva de las rocolas. Tanto Elio como Felipe sienten que, debido a ese inicial gusto de obra negra, tales sitios nacieron con ellos. Sienten que las cantinas están recién fundadas. Sienten que la ciudad y sus posibilidades empezaron a la par que su sed y erecciones. Es un sentir que los alegra cuando, juntos, observan el perpetuo estado imperfecto de la ciudad previo al ocaso. Sin embargo Felipe anda malhumorado.

—Por la lana no te fijes. Todo lo que cuesta es barato —comenta Elio restregándose los puños en ambos ojos.

—Cualquier sueño en el que el progenitor aparece se transforma inmediatamente en una pesadilla, ¿no?

—Es puto ese güey. Mi padre.

—¿Y Frida?

—Curioso tren de pensamientos. No. Ella aún no ha aparecido en el sueño filmado por Fellini, si a eso te refieres.

—Pregunto que si la verás hoy. No la he visto por la casa en varios días.

—Ni idea. Es esquivada y la ando emancipando. Se clava mucho. El otro día mientras cogíamos me aventó unas gemas. Que me quiere

mucho, que me había extrañado. No me gusta nada físicamente, sus eructos no están chidos, sus modales dejan mucho que desear. Mejor hablemos de eso que acabas de mencionar. ¿En qué momento o después de qué umbral a un sueño puede llamársele pesadilla?

—Ya te dije: con la aparición del padre. O de alguien que te representa algo en el mundo real, que es lo mismo.

—Puede ser. Ahora que lo mencionas, tampoco has aparecido tú —interrumpe Elio sonriendo—, aunque al chile no me extraña que el neorrealismo italiano de mis ensoñaciones te excluya del *casting*.

—¿No crees que pasa un poco como con el hecho de que Cristo sólo debería, idealmente, de ser nombrado así cuando está en su cruz pagando por nuestros pecados? El resto del tiempo sólo es un individuo de nombre Jesús.

—Oh. Déjame ver si cacho el pedo. ¿Te refieres a la frontera entre sueño y pesadilla? Linda comparación. Es decir: la diferencia es meramente la forma como lo nombramos. El cliché ese de que las cosas sólo existen cuando son mencionadas. Las cosas que nos rodean son un recién nacido que se menea y llora desesperado apenas nota que necesita un nombre.

—Clávate en la palabra “diluvio”. Idealmente sólo ha habido un diluvio en toda la historia humana, el Diluvio Universal, así, en mayúsculas. Sin embargo, todas las lluvias de la historia están a punto de convertirse en diluvio, es decir: en un aguacero enviado por Dios. Lo son, en potencia. Es como si la palabra “diluvio” estuviera temblando en cada gota de agua que cae del cielo. Esperando su momento.

—Uno decide cuándo un sueño es una pesadilla. Es inclasificable. Una posibilidad.

El vaho dialoga, contradiciendo lo hasta ahora dicho, en su idioma de caracoles finísimos pero desenfocados. Felipe se queda pensando en ese precioso y preciso momento en que las “sombrillas” se transforman en “paraguas” cuando inicia una tormenta. Piensa que el lenguaje es un ser vivo. Piensa en el 2013 como un anciano y en el 2014 como un bebé, ambos con una cinta que les cruza el pecho como a las espantosas señoritas de belleza.

—Tengo la impresión de que te gusta Frida —comenta Elio despreocupadamente—. ¡Vas, güey! Es chida. No me opongo.

Ocurre algo en ese instante que Felipe siente en su escroto, algo muy parecido a vomitar un tamal completo. Se trata de sombrillas transformándose en paraguas. Un hombre que le permite a otro hacerle la corte a una mujer que emocionalmente le pertenece. Algo cambia para siempre en ese preciso instante. La pesadilla.

—Naturalmente no estoy interesado. Es tu funda.

—No pudiste emplear de peor forma eso de “naturalmente”. Todas las mujeres son de todos. Ni siquiera en el fin del mundo olvides ese *dictum*.

—Es tu nalga.

—Y dale.

—Tu puchacha.

Aparece un grupo de albañiles. Sus posturas son inverosímiles, caminan muy lentamente y con diligencia de mimo. De hecho tienen las caras pintadas de yeso. Están cargando un rectángulo inmenso de transparente vidrio. Cristal nuevecito de fábrica. Lo transportan con envidiable cuidado.

—Ya no regresa —dice Elio.

—¿Uh?

—Esa ventana. Van a subirla en una grúa para tapar el chimuelo de un edificote y jamás volverá a estar abajo. Nunca. Ni siquiera transformada en pedazos. Nos vamos a morir y seguirá allá arriba.

Elio saca la lengua y permanece así un rato.

—¿Te acuerdas de la actriz esa que se volvió famosa por imitar a la esposa de nuestro tarado expresidente norteño?

Elio asiente.

—En una entrevista le preguntaron, cuando acabó el sexenio, a qué se iba a dedicar ahora. No podría seguir parodiando a una primera dama que ya no está en funciones. A la gente dejan de interesarle tales revistas. Y ella, la actriz, respondió que regresaría a hacer lo que lleva toda su vida haciendo: actuar de chacha en las telenovelas.

Elio sonríe.

—No sé qué tenga que ver con lo que veníamos platicando. Sólo me acordé ahorita. No tiene que ver con nada. Perdona. Ando bien quién sabe cómo.

Cuando Elio mete de nuevo la lengua siente el sabor del frío octogenario en su boca. Es un sabor a granel, desprovisto de detalle, ceniciento.

—Tiene que ver, tiene que ver. Todos los sueños, sean pesadillas o no, son un poco eso, *sketches* cómicos caducos. Las palabras son nuestras sirvientas, al fin y al cabo.

—Vámonos ya. ¿Tienes para un gato negro y dos vikingos?

—Siempre.

—Vámonos de este infierno.

Todo lo que toca la luz

El piropo más lindo que le dirán a Frida en su vida es: “Eres la potosina más hermosa del mundo”, pero ella no nació en San Luis Potosí. Ni siquiera conoce. Ni va a conocer, como se verá. Eres la potosina más hermosa del mundo, le dijeron. Y ella sonrió como sólo se sonríe en la oscuridad.

Recordemos que tiene tatuados varios pictogramas japoneses en la nuca y hasta media espalda. Nunca lo aceptará pero a veces se arrepiente de haberse rayado tan a lo bruto. No duele no duele no duele, se repetía una y otra vez mientras se lo iban trazando, todo con tal de que su hermano no le viera el rostro contaminado de dolor. Ocurrió allá, en alguna página con la orilla superior doblada entre sus diecinueve y veinte años. Lloraba de la emoción pero también del suplicio al sentirse aguijoneada. Luego vino el éxtasis

y las camisas con la espalda descubierta y el viaje a la playa para que todos le vieran la cicatriz de tinta recién hechecita. El diseño no lo eligió ella. Recuerda el catálogo de tatuajes engargolados en hojas tan delgadas que le parecieron otro tipo de Biblia. ¡Había más opciones que piel en su cuerpo! No duele no duele no duele, se sigue repitiendo mentalmente cada que le entra la culpa de haberse marcado de por vida y tan a lo pendejo.

—¿Qué te harías tú? ¿Un tatuaje de qué? —le pregunta a Felipe para romper el hielo, sabiendo que esa pregunta suplanta al anticuado ¿qué música te gusta? Tantas veces le había hecho esa misma pregunta a su hermano en otros diciembres igual de gélidos.

—Nada. Soy cobarde —responde Felipe mientras se frota los brazos con las manos, abrazándose a sí mismo—. Aunque en algún momento pensé en hacerme un esqueleto de ballena aquí. ¿Ya sabes?, como el de Ishmael. Ah, pinche frío.

—A ver, ponte mi gabardina.

—Cómo crees. No. Ya se tardó Elio.

Es diciembre, ajá. Se quedaron de ver enfrente de la máscara mortuoria de Beethoven, en la Alameda, para tomarse una foto, los tres, con algún Santa Clos. La idea había sido de Elio y ninguno de ellos dijo que no porque en el fondo les entusiasmaba.

Todas las fotos son buenas para ir tachando a los muertos, pensó Felipe.

Y se la mando a mi mamá, piensa Frida, ahora mismo, en voz alta.

—¿Dónde viven tus papás o qué? —le pregunta él.

—Aquí en la Álamos —responde Frida.

—Es linda esa parte de la ciudad —agrega él aunque no conoce tal colonia, acaso un par de puestos de barbacoa, el corralón, la biblioteca que pusieron adentro de un avión—. ¿Y duele?

—Pues tampoco está tan lejos. En metro llegas en chinga.

—No, no. Quiero decir, cuando te tatuaste, ¿te dolió?

—Ya sé, te estoy molestando. Duele un vergo.

Él sigue frotándose la piel enchinada de los brazos. La medida de cantidad “vergo” le causa risa pero prefiere mantenerse estoico.

—Elio me habla mucho de ti, Felipe. De tus poemas. Te quiere mucho.

—¿Qué te dice ese traidor acerca de mi poesía? —y al decir la palabra poesía abandona las caricias para, con los dedos de ambas manos, abrir y cerrar un par de comillas imaginarias.

—Dice que eres muy bueno.

—¿Te dijo que lo que escribo son puros chistes? Juegos de palabras con títulos de libros que sí existen y además respeto: *Las Tepoznieves del Kilimanjaro*, *El hombre que fue juevebes*, *Rebelión en la granja del tío Chueco*, *Cien baños de soledad*...

Frida no sonríe. Por una de esas inexplicables coincidencias que sólo ocurren en las novelas, la luna comparte grisáceo cielo con el sol. Par de pecas allá lejísimos. Aquí, son las seis de la tarde con veintiún minutos.

—Viene tarde Elio —reitera Felipe.

—Ustedes son muy inteligentes. Los dos.

—No digas eso ni de broma. Realmente somos bastante idiotas.

—Se la pasan leyendo y hablan chistoso.

—Le ponemos parches a nuestra ignorancia, que es distinto.

—¡Ves!

—Tú también tienes tus palabras domingueras. ¿Vergo? Debo admitir que es linda. Quizá la use en una entrevista de chamba.

—Mi madre tiene la culpa. Siempre nos dijo que para ser alguien en la vida era necesario hablar bien.

Felipe piensa en la señal de comillas que hizo hace rato. Se da cuenta de que aquel signo ortográfico es el único que las personas interpretan usando las manos. Dibuja un acento, que al mismo tiempo es una coma, en el aire. Piensa en cuando le pides la cuenta al mesero. No dibujas el garabato específico de tu firma en el aire, haces sólo un meneo de mano que no es rúbrica alguna pero a la vez es la firma imaginaria de todos los que piden la cuenta. Es muy raro todo esto.

—¿Y por qué una ballena? —interroga Frida—. ¿En qué parte del brazo?

—Aquí —responde él señalando los ríos azules en su muñeca—, un esqueleto de ballena. Es algo de una novela. Luego te la presto.

—¿Sabes que yo también escribo? —dice ella, con lujo de vaho.

—No me digas. Pinche país de artistas. ¿Qué es lo que escribes?

—Videoclips musicales.

—Oh, vaya. ¡Ese género literario!

Frida nota que los poros de la piel de Felipe están crispadísimos por culpa del viento helado. Instintivamente toma uno de sus dos brazos y con ambas palmas lo fricciona hasta entibiárselo. Es un contacto casi maternal, milenariamente mecánico. Como mujer que acude al lejano llanto de un bebé. Felipe siente que Dios le habla. También se da cuenta de que ésa es la primera vez que tiene un diálogo de más de cinco minutos con Frida desde aquella lejana vez de

las pestañas quemadas. Piensa en preguntarle cosas. Todo el manotaje de dudas que ha construido alrededor de su súbita aparición. Interrogar a la gotera. La primera duda que le viene a la mente es una mera formalidad, un elemento concreto con el cual puede armar un sabroso prejuicio: ¿dónde vives, Frida? ¿En qué parte de la ciudad duermes? Sin embargo guarda silencio. Ya conoce esa respuesta. En la Narvarte.

A Felipe lo aborda el recuerdo de aquella tarde en que, luego de ir a ver a la Máquina Celeste, venían varios amigos ebrios y celebrando dos tantos de tiro libre y uno de cabeza. Ya estaban bastante empezados y se les cruzó una vinatería. Compraron varios frascos de vino pero no tenían cómo abrirlos. Elio dijo: ah, pues por aquí vive mi vieja. Y la llamó por teléfono. Le indicó que saliera a la esquina de su casa con un sacacorchos. Desde dos cuadras atrás podían verla haciendo equilibrios en el borde de la banqueta; desaliñada y cada- vérica. Ella reconoció el auto a lo lejos y se aproximó. Felipe vio que se trataba de Frida. Podía haber sido cualquiera de las otras fundas o nalguitas o puchachas o chonchi-mamis o culitos fiesteros de Elio. Pero era Frida. Elio venía en el asiento de copiloto, bajó la ventana y la saludó con un beso tan tronado como grotesco. Luego tomó el sacacorchos y le dijo que se lo devolvía mañana. Ella no se lo permitió, al parecer el accesorio tenía valor sentimental y si sus *roomies* se daban cuenta de que no estaba le armarían bronca. Abrieron todas las botellas de un jalón. Felipe venía sentado atrás, cargaba en las piernas a un amigo cuyo nombre es irrelevante. Se sintió apenadísimo, joven a lo pendejo, ebrio a lo pendejo, torpe a lo pendejo. Frida se inclinó buscando reconocer las caras que formaban aquel grupo de aficionados apestosos y exaltados. Felipe se ocultó

tras una espalda con el número 24 de Carlos Hermosillo. Frida le preguntó a Elio si aún estaba en pie el plan de la noche o le hablaba a otro cabrón. Él, en vez de responderle, subió la ventana con desesperante lentitud. Era una calle en la Narvarte, cerca del estúpido Parque de los Venados y su aún más estúpida escultura de Chabelo.

—¿Dónde naciste? —pregunta Felipe.

—Un pueblito por Poza Rica, pero crecí acá.

—Entiendo. Eres la potosina más bella del mundo.

—Y tú reprobaste geografía —responde Frida cubriéndose la sonrisa con la palma de su mano; deja de frotarlo por un instante.

—¿Qué haces cuando nadie te está viendo?

—Pues... juego al internet en mi celular. Imagino mi propia muerte. Me masturbo. Lo que te comentaba de los videoclips musicales.

—¿Sabes de cine?

—No. Pero he visto buenas películas. ¿Quién sabe más de comida, el que está obeso o el que escribe crítica de restaurantes?

Felipe no responde. Ella retoma las caricias en el brazo. Para calentarlo. Se detiene ahí donde probablemente acabaría la calaca del Leviatán y presiona fuerte con el índice, masajeándolo. Están muy cerca sus bocas. Ella leyó una de esas versiones acortadas de *Moby Dick*. Pero prefiere navegar con bandera de tonta.

—¿Con qué película lloras aunque ya la hayas visto antes?

—Con *Un ángel enamorado*. Y con *Jurassic Park* —responde sin dudar un instante.

—¿Viste *Los paraguas de Cherburgo?*, ¿*Stromboli?*

—No y no.

—¿*Blade Runner?*

—Qué preguntas haces, Felipillo —le responde y lo suelta de golpe. Por segunda vez en la historia de la humanidad, Felipe siente lo que es que Frida deje de rozarlo con los círculos concéntricos del infierno que habitan en las yemas de sus dedos.

Se siente horrible. Sale súbitamente el sol. Es un fulgor casi mágico. La blanca piel de Bellas Artes brilla lastimando las miradas de los turistas, estudiantes, transeúntes, marías y militares que van pasando por ahí. Guardan silencio. Ambos observan al hombrecito que oferta fotocopias del libro que escribió sobre la historia del palacio. Un grupo de regios trata mal al vendedor alegando que esa información está gratis en internet. Felipe piensa en el norteño de la Nueva Grandeza Mexicana. Los turistas le arrebatan un par de ejemplares al historiador, sosteniéndolos por encima de su cabeza, luego los arrojan lejos. Felipe agrega:

—Ésta es una de mis esculturas favoritas, ¿sabes?

—Pues sí, está muy bonita —responde ella mientras con la mano revuelve el interior de su bolso.

Se refieren a la escultura encima del último gesto que Beethoven hizo en vida. No es, ni por asomo, una escultura bonita: un ángel fornido sosegando con una contundente indicación a un hombre desnudo y humillado. Una representación exactísima de la creación artística. Eso a Felipe le fascina. La mayoría del tiempo se siente así: amedrentado por un heraldo cruel. Frida, en cambio, se siente mareada. Una inexplicable náusea la ataca. Ganas de vomitar. Siente que la desnudaron sin respetar el orden en que normalmente se despoja uno de la ropa. Trabajosamente encuentra los Marlboro de dieta que la devolverán a calmo puerto. Ahora sólo falta localizar el fuego. Felipe permanece en silencio, nada más admirándola.

El encendedor aparece. Ella mantiene la flamita bajo su mandato. Así también, el ángel de piedra domina al humano de piedra. No enciende el cigarro. Finge que lo hace y le da una buena chupada.

—Se me hace una escultura bien chingona —exclama Felipe nomás para dejar claro su punto y para ignorar la payasada esa de fumar sin fumar.

—Qué bueno que traes tenis —dice ella—, ahora yo te llevo a ver mi escultura favorita.

—¿Y Elio?

—Dudo que venga. Nos tomamos la foto con Santa mañana.

El rayo de sol se va tal y como vino. El frío, estrategia atolondrado, impera mientras atraviesan Lázaro Cárdenas trotando. Además de la luna, en los mapas del cielo chispean varias estrellas tempraneras.

—También me gustan las esculturas... —dice ella— se trata de una chamba divina. Dios hizo al hombre con arcilla y mal aliento, ¿no? Es el primer escultor. Todos somos esculturas.

—Oh, qué lindo está eso... —responde él y recuerda que la cachó siendo vivo Ángel de la Independencia hace ya un par de meses a unas cuadras de ahí. Pero prefiere no tocar el tema. Como si fuera un secreto.

La cruda comienza a ceder. ¿Cruda? Ah, chingá. ¿Bebió anoche Felipe? No lo recuerda. Llegan hasta el Munal. Ella lo obliga a pagar dos entradas. Van al patio central. Ahí, detrás de las escaleras, se encuentra la escultura de una imponente mujer. Recostada y con los senos recién manoseados, toda su piel endurecida por sus propios líquidos ahora secos. Al lado de la gitana de mármol hay un pandero de mármol.

—Ven, ven... —le indica Frida, mientras señala una placa inscrita en la escultura.

—“Después de la orgía” —leen los dos en voz alta y traduciendo intuitivamente del francés.

Un policía aparece de la nada, señalando el letrero de prohibido fumar. Frida tira el cigarro aún nuevecito, toma a Felipe de la mano y abandonan el museo. Cien pesos les costó entrar a ver la escultura. Felipe hace cuentas. Quizá hubiera preferido gastarlos en un emparedado de chorizo y dos chelas. La súbita cruda se confirma en los movimientos y los brillos bruscos y las texturas suaves de las cosas. Felipe siente el sudor pegado en su cuerpo. Frida se pone seria, tuerce la boca.

—¿Estás bien? —pregunta Felipe.

—¿Te parece que soy bonita?

—No.

—Estoy de acuerdo —responde ella—. Cuando estaba chica dibujaba flechas y líneas punteadas en el espejo jugando a que me operarían la cara. O le dibujaba bigotes y barba a mi reflejo. Me partía la barbilla. Yo debí haber nacido varón, otro día te cuento sobre eso.

—Las esculturas nunca tienen lunares —dice o piensa él.

—Oye... pero en marzo ya voy a estar hermosa.

—¿Marzo?

—El siguiente año me van a realizar una operación estética en la cara, empezando con la nariz. Luego la barbilla. Y así. Es una reconstrucción total.

—Afortunadamente no hablas en serio.

—Sí. Voy a ir con un cirujano que ha arreglado a banda famosa.

—¿De verdad?

—Ya quiero que sea marzo.

—¿No es carísimo algo así?

—Voy a pedir un préstamo al banco.

Suena el teléfono de Frida. O no es que suene: vibra dentro de su bolsillo y ella lo nota. ¡Es Edwin!, dice en un volumen que por poco es un grito. Se lleva el aparato a la oreja. Felipe sólo escucha los diálogos de ella en una charla de menos de un minuto y repleta de monosílabos. Intenta reconstruir el diálogo completo. Felipe desconoce quién es Edwin pero lo odia tácitamente. Destaca una frase en medio de aquel discurso entre alegre y mecánico: todo lo que toca la luz, dice Frida. Luego cuelga.

—¿Y el tatuaje no te lo vas a quitar en tu operación esa? —le pregunta Felipe malhumorado—. Ya de una vez...

—Pues, no es mala idea. No lo había pensado.

—¿Qué es lo que significa?

—No sé.

—¿Uh? ¿No sabes qué dice?

—Ni siquiera sé qué idioma es. Me lo hice muy a lo menso, es una historia complicada de contar... —no duele no duele no duele.

—Parece oriental.

—Orientales nada más son los tapetes, Felipe; se dice asiático.

—Maldita raza amarilla.

—A lo mejor es chino —dice ella—, no lo sé.

—Las esculturas nunca tienen tatuajes —dice o piensa él.

—Claro que sí. Cuando les pintan grafitis encima.

—¿Es en serio lo de la operación? ¿Estás jugando, verdad?

—Es ciertísimo. Toda mi vida he querido ser distinta. Otra.

Felipe atiende aquel rostro como si quisiera memorizarlo para dictárselo más tarde a un retratista. Se pregunta quién hace los dibujos de los billetes. Una y otra vez observa su reloj. ¿Dónde estará Elio?

—Sí. Voy a quitarme el tatuaje —dice ella—, qué buena idea. Para empezar completamente desde cero.

—Entonces jamás sabrás qué es lo que dice.

La resaca (o su fantasma o su reverberación o lo que sea) despliega su convulsión puntiaguda transformando cada sonido del mundo en un coscorrón. Felipe no recuerda mucho de lo que pasó anoche. Se truena uno a uno los dedos sólo para ver si siguen siendo diez. Frida saca otro cigarro. Besa el filtro y suspira hondo. Deja una plasta color rosa vibrante en el filtro.

—Ven —le dice Felipe entusiasmado.

Caminan tomados de la mano a lo largo de varias calles, esquivando a los otros transeúntes.

—Hay demasiados desconocidos en esta ciudad —dice ella.

De todas maneras avanzan. Llegan hasta el restaurante bufet de comida china en Filomeno Mata Carita. Todas las mesas están ocupadas, así que las meseras no les hacen tanto caso. Felipe lleva a Frida hasta donde se encuentra la cajera rodeada de *tickets* de venta, una anciana de rasgos asiáticos. Tomándola por los hombros, voltea a Frida y le muestra la inscripción a la viejita.

—Disculpe. ¿Qué dice aquí? —le pregunta y señala los pictogramas entintados en la carne.

La mujer menea la cabeza negativamente, algo comenta en voz baja pero más bien mueve las manos, despidiéndolos porque está muy ocupada. Ellos salen de ahí. Los ánimos no han bajado. Corren hacia otro destino. En La Pagoda tampoco les va bien, el encargado

es un maleducado que seguramente ni en español sabe leer. No hay mozos orientales. Luego se meten a un café de chinos sin café y sin chinos. Por fin entran a un local de chucherías orientales. El techo está lleno de regordetas lámparas de papel. Le explican la situación al encargado y él les promete mandar llamar a su padre. Aguardan rodeados de círculos luminosos que cuelgan del techo, caireles brillantes que se mueven hipnotizados por el viento. Ante tal lluvia de inestable luz cenital, el rostro de Frida se divide en gajos, en un instante pasa de ser la Señorita de Aviñón simiesca a la mujer más divina de todos los tiempos. La rodean gatitos dorados que menean una de sus patas de arriba hacia abajo, cometas enormes con dragones rojos, palillos chinos con qué comer arroz o hacerse chongos sofisticados.

—¿Tienes novia?

—No.

—¿Por?

Felipe no responde. En cambio realiza un ejercicio mental: imagina cómo sería su hijo con Frida. Une su rostro fino y exacto con el de ella; tosco y andrajoso. Idea nombres y oficios para el niño o niña. ¿Tendrá mi cabello lacio y marrón o el cabello ensortijado y negro de ella? Se imagina la ropa diminuta colgando de un tendedero y le cuesta trabajo elegir entre el papel tapiz de ositos Pooh o el de sonajas y chupones. Llanto. Berridos. Nuevas sonrisas cada día.

—Por favor no te realices la operación.

—Relájate. Ni siquiera sabes cómo me apellido.

No. No lo sabe. Pero ya sabe que Frida llora cuando ve la pésima adaptación gringoide de *Las alas del deseo*. Sabe que llora cuando

Sam Neill le mueve la cabeza a Laura Dern para que vea a los brontosaurios. No necesita saber más, realmente.

—Te lo suplico. No lo hagas.

—Ya está decidido. Además es lo que más deseo en el mundo. Estoy harta.

Aparece frente a ellos un venerable chinito. Los saluda ceremoniosamente. Frida se agacha mostrándole el cuello. El anciano atiene de buscándole sentido al tatuaje, lo toca fríamente, como si leyera en braille. Estudia la inscripción al derecho y al revés. Algo eructa en un idioma que parece salido de una tumba y luego desaparece sin amago de haberse despedido.

—Dice mi padre que esas letras no dicen nada. Ni siquiera son letras. No son nada —les comenta el encargado.

—¿Está seguro?

—Nada. No están escritas en idioma alguno.

Salen del lugar. Se sientan en la banqueta. Frida llora poquito. Muy poquito. Él la mira. Aún no decide si ella es un clan de libélulas o las luces de un imperio. Con su nariz con forma de chile relleno. Sus veintiocho años aproximadamente. Su cara tallada en piedra pómez. Su cabello aprisionado en una cola de caballo que seguramente no se ha deshecho en sesenta y tres meses, también de aquel entonces debe de ser su tinte de rubia falsa ya nada más en las puntas. Sus gruesos pelos en los brazos y cejas de azotador. Su porte de alguien que quedó en último lugar en Miss Coatzacoalcos. Más que una mujer, es como un perro parado en dos patas. ¡Y además se llama Frida!

—Te amo —le dice Felipe, viéndole el escote.

La cruda, como todas las crudas, ha desaparecido por arte de magia. Ya es de noche. Las estrellas parecen asteriscos. Los hombres, aquí abajo, son el pie de página al que conducen.

Elio lleva varios minutos esperándolos en el sitio pactado. Se demoró porque fue a comprar un pollo rostizado imaginando que Felipe y Frida tendrían hambre y podrían comer en una de las bancas de piedra en la Alameda antes de ir con Papá Noel. Observa la escultura que corona la máscara mortuoria de Beethoven. Un enviado alado que serenamente le da la buena nueva a un dulce hombre encuerado que lo idolatra. Se identifica con el embajador.

Estornuda.

Aquí empiezan tus nalgas

Siempre y cuando la imagine blanda de tan serena luz, elija el lector una cafetería del centro histórico. Ese sitio revestido de murmullos sirve para que la vetusta estirpe del primer cuadro charle sobre el clima despiadado, sobre las esposas difuntas, los achaques interiores, la fecha de caducidad en los jarabes y medicamentos (el pavor a que éstos les sobrevivan), los huesos que se han transformado en enemigos íntimos y la sangre que ahora parece ser resistol. En otras palabras: añoran tiempos mejores.

¿Cuáles tiempos mejores?

No sabrían responder a eso.

Bola de polillitas quejándose de todo. La verdad es que están irritados porque su ciudad se ha llenado de chamacos. Las calles, los tramos de fresca sombra, el principio y el final de las escaleras,

el ajedrez en la Alameda, el tíbiri espontáneo frente al gigantesco general Lázaro Cárdenas, las tias gradillas de piedra en Donceles, las torterías, el billete huerfanito de la Lotería Nacional y los estanquillos. ¡En todos lados andan! Es en las cantinas, antiguo cubil de ebrios leales y teporochos por convicción, donde más duele su presencia. Hoy en día hasta los lupanares se saturan con la plaga del mocerío. Tugurios históricos transformados en catedrales del sudor en donde todo es bailoteo y estridencia. Jóvenes que apenas han ingerido dos gotas de alcohol y ya se les olvidó cómo permanecer en pie. ¡Ya no digamos andar una calle o hablar decentemente! Ellas: destapadísimas y ellos: afeminados. Llegan alborotando con sus charlas majaderas y atemorizantes. No respetan himnos, ni al carpintero crucificado, ni a los separadores en los libros, ¡chispas!, no respetan ni al vientre de sus madres.

¡Míralos tan campechanos!

Ahí hay dos especímenes:

—Quién iba a pensar que la chingadera esa que me salió en el pito se me iba a quitar, precisamente, cogiendo —grita Elio entre signos de admiración al regresar del baño, alegrísimo y subiéndose la bragueta a destiempo como Juan por su casa. Toma asiento enfrente de Felipe que lo escucha con un gesto que no vale la pena describir.

Un viudo que aguarda a que su lechero se temple escucha aquella cantaleta y su frente se arruga. No está dispuesto a seguir ahí. Alza la mano para pedir la cuenta. O más bien trata de alzar la mano. Ya no están las extremidades para tales oficios. Todo él parece un instrumento musical estropeado. Su garabato invisible en el aire es como un pajarito que jamás aprendió a volar.

—Te las pedí verdes —responde Felipe tratando de evadir el tema. Sabe que a él también le podría aparecer una erupción afín en los genitales.

Frida, naturalmente.

Enchiladas, obvio.

Elio no sabe que Frida y Felipe se ven al menos dos ocasiones por semana, desde hace un mes. Para hacer el amor, vaya. Si se enterara probablemente haría un brindis, palmearía al amigo en la espalda y lo sometería a un chusco cuestionario lleno de detalles comparativos. Aun así Felipe ha decidido mantener aquellos escarceos en secreto. ¿Por qué?

—Verdes está perfecto. ¡Solita se me quitó la irritación esa horrible! Ando de buenas —agrega Elio, sacando los mondadientes de un envase de Gerber para clavarlos en los orificios del salero.

—Se lo habrás dejado adentro a alguna.

—La papa caliente de la cogedera, amigo.

Elio hace un apresurado recuento mental de humedades, nombres de dama y gestos de placer. Fue un mes activo, diciembre. Anda en campaña. Lo malo de que finalice un año es que inmediatamente empieza otro. Sería bonito que hubiera un par de días no cuantificables en los que se pudiera descansar del tiempo. Pero no. Cohabita la humanidad en un sexto día del primer mes. Fechas con prisa, noche de Reyes. Felipe tararea el tango al respecto, aquel en que el marido descubre a su esposa jugando al corcel y el jinete con el mejor amigo y, como regalo para sus hijos, ha dejado el cadáver de la madre traidora debajo del árbol. Felipe piensa en Frida muerta, su gesto iluminado y luego no iluminado por una serie retorcida de foquitos titilantes. No tiene que hacer demasiado esfuerzo para

idear tal circunstancia: cuando Frida alcanza el clímax es como si muriera por unos instantes. Incluso su calaca se hace más presente. Toda ella parece engrapada a un cuerpo interno, un cuerpo menos vivo, una suerte de sonambulismo sexual que a él lo excita a tope.

¡Claro! Ahí está la respuesta.

Es por ese tipo de reflexiones que no ha querido revelarle a Elio nada de lo ocurrido. Porque sabe que en esa hipotética charla comparativa serían mencionadas toda clase de exageraciones y falsedades. Él, Felipe, diría con un brillo en los ojos: cuando acariciada, su piel se torna pálida y parece muerta la cabrona y el otro, Elio, añadiría: ya con el pene adentro es regritona.

No es gritona.

Frida no es gritona, maldita sea.

Aquella tarde noche lejana no se tomaron la foto con Santa. En cambio, Frida y Felipe fueron a un hotel sobre República de Cuba llamado República de Cuba. Ella dijo muy seria y como si imitara a alguien: la redundancia cierra las puertas del paraíso. Y ajá. Ella se desnudó con celeridad pero el cinturón de Felipe se transformó en una guillotina y no aconteció erección de sangre alguna. La obsesión de Frida por buscar grietas en las paredes tampoco ayudó a reintentar durezas. Para la otra tenemos que irnos a meter a un lugar lejos de la Zona Roja en caso de sismo, dijo ella dulcemente y ensalivando sin éxito, y más por necesidad, el pene de Felipe que parecía un chicloso.

Para la otra fue tres días después, en el hotel Casa Silencio sobre Calzada de Tlalpan. Zona Anaranjada. Sus centros embonaron como si hubieran sido ideados para ello. Un segundo. Fueron diseñados para eso. En dos ocasiones ininterrumpidas constituyeron unidos

a un ser que sólo existió por unos instantes. La primera sesión fue bella y la segunda exagerada, en ambos casos: dos desnudeces parciales acoplándose sin un preservativo metiche. Su unión supo a pecado, a charco de varias lluvias, a demasiada crema corporal.

Me resulta muy tierno su miedo a los temblores, aunque es un pedo estar buscando hoteles cada vez más lejos del centro, diría Felipe. Y Elio le respondería con una cosa sacadísima de la manga: si la tomas de perrito, cuenta en voz alta el número de embestidas que le vas proporcionando, yo llegué a ciento sesenta.

No es verdad. En cambio le fascina que le hagas chistes en pleno vaivén. La siguiente ocasión que se entrevistaron fue por metro Lázaro Cárdenas, en el hotel Oslo. Zona Amarilla pero piso 7. Huelga decir que en esa ocasión, y para pronto: en todas las posteriores, tampoco usaron preservativo. Él estaba por conseguir chorro seminal cuando ella le contó al oído un chiste infantil sobre gatos en el desierto. Luego soltó una carcajada así nomás. Pero no fue una risa que interrumpiera las acciones, por el contrario, todo se amoldó a la unión. Y hubo en el rostro de ella un amago de felicidad. Él le mordió un mechón de cabello y luego terminó. Ella le tomó una foto con su celular a la mancha de semen en la sábana deslavada. Es como un continente que no existe, le dijo, como antes de que todo el planeta se desanudara. Pangea, le aclaró él. Y en respuesta recibió un almohadazo.

Cuando está en sus días se pone súper cachonda, diría Elio completamente rijoso pero serio y tiránico, alzando un vaso de chela mal servido y rebosando espuma.

Y eso a lo mejor sea verdad. Porque las crispaciones eróticas de Felipe jamás coincidieron con una de las fases de sangre menstrual

de Frida. Jamás tuvo la gladiadora sensación que dejan los grumos escarlata endureciéndose en los pelos y pellejitos de una verga en descenso.

Pero en cambio sí la vio exagerarse, salirse de ella misma. Los quince o veinte minutos de inmortalidad que dura una cogida en este siglo, él la vio volverse enloquecedora y tierna y animal. Sabe Felipe que si un día siente celos por otro hombre debido a Frida será porque conoce la capacidad de ésta de entregarse por completo. Apenas la semana pasada rentaron, casualmente, una parcela de infinito. Es decir cuarto de motel tapizado de espejos. No había dónde descansar la mirada que no devolviera a sus cuerpos congregados. Hotel Xola en la mera salida a Cuernavaca por Insurgentes. Zona Azul. Si acaso existe una categoría llamada así, porque en eso de las zonas sísmicas Felipe empezó a inventar cosas para tranquilizarla. No hay en todo el ancho mundo un coito al que no revistan una bola de mentiras miniatura. El caso es que estaban lejos del hipotético derrumbe. El cuarto olía al Perla Negra. Sus corazones temblaban pero el edificio no se les vendría abajo. Comieron unas tortas que compraron en el camino. Bebieron de una fanta que caducaba en el cumpleaños de alguien. Todo era sencillo y frágil. Empezaron los manutigios, el despoblarse de las prendas, sudor detrás de las rodillas, cuellos mordisqueados, comer boca. Y ella lo apartó un instante para ponerse en cuatro, ofreciéndole las nalgas. Vas, dijeron esos dos hogares. Él entró. No sabe a dónde pero entró. Y aquello era tibio y provocaba turgencias. El rostro de ella estaba muy cerca de un muro de espejo, su respiración empañaba la superficie, sus palmas buscando soporte ensuciaban el reflejo aunque más bien parecía que lo limpiaban. Eran cuatro. Ocho. Dieciséis. Felipe se vio a sí

mismo adentro de Frida y recordó lo que Borges dice en dos textos diferentes. En *Historia universal de la infamia* y en Tlón, Uqbar, etcétera... ¿Por qué estoy pensando en eso justo ahora?, meditó y cerró los ojos, penetrando. Pero la cita lo atacó como el deseo inmundado e inaplazable de un enfermo. Los espejos y la cópula son abominables porque multiplican y reproducen la realidad, le dijo una voz quebradiza y plateada. Abrió los ojos y vio a Frida besando su reflejo, sin prisa ni sonrojo. No pudo más. Ella también concluyó. El tatuaje en su nuca estaba empapado, ebrio, tembloroso: siendo un lenguaje vivo. Gritaron estremecidos. Cayeron los dos desde las alturas, en un abrazo.

Se regresaron en un taxi. Apestaba a sexo el vehículo. A todo volumen sonaba *Fuera del mundo* de Oscar Chávez y el chofer, antes de que terminara la canción, la volvía a poner. No había tráfico y atravesaron todo Tlalpan en veinte minutos. A toda velocidad pasaron por el chipote que se forma a la altura de Viaducto, viniendo de sur a norte despuesito del fortín militar. El auto se suspendió en el aire por unos instantes y a ellos, también al chofer, se les subió la sangre. Se besaron entre Chabacano y San Antonio Abad con desesperación, como si fueran dos muchachos a los que el dentista les acaba de retirar los bráquets. Se bajaron a la altura de Pino Suárez. Avanzaron entre la muchedumbre que compraba ropa al mayoreo. No se despidieron. Sólo siguieron sus individuales caminos. Felipe rumbo a casa, Frida sabrá Dios hacia dónde.

Su vagina tiene un aroma que se te mete en la garganta durante todo el día, sin importar cuánto te bañes o laves los dientes, le diría a Felipe. Y Elio inventaría que una vez le salió espuma por el chocho o que todo el tiempo está medicada o que la mama mal o sabrá Dios

qué cantidad de tarugadas con tal de mantener su estatus de El Gran Chingón. Por eso es mejor no hablar del tema. Mantenerlo vedado. Felipe sabe que lo más silencioso que el silencio es el secreto. Frida. Teme sentir celos por ella.

—Verdes está chingón pero le dijiste que sin crema, ¿cierto?

—Ay, cabrón. Me olvidé.

—Pinches tres años siendo carnales y se te olvida que me da asco la pendeja crema —reclama Elio escandiendo ponderadamente las groserías.

Una viejilla que resuelve crucigramas haciendo trampa alza la mano. Garabatea en el aire algo que jamás pudo haber sido una firma. Todo en ella tiembla.

—Pide otras. Ando distraído.

—Desayunamos y vamos por unos pegoles. Yo invito. Para celebrar que no tenemos sida.

Felipe prefiere ignorar el plural en esa frase.

—No puedo —responde.

—¿Ah, chingá?

—Quedé con una. Iremos a dar el rol.

—¿Cuál *una*?

—Una. La del Otro Río. La esquimal. Tú, qué pedo, ¿verás a Frida?

—Nel, hoy le toca al otro cabrón. Esteban o Sebastián. No sé. Anda llenando el álbum Panini esa vieja. Como quiera que se llame su otro camote, huele a cebolla. La deja a ella apestando a cebolla. Yo sí iré por un trago, ando de buenas. Hay juego de Champions, creo. Si no capaz me meto a ver chichis al Azteca. O trato de hacer lo del perro de doña Rafa.

Carajo. Es verdad que la ropa de Frida huele a tacos más seguido de lo que él quisiera. Su ropa seguido apesta a cebolla, diría —y acaba de decir— Elio y en ese momento una comezón terrible en la entrepierna le arrebató cualquier amago de apetito a Felipe. Comparte una mujer con su mejor amigo. Ésa es la aplastante realidad. Santita, la de Gamboa, entre un capítulo y otro, pasa de ser una prostituta inexperta a ser la putita que toda Ciudad de México ya usó. Llegan los platillos que ordenaron.

—A mí déjame las que tienen crema —le indica Felipe al mozo.

—Si hago lo de doña Rafa voy a necesitar tu celular. Préstamelo toda la tarde, ¿no?

—Es una pendejada eso, Elio, no chingues.

Y un comensal más, boina en mano, bastón recargado al cuello de la mesa, marcas rojizas castigándole las mejillas, alza a regañadientes su brazo, pide la cuenta.

—¿Qué traes, güey? ¿No has cagado?

—Ya ahí muere. Cómete tus enchiladas, ándale. Tus enchiladas de joto.

—¿De veras no te cansas de mamar tanto la verga? Debe ser cansado.

—Tu cola, pendejo, cómo ves. ¿Te rifas?

—Mámame el meón.

—Putita de rubor helado.

—Cara de verga.

Se miran a los ojos. Ríen sin reír.

—¿A qué vieja vas a ver, cuéntame? ¿Le meterás la salchicha? ¿Mama el rifle?

—A la esquimal. La de Monterrey. Te conté pero no me pones atención. La que trabaja en Lecumberri. “Está perrucho, te la bañas, me tiras a león”. Ya sabes. La regia. Te conté.

En su mente, en la mente de Felipe, la charla hipotética sobre Frida llegaría a un derrotero en el que ya no cabrían farsas ni ficciones. En la escuela nos enseñaron una fórmula de vida humana y los humanos nos la hemos tomado todos demasiado en serio. Naces, creces, te reproduces y mueres. Está preñada la pinche Frida, diría Elio y Felipe sentiría lo mismo que sintió anoche cuando Frida, segundos antes de meterse el cepillo de dientes a la boca, le dijo: estoy embarazada. Y él se le quedó viendo mientras un hilo de espuma de un color azul irreal le escurría por un hueco de sus labios. Sus cachetes se deformaban ante la incidencia casi melódica del cepillo aseando internamente. Lo que Felipe sintió fue que su rostro perdía algo. Sintió que ya jamás un gesto suyo sería digno de ser traducido en palabras o metáforas.

Frida está encinta, se dice a sí mismo una y otra vez, como queriendo que de esa forma el problema se solucione mágicamente.

—¿Y qué harán o qué chingados? —pregunta Elio, untando lo que queda de salsa en el interior de una chichi de bolillo.

—Vamos a jugar palmaditas, cabrón.

—Andas raro. Pero bueno. Tú sabes. Eres la niña de mis ojos, nunca lo olvides. Préstame tu celular para hacer lo del perro de doña Rafa. Tu cámara es más cabrona.

—Lo necesito para ponerme de acuerdo con esta morra.

—*Conmadre*. Llévala al Soriana, pues, ¡ajúa!

Entran a la cafetería dos varones. Deben tener menos de veinte años. A ambos se les ven las axilas goteantes, sus mangas empiezan

en el hombro y terminan casi en la cintura. Están fortísimos y con barbas perfectas, cerraditas. Sus prendas brillan queriendo permanecer recién estrenadas perennemente. Traen gorras tiesas con mensajes que bien podrían ser siglas de algo o una expresión en el pervertido idioma de internet. Se sientan al centro del lugar. Brillan argollas incrustadas en sus caras: en las cejas, en las aletillas, en la barbilla. Uno de ellos dice en voz alta: ah, no; pues coto tu chidorreo. El otro saca su teléfono y pone reguetón a todo volumen.

Elio y Felipe alzan la mano impulsados por resortes invisibles, pidiendo la cuenta a un mesero que de momento está ausente. Saben que otros tiempos fueron mejores.

¿Cuáles tiempos?

No sabrían responder a eso.

Poquito muerta

No me llamo Frida debido a la pintora. Nací, tengo esa garantía. Mujer y entre dos siglos. El *password* que desbloquea mi teléfono celular es el año en que nació Porfirio Díaz. Me gusta la historia de México, me gustan los panes y me gustan los perros. Tengo un hermano, un lunar que yo jamás me he visto y una letra eme ambigua. La parte de mi cuerpo que menos me gusta es mi nariz. Casi siempre meo de aguilita, si me aguanto mucho me empiezan a doler las muelas de hasta atrás. Para la cistitis: jugo de arándanos. Las axilas me huelen a pan tostado al quinto día sin bañarme, mi récord son siete días. Lubrico que da miedo, sin importar si me atrae o no el tipito. Le temo a los semáforos en amarillo, al sismo, a que de adulta me salga una lonja en la parte de atrás del cuello, a que de vieja se me derritan los lóbulos de las orejas. El primer

hombre que me atrajo fue un vagabundo que vivía debajo de un puente que ya no existe. Tengo un hermano, ¿eso ya lo mencioné? Me gustan las letras que pueden ser fácilmente representadas con las manos. Trato de no conocer nunca la edad de los que me rodean, si empiezan a hablar de eso dejo de poner atención. ¡Y vaya que a la gente le fascina comparar obsesivamente sus edades! Me engento fácilmente. Somos tantos. Nos mearon el hormiguero. Como verás me encanta hablar de orina. La primera vez que vi un pene, éste hacía del uno; fue en la central de autobuses de Cuernavaca. Me dio risa. La primera vez que vi un pene erecto fue en Canal Once en una película española, el miembro salía de un agujero en la pared en un sanitario. Un día: chichis de triangulito de Boing! y al otro: mis dos alpes tamaño mano, sensibles como dientes de león, sensibles como alerta sísmica...

Tú, que sabes que tata Porfirio nació en 1830, te acabas de volver, sin desearlo, mi confidente.

¿Quién eres, a todo esto? Voy a asumir que eres varón básicamente porque yo quiero que sea así. No sé si mastiques con la boca abierta o si te crecen chueco las uñas. No sé si te estás quedando calvo o si murió hace poco alguien a quien le conocías detalladamente la espalda. No sé nada de ti. Sin embargo segura estoy de que me colgaría a tu cuello en alguna esquina preferentemente mal iluminada. Dejaría que me cuentes al oído acerca de las lentas injusticias que has sufrido y sobre las primeras manchas blancas y cristalinas en la parte inferior de tus camisas. Dejaría que me hables entre susurros, y mientras la televisión está en *mute*, acerca de una canción que fue tu favorita o sobre tu sueño recurrente. Un día te dejaría entrar en mí, me acomodaría en la postura que necesitas

para pensar en forma de gemidos: yo soy dueño de todo esto. Eso es lo que más me gusta de ofrecer mi cuerpo: hacerle sentir al gavilán en turno que me posee. Y así: sin cuerpo, ser libre.

Lo que nos lleva a una segunda pregunta. ¿Dónde estoy? ¿Qué es esta prisión?

No sé si hablarte en pasado o en presente. Hace rato dije muy sácale punta que *un día te dejaría entrar en mí...* pero aquí donde estoy no hay días. No hay tiempo. No hay arriba ni abajo. Sólo un raro hundirme. Algo me arropa de abajo hacia arriba y ya va a la altura de mis rodillas. Pero no tengo miedo. Ni siquiera es que recuerde qué es tener miedo. Es como si mi sombra sintiera cosquillas o como despertar feliz después de un sueño. Estoy estrenando sensaciones. Pero a la vez siento cómo existo ya en la posteridad, como si yo formara parte de algo enorme y perfumado que sirve de inspiración a los que aún viven. Pero yo no he muerto. Aún no. Todo esto es muy raro. Me puse a llorar y las lágrimas flotaban quedito hacia arriba, como el dibujo de las notas musicales en las caricaturas. Ya más calmada decidí empezar a evocar cosas sencillas como el año en que nació Porfirio Díaz y la forma de mi lunar oculto. Llevo rato tratando de recordar cuál es mi número telefónico. Pero no puedo. Se me borra tal procesión de números como pasaba con las fotografías en el pasado. Bueno, así como con las fotos de antes pero al revés. Ir dócilmente a blancos.

Aquí no hay viento, ni aves atascadas pero aleteando y mi cabello flota. Estoy en una playa sin mar. Empecemos por ahí. ¿Qué tienen en común las playas sin mar con las playas que sí tienen mar? La arena. La arena no es otra cosa que un inmenso y resignado tapete de huellas. La forma que adopta la superficie de una playa son las

marcas que va dejando la gente que pasó por ahí. Cada montículo y cuenca es consecuencia de un pie que la modificó. Sólo huellas, pisadas, marcas de seres humanos, surcos estampados unos encima de otros, quietas incidencias tan remotas como superpuestas.

Una pensaría que esto es la muerte.

Pero, ¿sabes cómo sé que no estoy muerta? Porque sin tener un espejo enfrente sé que sigo siendo yo. Con mi cara de circunstancia, mi tatuaje en la espalda, mi nariz de campeonato y mi piel legalmente prieta. Morir es abandonar los tics nerviosos, es despojarse de las cejas de azotador y mandar al olvido el secreto rostro de placer que todos ponemos cuando llegamos al orgasmo. Frutas que mudan de cáscara. Me da mucha risa cuando en las películas o caricaturas los fantasmas de los muertos se transforman en espectros transparentes de sí mismos. Es decir: si ya trascendiste... para qué seguir teniendo tu misma cholla y tu mismo cuerpo y tus lonjas y el cabello lacio intratable. ¿Para qué traes atravesado en el cráneo el serrucho que te asesinó accidentalmente? Ésas son pendejadas, oye. Apariciones buenas para filmes del Canal 5 entre semana. ¡Cada difunto puede elegir cómo lucir! Yo me imagino que el cielo y el infierno están llenos de Marilyn y Cristianos Ronaldos y Marlon Brandos. Entonces la otra vida es algo muy parecido a los manicomios de Napoleones, un andén del metro lleno de famosos con cocteles, canapés y trinchas o arpas. Cuando yo muera adoptaré la forma del Ángel de la Independencia.

También sé que no estoy muerta porque no puedo quitarme la vida. Es así de simple. Hasta ese anhelo me ha sido arrebatado en esta babosa playa sin mar. No puedo arrancarme los ojos

ni tronarme los dedos y ya mordí mi lengua queriendo desusarla.
Nada. Aquí estoy nomás de pie en arenas movedizas desesperante-
mente lentas.

Se va acercando a mi sexo este raro hundirme.

Ojalá de perdida haga cosquillas.

Andar rota

Pocas cosas tan burdas como representar al año que termina con un anciano y al año que principia con un nene. Cuando Frida le dijo a Felipe que estaba embarazada, para él fue imposible comprender, de golpe, que un hijo suyo crecería ahí adentro. Ya se dijo qué fue lo primero que pensó. Lo que en cambio dijo, su respuesta a bote pronto, apestó a incongruencia:

—Perfecto. Lo educaré como si fuera mío.

Incongruencia mezclada con estupidez. Y es que minutos antes había vertido él su segunda descarga testicular de la tarde adentro de ella. Sin desperdicios ni timideces. A su vez el quinto de la semana. Los de esa tarde, ambos encuentros, par de malabares sistemáticos que involucraron un masaje de tetas más bien triste y un sesenta y nueve rígrado que a ratos lució como el juego infantil de *un dos tres*,

calabaza. Él sabía que alguna pesadumbre atormentaba la cabeza de Frida. Cabeza recién rapada de un lado. Parecía fugada de un nosocomio. Por la ventana entraba la oscuridad verde de los últimos días del año. Frida estaba lavándose los dientes. También eso ya se dijo. Lo hacía con exagerada fruición y por lo mismo se lastimaba las encías. Siempre llevaba a los hoteles una mochilita con utensilios de higiene personal. A Felipe le daba mala espina que entre los artículos hubiera un desodorante para varón con la barra llena de pelos retorcidos. Más de una vez hizo uso de tal pastilla. Que sus axilas olieran igual que las del resto de amantes de Frida no le gustaba nada. Después meditaba que todos ellos también tenían dos ojos, dos manos, anhelos e ilusiones, antojo de frituras y crudas.

—Se fue en chinga el dos mil catorce —dijo Felipe nomás por decir algo que no tuviera que ver con el milagro de la reproducción—. ¿Te acuerdas cuando en la escuela, empezando un año, uno se equivocaba cada que lo escribía en los exámenes? Y lo tenías que tachar. Tachabas el año como negándolo. Te acostumbrabas hasta por ahí de marzo.

Frida, entre buchec, saliva, sangre, menta y espuma, dijo algo muy parecido a:

—Necesito que me pases una lana para las pastillas. Ando rotísima.

—Y de una vez que te emparejen las greñas, no mames con ese corte de loca. Preferiría que estuvieras toda rapada.

Ella le respondió algo confuso desde el baño.

Lleva Felipe varios años masticando la idea de que Dios —el creador, sin religión y en su sentido más ingenuo— es al mismo tiempo un degenerado y un tipazo.

Frida embarazada.

Un degenerado y un tipazo, el Todopoderoso.

Salvo por un par de sustos juveniles que no devinieron en familia, Felipe nunca había pensado en sí mismo como un progenitor. Quería, sí, en algún momento, ser padre. Pero sólo para que cuando le mostraran a su hijo en el hospital recién expulsado del vientre materno pudiera exclamar burlón: pero yo lo pedí sin queso. En eso consistía su fantasía al respecto. Decidió solucionar de tajo el problema del supuesto embarazo: omitiéndolo y siguiendo con su vida. No buscó más a Frida durante un par de semanas. Asumiendo que ella por sí misma había conseguido la pastilla abortiva. No pueden ser tan caras, pensó, estamos en el siglo veintiuno. O quizá, en el peor de los casos, alguno de sus otros camotes las pagó ya; concluyó Felipe.

En febrero el cielo de Ciudad de México es un muestrario de azulejos: hoy pareciera que las nubes del cielo se han exiliado para siempre, mañana llueve con recelo, pasado mañana el viento tiembla las tazas de café antes de que lleguen a la mesa y ayer el sol agarraba a cuerazos a quien se lo permitiera. Febrero loco, decían antes en un comercial de muebles.

Frida no responde a las llamadas. Tiene sentido que esté enojada. Felipe sacó lo de la renta checando la sintaxis de un par de aburrísimas tesis de economía. Le han caído buenas chambas por ese lado. Otra forma de vivir gracias a esa fábrica de diplomas que es la UNAM, opina luego de sacar dinero del cajero e ir al Oxxo para ponerle cincuenta pesos de crédito a su teléfono. Se los gasta en mandarle mensajes a la desaparecida a lo largo del día. Un ejemplo:

¿Hoy cómo andamos de escote?

Otro:

Te extraño, chava.

Y el mundo de posibilidades entre esos dos polos que prácticamente se tocan. ¡Qué diablos! La palabra correcta es: se acarician.

Elio también ha andado distante. Le cayó un trabajo asistiendo arte para un programa piloto de televisión. Una cosa espantosa de risas grabadas y guadalupanas lecciones de vida. Llega desvelado y oliendo a tanates. Tres semanas estará en chinga. No tiene tiempo ni para media caguama. Después de ausentarse toda la noche entra en algún momento de la mañana y se va directo a su colchón en el suelo. Felipe se acerca y desde el marco de la puerta le pregunta frugalmente:

—¿Has sabido algo de Frida?

—No me la menciones. ¡A ésa la abrí desde el mes pasado! Se robó el control de la tele. Todas las mujeres tienen un número de cogidas antes de que empiecen a armártela de pedo, amigo. El número de Frida es doce. Doce cogidas y empieza con que ya no la quieres o con que la acompañes a fiestas familiares.

Doce. Felipe no está de acuerdo con esa cifra. Quisiera tener más pormenorizados sus encuentros sexuales. Incluso le encantaría haber escrito algo de cada uno de ellos. Un par de líneas como ejercicio mnemónico. Algo que leer en unos años y sentir melancolía. ¿Doce? Fue por ahí de la séptima ocasión cuando ella interrumpió el coito para ponerse a llorar debajo de las cobijas.

—¿Y cómo le hubieran puesto a su hijo? —pregunta Felipe fríamente.

—No mames.

—¿Cómo?

—Hubiera sido un crío horrendo, eso te lo aseguro.

—¿Cuándo las chelas?

—Ahora que acabe esta mugre de programa, ahora que acabe. Te voy a dar unos lujos, cabrón. Un pinche traje de luces te voy a comprar. Voy a pedir que te traigan un pinche venado empanizado para que te lo fumes en burritos. Ahora: me duermo. Perseguir el sushi de chuleta es muy agotador.

Felipe se regresa a su habitación. Abre un libro pero éste se le presenta imposible de leer. Frida embarazada. Toma su teléfono, le saca varias fotografías al pedazo de cielo que se ve desde su ventana. También se toma fotos a la nuca revisando cómo va quedándose calvo. Le manda un mensaje a Frida.

Ya levántame el castigo, Frígida.

Se corta las uñas imaginando la competencia secreta que hay entre ellas al crecer, secretamente suele darle un poco de hándicap al meñique. Tan pequeño. Piensa en nada. En algún lugar del mundo a alguien se le hace tarde y dos manecillas fornican una sobre la otra. Es ahí cuando Felipe decide darle un rato a su poema. Su poema de largo aliento acerca de echar la hueva. Una página y media a doble espacio en Arial cuerpo doce por una sola cara. Formato de concurso. Es un entusiasta en el fondo, nuestro héroe. *Darle a su poema* consiste en abrir el archivo de Word y observarlo con espanto, comparándose con *Altazor*.

“Felipe, ¿por qué perdiste tu primera serenidad?”.

Observa la pantalla dolorosamente refulgente y le baja el brillo. El monstruo blanco de Hemingway se queda corto frente a esta nueva ventana resplandeciente y tiesa, impalpable y llena de polvo, toda rodeada de iconitos que pareciera se burlan de uno con estoicas

carcajadas. A la hoja en blanco de los escritores del pasado no le podías subir y bajar la luminosidad hasta joderte las retinas. Lee lo escrito hasta ahora y se clava realizándole cambios mínimos o innecesarios: borrar un punto para volverlo a teclear segundos después. Al final de cada inerte modificación: pica el botón *guardar*. Un día, piensa, un día nos van a cobrar un pendejo dólar por cada vez que salvemos un documento. A la distancia Elio ronca.

Los hados principian una revolución libertaria en algún sitio.

La bandera de México sigue atorada en los cables de luz que se ven desde su ventana. Ensartijada en el alambre se ha ensuciado hasta ya más bien parecer un banderín que anunciaba un departamento en renta o una rata acróbata y calcinada. La flanquea un par de zapatos deportivos de dama. Las pestañas de Felipe han crecido saludablemente. Frida, ni sus luces.

“Estás perdido, Felipe. Solo en medio del universo”.

Su poema, pues, no avanza una chingada. Pierde el tiempo viendo caderas de desconocidas en las redes sociales. Ya hay más mujeres bellas en internet que en la vida real. Todas levantando la trompa y mandándole un beso a la señora frustrada que serán en el futuro. Frida embarazada. Felipe mata el tiempo pensando tonterías. Llegará el día, medita, en que alguien recordará con cariño cómo el botón de las letras mayúsculas tenía un foquito que se encendía al activarlas. Frida Embarazada. Frida Embarazada. No consigne concentrarse. Siente cómo se va quedando calvo. ¿Y si baja por un gato negro? Para conectarla. Unos calimochos se antojan. Pero, ¿beber solo?

—Que se tome la pastilla de los nueve meses después —dice socarronamente en voz alta.

Sin darse cuenta cómo, ya está en la vinatería pagando el vino tinto y diez pesos de plátanos deshidratados. Hace corajes por alguna nueva modificación en los grafiti de cierto muro. Por un segundo cree que perdió las llaves pero ahí las trae, en la mano. La gente avanza yendo acá y acá. Suda seco. Saluda al mesero de La Resurrección que está barriendo colillas y el cadáver de un ratón.

—No mames. Era su cumpleaños —comenta Felipe señalando al roedor. Más tarde jurará que el animal tenía dos taches por ojos.

Sube las escaleras del edificio. En el pasillo del primer piso se encuentra a doña Rafa detrás de su puerta, sólo se asoma por un largo hueco vertical. Se saludan de usted. Él le dice que cuándo le van a ayudar con lo de su perro. La ruquilla sugiere que ahora mismo.

—Va, va, va... —dice Felipe— pero no está mi compa. Bueno, sí está, pero dormido. Trabajó toda la noche.

—Mejor. Entre menos burros más olotes. Nos vamos a hacer millonarios —le responde ella.

Doña Rafa abre las cuatro chapas de su departamento. Cada una suena distinto y eso es bello. Ojalá no hubieran inventado jamás las llaves, alcanza a rumiar Felipe antes de que el susodicho animal aparezca arrojándosele encima. Un perro menso, grande y mal bañado. La casa huele a sopa, huele a iglesia, huele a perro menso, grande y mal bañado, huele al interior de una boina, a hojas recién fotocopiadas, a...

—¿Quiere sopa? —pregunta doña Rafa.

—No, oiga.

—¿Tiene novia ahora mismo? —pregunta la señora.

—Se la debo.

—Mal. Hay que estropearle la vida a cuantas personas se dejen, muchacho.

—Ah, pues hablando de eso: ¿usted sabe cuánto cuestan unas pastillas anticonceptivas de emergencia?

—Sale más barata una cuerda de boxeador.

—Nomás me está cotorreando, doña Rafa.

—El único verdadero pecado es traer hijos a este mundo, vecino. ¿Anda en broncas?

Frida embarazada. El perro le muerde las agujetas del zapato. El animal se recuesta mostrando la panza y una erección fea de ver. A Felipe no le gustan los animales. Quizá de cachorros y sólo ciertas razas.

—Las broncas de cajón, ya sabe, es la edad, me acerco peligrosamente a los treinta.

—¿Seguro que no quiere sopa? Me queda buena. Sobró de ayer.

—A ver, mi bróder me dijo que usted quiere que le hagamos unos videos a su perro.

—Para que se vuelva famoso en internet.

—No funciona tan así...

—Pues por eso es que necesito de su ayuda, porque ya sé que no funciona tan así. Pero lo que es un hecho es que si tu perro se vuelve famoso... te mandan un cheque.

—No funciona así pero ni de cerca, doña Rafa. ¿Quién te manda un cheque? ¿De dónde sacó eso?

—Pues la gente de internet te lo manda. Te haces famoso. Bueno... tú no te haces famoso. El perro. O depende el contrato.

—¿Y su perro por qué le interesaría a alguien?

—Es el mejor perro del mundo.

—Eso lo puedo notar desde aquí. Es un milagro que no esté dormido afuera de la pulcata.

—Además habla.

—Ya nos vamos entendiendo, doña Rafa.

—Mi Lirio ladra: viva Cristo Rey.

—¿Se llama Lirio el perro? ¿Le puso el nombre de una planta a un animal?

—¡Viva Cristo Rey!, ladra. Mi nieto me enseñó en su teléfono una cabra en Perú que dice “te amo”. Y ahora sus dueños son millonarios.

—Pero los peruanos están chiflados. Es por la altura. A ver. Lo que usted quiere es que grabe a su perro con nombre de planta hablando y que luego lo subamos a YouTube.

—Eso mismo. Usted es el que le sabe a eso.

—A ver pues, dígame que haga su gracia.

El perro no está ya enfrente de ellos. Se fue corriendo tras un sonido impreciso.

—¿Seguro no quieres sopa? Es de municiones.

Felipe una vez conoció a un perro de nombre Eva y, la verdad, se ofendió. ¡Ponerle el nombre de la primera mujer a un french poodle!

—¿Segura de que habla? No se le estará ya yendo el avión, doña Rafa.

—No habla, ¡ladra! Concéntrate, muchacho. Ladra: viva Cristo Rey. ¿No te sabes el chiste ese del perico que hace gemidos sexuales?

—También es famoso en internet, creo.

Frida embarazada. Frida embarazada. El perro reaparece con una bola de espuma en el hocico, o lo que queda de ella, empapada y porosa. Frida juraba que poseía la habilidad de descubrir, en

cualquier casa desconocida a la que entraba, cuál es el sitio u objeto desde el cual se desprende toda la tristeza y pesar de los que ahí viven. A veces es la estufa o un juego de cubiertos. A veces una habitación o el cuadro de *La última cena* hecho con alpiste y chaquiras. Un crucifijo. La tele. La cama destendida o la cabecera de madera que la corona. Felipe está convencido de que en el domicilio de doña Rafa la génesis de todo dolor es el perro ese, espantoso y con priapismo, suplicando que alguien le arrebate un juguete cacarizo de las fauces.

—A ver, Lirio, ven. Hazle —le dice doña Rafa a su mascota mientras le acaricia la mollera, jalándole la piel, de manera que los ojos del animal parecen canicas a punto de desorbitarse como en la afamada escena de *La naranja mecánica*.

Lirio no se inmuta. Saca la lengua alegre. Menso, grande, mal bañado y, para acabarla de chingar, cristero, piensa Felipe.

—¿Cuántas veces lo ha escuchado hablar, doña?

—A cada rato. Saque su cámara, ándele. Lo está poniendo nervioso así nomás sentado. Vamos a abrir su vino, pásemelo.

Frida embarazada. Frida embarazada. Frida embarazada. Doña Rafa va a la cocina por un sacacorchos. Felipe siente una repentina náusea. Mejor hubiera comprado un par de caguamas. Algo frío. De repente entrechocan los cristales de un candelabro sin focos. Tintinean entre sí todos los integrantes de un clan de vasos con bordes dorados. Los cuadros de horribles niños tristes bailan agarrados de su clavo. El perro ladra secos insultos al dios que zangolotea las superficies. Felipe abandona el departamento dejando su pomo ahí. Baja las escaleras en pares y, a propósito del perro que menciona al carpintero, con el Jesús en la boca. En la calle la gente

está observando las incidencias del sismo en cosas que penden o cuelgan. Ya sabía Felipe que el edificio remodelado de enfrente lo ocupaban sólo teiboleras del rumbo. Las observa todas asustadas y en pants pegaditos, con sus chichis enormes y sus nalgas enormes, reunidas al centro de la calle, orando. En Regina debe haber un cuadro muy parecido pero con escritores de saquito y quinceñas. Los fayuqueros de Plaza Meave ni se inmutan, no abandonan los locales por miedo a que les roben la mercancía. Lo que es más: el enorme trompo al pastor debe seguir surtiendo tacos amarillentos a las turbas de hambreados. Afuera de Templo Mayor deben estar cientos de extranjeros de distinto gentilicio sacadísimos de onda y maldiciendo a deidades aztecas con nombres que les son impronunciables. Paseo de la Reforma se llena de empleados, ellos saben cómo actuar porque han tenido que soplarse varios simulacros, ocupan la calle formados por pisos sin correr ni gritar ni empujar. Hasta para morir serán burócratas. Frida embarazada. Frida embarazada. Frida embarazada. El sismo está meco. No cesa. Doña Rafa aparece en plena calle con dos humeantes platos de sopa en las manos. Sin perro.

—Cómetela, ándale.

Apenas el temblor deja de existir regresan al departamento. La sopa estaba rica. El perro coloca su hocico en la rodilla de Felipe cuando toma asiento. Él piensa en Janto, el caballo de Aquiles que se echa a hablar segundos antes de la matanza. Su parte favorita del poema de Ilión. Su parte favorita de la literatura en sí. Suena el teléfono celular de Felipe. Lee: Frida y siente nacer una erección en sus pantalones. Sangre que estaba vagabundeando por todo su cuerpo acude a la caverna esponjosa de su verga.

—¡Vaya, chingá! —responde—, hasta que te dignas...

—Hola, con Felipe Rombos, por favor.

—¿Bueno?

—Qué tal. Soy la mamá de Frida. Mi hija tuvo un derrame cerebral y está en coma...

Y aquella voz salida de sabrá el demonio dónde, siguió diciendo cosas. Hasta transformarse en un llanto ahí, a la mano, al otro lado de la línea.

Los hados, radiantes, bostezan y aplauden desde sus palcos.

Kansas mom gets fucked hard then kills herself

La madre no sabe inglés. Pero se aseguró de que sus dos hijos lo aprendieran. Para que fueran alguien en la vida. El silogismo se concreta así: ella se asume a sí misma una doña nadie. Desde siempre y hasta el sepulcro: Nadia Doña Nadie.

Nació en un lugar indistinto donde la gente lloraba tierra, las mazorcas sonreían y el color en las frutas era una segunda cáscara. Lejos de la gran ciudad, en aquel entonces; medianamente cerca hoy en día. Aunque ya no queda nada del pueblo: el anuncio espectacular de un balneario y una caseta de vigilancia de la Policía Federal. De bebé la desecharon por haber nacido mujer. O más bien: por no haber nacido varón. Tampoco es que la hayan desechado, sólo la vendieron por ahí para que, ya más crecida, cumpliera labores básicas de limpieza. No le fue tan mal, si se piensa. Entre la línea anterior

y la que sigue transcurren nueve años. Tiempo del que permanece un par de recuerdos atolondrados: un diabólico juego de feria que no la asustó, el fresco sabor de la propia sangre, la fotografía de una mujer africana cuyo cuello estaba terriblemente alargado por collares de diferentes grosores, la progresiva descomposición de un topo machucado, la apostura de César Costa. Tenía tres patronas al día. Tres pisos que trapear y barrer. Tres críos ajenos y recién nacidos a quienes vigilar la respiración durante la siesta, calentarles las mamilas y limpiarles la baba. Tres maridos ajenos, engominados y con olor a sanitario de caballeros que la miraban con ojos de mano que quiere tocar. Mañana, tarde y noche. Diario, tres mansiones. Y ya más tarde descansar a medias con otras chamacas en un dormitorio miniatura sin ventanas. Algunas ya sangrando una vez al mes. ¡Sangrando pero sin morir! Entre nueve y diez escuinclas hacinadas con las donas y pasadores para el cabello contados y vestimentas monocromáticas afines que debían mantener impecables. Concierto de tripas cada noche. Todas con el mismo corte de cabello, quitándose los pelos de entre las cejas unas a otras. Poniendo tinta de bolígrafo en un cúter previamente avivado al fuego, las empleaditas domésticas se tatuaban en las muñecas sus propias iniciales o la primera letra del nombre de la mejor amiga o la del cerillo que les gustaba.

La trama aquí se detiene.

Así fue como Nadia conoció la existencia de las letras. El mundo que la rodeaba estaba lleno de palabras. Naturalmente las había visto, pero hasta ese día se le presentaban como cochinillas que, después de presentir suela de zapato, se resguardan abrazándose. Infranqueables y mágicas: auténticos abracadabras. La tardenoche que le marcaron una dolorosa letra ene en la pantorrilla aprendió

que, abiertas como flores, las letras tenían sonidos y una versión adulta y otra bebé. Letras sumando en palabras que a su vez suman en oraciones que a la vez declaran cuáles son los ingredientes de la sopa enlatada o cuentan la historia del burro Platero o señalan a gritos: este periódico se llama *así* y ayer aconteció *esto*. Entre varias niñas le enseñaron a leer y escribir.

Suena la bachata para robots en el teléfono de Frida, interrumpiendo el follaje de evocaciones. Nadia, su madre, sostiene el aparato adentro de una de sus manos sin poder cerrar el puño. Imagina que ese rectángulo helado y flaco es una sucursal de su hija. O mejor dicho: un órgano externo. Como un pulmón o una oreja. Cada que el celular vibra o suena, ella se emociona. A falta de pan, tortillas, piensa. En este caso el *pan* es un pestañeo, una inesperada mueca, un amago de hipo. ¡Algo! Las *tortillas*: otro mensaje de los novios de Frida entrando al aparatejo aquel. Son tantos, piensa sin querer hacer juicio alguno. Recarga la frente en la cama donde su hija está recostada y lee el mensaje en aquella cueva improvisada. La misiva electrónica de un tal Julián dice:

—¿No se te antoja un perro? Ándale, ven.

Frida no irá. Lleva una semana en coma. La madre no se imagina que el can aludido es una posición sexual. Lee una vez más. Sabe que ahí mora algo oculto o anestesiado. De nuevo: las letras corriendo a la par que la mirada, hacia adelante y a trompicones, como si tuvieran puesta una férula o estuvieran cojas.

Lee: perro.

Intuye que en esa palabra se tiende su hija tal como ya se imagina uno. O quizá la están invitando a comer tacos. No lo acaba de

entender. No quiere entenderlo. Las palabras también pueden ser una maldición.

Huele a hospital. Pues sí, está en un hospital. Frida está hinchada, se ve terrible. Frida completamente abultada parece una fruta que cualquier madre descartaría en el mercado. El corte de cabello que se hizo, con la mitad del coco rapado, no le ayuda en nada. Siempre fue muy dada a hacerse cosas tontas en las greñas. Parece uno de esos sacos con tierra y caritas felices que se pusieron de moda hace ya varios años a los que uno daba de beber agua para que les creciera el pelo, que era pasto. Eso parece tu hija, Nadia —se dice en voz baja—, un Señor Pastito. Aunque a diferencia de éste, Frida no sonríe. Se quedó suspendida con un rostro agobiado. El gesto de alguien que decide no hacer del baño porque el excusado está muy sucio. Eso. Esa cara, piensa la madre. Su cerebro de pueblerina no ha dejado de trabajar desde que recibió la mala noticia, se siente en otra velocidad que no es la que le corresponde. Pasó y ya. De repente. Le dijeron que su hija tuvo un derrame cerebral y está en estado vegetal. Otra palabra en qué alojarse lánguidamente. Vegetal. Con uve labiodental y ge de gelatina.

Aunque el Señor Pastito más bien era una papa.

Falso, el Señor Pastito parecía una papa pero estaba hecho de tierra.

Muere el brillo de la pantalla en el teléfono. Nadia imagina al tal Julián. Activa de nuevo el aparato, al tacto. Son tan frágiles pero obedientes estos artefactos. Uno, ocho, tres, cero.

Cuando llegó al hospital le comentaron lo que había ocurrido. Pasó y ya. No había más explicaciones. No le permitieron pasar inmediatamente a ver a su hija, estuvo un par de horas esperando en

una recepción llena de sillas y dolientes. Ella leyó: sala de espera. Ajá, un lugar donde estar nada más esperando. Hasta había una tele con el volumen apagado en el canal de noticias deportivas. Imaginó a Frida atrapada en una circunstancia muy parecida pero adentro de su cabeza y la piel se le puso de gallina. Arrinconado, estaba un Sagrado Corazón y frente a él lloró en silencio hasta vaciarse. Al poco rato le hicieron firmar unos documentos por triplicado. Palabras y palabras. Los firmó con algo que más bien parecía la tira de caca que cuelga de los peces mientras alegres nadan en su pecera. El lenguaje le fallaba, las letras la estaban traicionando. Su hija en coma. Le entregaron las pertenencias de Frida. Era su enorme bolsa de mano. Aparentemente alguien en la calle se robó el dinero pero depositó la cartera de nuevo ahí, gracias a eso la contactaron tan eficazmente.

—A veces la gente en coma pasa meses sin que nadie venga a reclamarla. Por suerte el teléfono estaba en un compartimento diferente y no lo hurtaron. Aquí está —le dijo una enfermera y le entregó el bloque.

En la carátula negra del teléfono aún se veían, brillando de mugre, las vivas huellas digitales del dedo pulgar de su hija. Hacia arriba y hacia abajo, superpuestas en azarosa composición. Apretó el único botón con forma de botón y apareció la pantalla de números. Letra por letra, leyó: introduzca el código. Esperó pacientemente a que la pantalla se apagara y fue a un teléfono de monedas. Le marcó a su hijo, Esteban, el hermano gemelo de Frida.

—Tu hermana está en el hospital. No vengas si no quieres. ¿Sabes cuál es la clave de su teléfono?

—La misma de sus tarjetas de crédito —el año en que nació Porfirio Díaz, se dijo a sí mismo—. Voy para allá.

Ni Frida ni Esteban conocieron a su padre. Inspirados en la gallardía del general en monografías y cuadernos de la SEP, se inventaron el chiste de que eran sus hijos. Mamá, ¿qué tal era en la cama tata Porfirio?, le preguntaban ya más grandecitos y a ella eso le daba incluso risa.

Nadia tampoco conoció a su padre. Ni a su madre. Cuando cumplió cierta edad se largó a buscarlos. Nunca ha hablado con nadie de lo ocurrido en ese peregrinar. Ni lo hará. Libre del negocio de la limpieza cuando cumplió la mayoría de edad, llegó a Ciudad de México una tarde de granizo. He aquí, sin duda, una de las cosas más bellas que le han pasado en la vida. Y no es que no hubiera visto antes caer cantos de hielo desde las nubes, lo que la anonadó fueron las luces de la ciudad rasgadas por millones de trayectorias ínfimas y el sonido de cada granizo al estrellarse en todo tipo de superficies. Estuvo más de una hora, en silencio, entre gente guarecida y expectante. Todos acostumbrados a los corajes temporales de una furia superior y alta. Ya luego regresaron a sus maleducadas prisas, a sus zancadas afanadas y sus silenciosos flatos. Nadia sintió que la ciudad se había detenido para darle la bienvenida no tan de sopetón. Quizá no ocurrió exactamente así. Cómo saberlo. Los recuerdos no son sino el matrimonio fallido entre mentira y memoria. Apenas dejó de granizar caminó esquivando los charcos helados. El suelo estaba lleno de ramas y hojas, Nadia asumió que los árboles de la ciudad eran debiluchos. Traía sus sandalias de plástico de pueblo y sus pies amoratados dolían hasta que más bien dejaron de doler y entonces se sentó en la banquetta, debajo de un techo que permitía a gotas polizones seguir con sus necesidades. Lloró, a lo mejor lloró, acariciándose los pies con ambas manos, frotándolos en una suerte

de rezo a un dios privado que administra el calor del mundo. Entró a trabajar aquí y allá y acullá, de noche leía todo lo que caía en sus manos. Halló el amor y la traicionaron. Dio a luz gemelos. Frida y Esteban. Eran hermosos. Así que adentro de mi vientre había un espejo, pensó. Cada uno tuvo su chichi.

Las paredes blancas del hospital empiezan a palidecer con las luces de la mañana, como renegando de su color. Los sonidos que estaban vivos por la noche (lamentos y aparatos) pasan a segundo plano, suplantados por el ruido de autos que llegan y los saludos y coqueteos de gente sana que ahí trabaja. Los olores también se activan. Marchitas flores bebiendo agua diluida en aspirinas, sangre que anhela solidificarse, sudor de tristeza empapando absolutamente cada pedazo de tela existente. Quién sabe si el árbol de Navidad sea natural o de plástico pero por el pasillo se ventea aroma a pino. También él convalece: la mitad de sus luces ya están fundidas y sus ramas se tienden hacia abajo, agotadas de sostener esferas. Son las cinco y cacho de la madrugada. Nadia tiene hambre. Todos los alimentos ofertados en los alrededores de un hospital saben a comida que cuesta cinco pesos.

Letra por letra y borrando los naturales errores de dedo teclea en el celular de su hija:

—No son horas para salir a pasear perros o comérselos. Duérmete otros cinco minutos.

Pica: enviar.

Enviar a Julián, quien quiera que sea. Luego se recuesta en la silla y se queda dormida, con el teléfono colocado entre su brasier y su seno, en la axila y al lado del monedero. Para sentirlo en caso de que vibre. Sueña, raramente, con el video porno que encontró en el celular de Frida.

Ataque de tiburones

Básicamente una pareja de jóvenes sale haciendo la tarea. Ella, sin demasiado preámbulo, se encuera. Su cuerpo parece hecho de harina o porcelana o la ubre de las vacas suizas de antaño. Palpa la entrepierna de él, se deshace del cierre y saca el miembro. Lo acaricia y luego, feliz pero desinteresada, lo chupa. En eso, una madre entra a la casa con varias bolsas del mandado. Las deja en el suelo y camina hasta la sala. Ahí descubre a la pareja de jóvenes. Asomada, se masturba observándolos. Gime. La hija se da cuenta de aquella presencia fisgona y se aparta del pene, alarmada. Él se cubre con ambas manos intentando subirse el pantalón. La madre, con una seña, les indica que no hay problema alguno. Besa al novio en la frente y besa a la chica en los labios, usando la lengua. Apta, se hinca. Toma la nuca de su hija y, a empujones, le indica cómo

mamar mejor aquella erección, impulsando agresivamente la boca abierta hasta el fondo de la garganta y posteriormente alejándola con suavidad e incluso ritmo. La chica tiene arcadas de asco pero sigue succionando, manipulada por su avorazada madre. Deltas de saliva escurren de sus labios y en una toma en contrapicada vemos que ese hilo de baba fluye por su cuello salpimentado en lunares, baja entre sus tetas y, cercando el ombligo con argolla, cruza el vientre humedeciéndole a la par los otros labios. Vagina estoicamente rasurada y púrpura a detalle. El ano como un diminuto pero fundamental botón de almohada. La madre se descubre los enormes pechos, firmes y caídos, en inaudito equilibrio. El joven los acaricia, apremiándoles el inmenso pezón. *Oh god, oh god.* La madre alza el fleco de su hija de manera que no le estorbe y los espectadores podamos ver a detalle la succión, que se va violentando, que se va violentando. Hay más arcadas y la posibilidad del vómito. El sudor hace al maquillaje con brillos muy evidente.

Hasta este punto ha llegado mamá Nadia. Poco después del minuto nueve y a escasos segundos de una penetración entre lo falso y lo silvestre.

Frida lleva un mes con cuatro días en coma y cada noche, Nadia observa un par de segundos más del *Kansas mom gets fucked hard then kills herself*. Afortunadamente ya aprendió a bajarle el volumen al teléfono durante la reproducción de videos. Teme que alguien la cache. Incluso Frida. Menuda sorpresa se llevaría su hija si la sorprendiera observando tales majaderías. Desgraciadamente no sabe aún que puede adelantarle y retomar la trama a placer. Siempre reinicia desde la conversación entre los compañeros de clase, atiende la masturbación, la inicial libación ineficiente, la aparición de la

madre, su incursión dictatorial, etcétera. No se explica qué le atrae tanto de aquella grabación. Jamás en toda su vida había visto a gente desconocida haciendo el amor.

El caso es que Nadia poco a poco ha ido observando el clip porno, como si quisiera memorizarlo.

No, no, no, qué memorizarlo ni qué ocho cuartos, dice y apaga el celular, sólo para instantes después volver a encenderlo. Y va de nuez.

No la excita o estimula tal coito. Para nada. Es otra cosa. Mientras lo observa reza, por ejemplo. Quizá no haya quedado clara una cosa. Nadia es un ama de casa, una madre con delantal y afición por telenovelas de un canal de televisión en específico. Cuando le sobra dinero compra vasos. Hoy en día vive de preparar los alimentos en una fonda de comida corrida al lado de unos laboratorios farmacéuticos. Está orgullosa de sus hijos, conservaba sus cordones umbilicales hasta que los robaron junto con otras joyas más valiosas. Organiza tandas, sus órganos sexuales están en desuso, tiene antojo de churros de El Moro pero, ¿ir al centro?, ni que fuera Navidad. Y eso que acaba de ser Navidad. Le duelen los huesos cuando hace frío. Jamás tejió. Añora un malhumorado *poodle* de pelo retorcido que murió hace más de tres años. La comida yucateca le queda mejor que a los yucatecos. Picándole acá y acá en los amurallados laberintos del teléfono celular de su hija llegó al video. Leyó el título en inglés y recordó aquel anuncio luminoso ubicado en la fachada de uno de sus primeros empleos en la ciudad. Hace años de eso. El letrero pestañeaba, sílaba tras sílaba. Majestuoso, estaba enquistado en un edificio alto y llamativo. Ella conocía las letras que lo conformaban pero nunca supo descifrarlas. Había aches y doble us en lugares sumamente raros.

Woolworth.

Descubrir el idioma inglés le enseñó que había cosas en el mundo que jamás entendería. Todo el cariño que le había tenido al hallazgo de la palabra escrita se le vino abajo. Literalmente: un tapete de *welcome* que la excluía.

Kansas mom gets fucked hard then kills herself.

Ese mentado idioma que ya ubica como inglés. Y aquella madre que no parece madre, con los brazos tatuados y la espalda tatuada y su cabello hecho de extensiones con las puntas pintadas del color del pan muy tostado. Aquella niña que ni siquiera parece niña, de no ser por el uniforme escolar. No se parece en nada a su madre. Y eso que por igual está toda tatuada. Nadia entiende y sabe que son actores pero... algo que no consigue explicarse la inquieta. Ni qué decir del joven. Bigotón y bien vivido, fuerte y bañado también en tatuajes. Su pene parece algo que debería estar enjaulado. De tan ancho, posee una curvatura poco humana. Debe ser doloroso tenerla tan grandota.

Qué bueno que Nadia aún no ha visto el final.

Apaga el celular otra vez. Respira hondo. Su hija, carne de su carne, está suspendida en un estado que no acaba de entender o de aceptar. No está dormida pero, parece que sí. Los doctores le advirtieron sobre la negación. Ahora Frida está aún más hinchada y huele feo. Y eso que ella misma vigila que la asean bien, se trata de un aroma que no podría ser traducido en un color. Nadia le palpa la muñeca a su hija y aún siente su pulso. Las uñas le siguen creciendo. Si pusiera un espejo debajo de sus fosas nasales, éste se empañaría. Ya la raparon por completo. Todos los sonidos que la involucran son de aparatos a los que está asida. Dicen que ella no sabe que

está en coma. No le ha caído el veinte. Tampoco a mamá Nadia le ha caído el veinte. ¿Entonces a quién sí? Los doctores dijeron que es recomendable hablarle mucho. Pero desde hace años Nadia no sabe qué decirle a su hija.

—Ya ves, te dije que no salieras de casa sin suéter.

También le dijeron que Frida puede despertar en cualquier momento, en diez meses, en dos semanas, en quince días. O jamás. Sólo por poner un par de ejemplos. Nadia insistió:

—¿En un año?

—Sí. En un año o ya nunca —respondió un doctor sin que hubiera rastros de descortesía en su forma de decirlo.

Nunca es un ratote. A la madre se le permite pasar las noches al lado de la cama siempre y cuando, lo dijeron sin decirlo, no lllore de forma alborotada. El hospital lo está pagando Esteban, que viene cada que puede. Anda muy ocupado. Así son los abogados de hoteles. Una semana aquí y una semana allá. Siempre agripado por el clima cambiante de los aviones y los aeropuertos, con la mitad de la piel del cuerpo bronceada por el sol y la otra mitad pálida, con la mujer que eligió chingue y jode en llamadas a larga distancia.

Una de las enfermeras le presta cada noche su cargador. A la practicante le pareció muy chistoso cuando la madre de la chica en coma apareció con el iPhone en las manos toda preocupada pidiendo ayuda. Se murió, se murió, decía. También luego le pasó en secreto la clave de internet. Lo demás fue instintivo. Es como cuando a un niño le das una pistola de agua y él, sin que nadie se lo explique, toma el gatillo con su dedo índice y le apunta a la persona que le obsequió el juguete. De igual manera, con relativa facilidad, Nadia aprendió a usar el teléfono que casualmente funciona como

todo menos como un teléfono. Laberinto de botones y tapias que continúan hacia los lados o hacia abajo. A Nadia aquel embrollo le pareció como cuando sueña con una habitación al lado del cuarto de planchar que no existe en el mundo real.

Todos los días a las siete y cuarto de la mañana suena un concierto de silbatos atronándose en cuesta, primero suavemente y luego en pleno concierto. En la cara del celular se puede leer: pastilla anticonceptiva. Los lunes a las cinco y cuarto suena una alarma llamada: lavandería. Y los lunes a las siete de la noche una de nombre: llamar a mamá. Sin embargo Nadia jamás recibió tales llamadas. De haberlo sabido hubiera permanecido al lado del teléfono, expectante, todos los lunes a las siete. O a lo mejor Frida tiene otra madre. Nadia Doña Nadie suspira hondo, a regañadientes desactivó todas las alarmas, excepto esa última que ha escuchado apenas cinco ocasiones.

Un mes y cuatro días en coma.

Enciende el teléfono. Marca el *password* ya con soltura. Pulsa el icono con forma de diminuta Polaroid. La primera vez que abrió ese apartado había ahí cinco mil noventa y cinco fotos. Tantas, exclamó la madre y las vio una por una. En escasas tres horas había repasado en imágenes poco menos de cuatro años en la vida de su hija. La primera foto era un autorretrato adentro de un baño de Sanborns. La última foto era otro autorretrato pero al lado de una fuente y un joven ojeroso y despeinado. En ambos casos trae puesto el mismo vestido de flores: viva romería de pétalos sobre un fondo verde, sin tirantes y tan ceñido que casi tiene vida propia. Pétalos de flores ambiguas. Flores color lila. En más de una ocasión y haciendo *zooms* accidentales sintió Nadia un terror inexplicable al observar

detenidamente la cara de su hija y descubrir que ya no la reconocía. Era como si los rastros del padre hubieran invadido de la noche a la mañana a aquella criatura a la que le enseñó *esto es una nube y esto no se toca porque está caliente y no digas peladeces*. Qué rápido perdió la infancia Frida. En un dos por tres.

Ya de adulta, es su padre. Pasa lo contrario con Esteban.

Chorros de fotos de Frida en fiestas, alborotando y sonriendo, abrazada con desconocidos y desconocidas, dándole la espalda a bocas del lobo, a muchedumbres de escuincles bailando entre monstruos de luz, dándole la espalda a las ruinas arqueológicas que están cerca o adentro de la ciudad, a la luna, a enormes piedras con el llanto pegado en las mejillas, a evidentes celebraciones futbolísticas. Fotos de Frida sacando la lengua. Fotos de grafitis enormes en las paredes. Fotos de gatos negros, atigrados, cachorros, ariscos (¿quiénes son sus dueños?). Fotos del calzado de Frida en arcilla, cemento fresco, banquetas rajadas como espejos rotos. Fotos a maniqués en sus vitrinas. Fotos del presidente de México. Fotos de la familia Simpson. Fotos de bebés disfrazados de cosas (¿quiénes son sus padres?). Bebés en blanco y negro acostados sobre ensaladas. Fotos de marchas públicas afuera de la embajada gringa y Frida cargando una cartulina que dice: “Haz patria, no bebas frapuchinos”. Y más fiestas, más sacar la lengua, hacer señas obscenas, besar hombres, besar mujeres. Una cartulina que dice: “Verga acosadora a la licuadora”. Fotos de sushi, de caramelos, de globos, de fachadas, de postres. Una sesión larguísima de sus uñas recién pintadas a la francesa. Retratos frente al espejo en los que el celular cubre buena parte del gesto. Fotos de Frida disfrazada de Ángel de la Independencia. Fotos de la playa, de una niña que vende pulseras hechas con los

trozos de botella que el océano escupe ya lijadas. Cinco mil fotos y cacho. Y una tras otra las fue borrando. Presionaba el pequeño dibujo de un bote de la basura y las fotos desaparecían. No imaginaba que aquel *collage* de imágenes vivas se perdía, de esa manera, para siempre. Sólo se quedó con aquellas en las que su hija traía puesto el vestido de flores, constituían un bello ramillete que la madre pasaba una y otra vez a toda velocidad y con un simple mover del dedo índice. Y en ese avanzar horizontal por las fotos, era como si Frida pestañara de nuevo, como si sonriera o hiciera cara de fuchi. La falsa idea de movimiento. Cine, acaso.

Cosa rara, a veces ese teléfono también funciona como teléfono. O bueno: sirve para comunicarse. A Frida le llegan mensajes de cinco personas. Todos varones.

Julian escribe por las mañanas, muy muy temprano y haciendo constantes referencias a perros que necesitan ser paseados. Conforme pasó el tiempo sus recados dejaron de ser oraciones completas. Sólo manda *barfbarfs* que Nadia, acertada e irónicamente, interpreta como *gauu gaus*. Ayer mandó el dibujo microscópico, pero detallado, de un dálmata visto desde enfrente.

Elio Peces escribe a todas horas y sin control ni orden. Manda fotos de tragos recién servidos, tragos a la mitad y tragos nuevos otra vez. Y luego, cinco o seis horas más tarde, mensajes libidinosos haciendo referencia a la Pangea, a pájaros que buscan su jaula y báculos sagrados. También llega a enviar textos breves con sus estados de ánimo o necesidades físicas:

Tengo antojo de pozole.

Ando valiendo madres.

Todo vale cola.

Vamos por un McPollo, conseguí cupones.

Hubo un mensaje que a mamá Nadia le pareció resumía entero a aquel joven exaltado cuya foto de perfil es un retrato de Brad Pitt actuando como Aquiles. El texto rezaba:

No valgo ni lo que me como.

La madre no entendió qué irónico era que un tercer amigo de Frida se llamara Héctor. Héctor Tinder. Él era el menos frecuente pero sus mensajes eran los más contundentes:

Mis papás no estarán el jueves después de las ocho, ven. Tengo dulces.

Compré condones de sabor.

El jueves me pagan, hotel Ambos Mundos o eres gallina?

Rífate con unas mamadas, no?

Un cuarto hombrecillo, su domicilio telefónico salvaguardado bajo el mote de Edwin Casado, escribía religiosamente cada cuatro días. Los mensajes de él incomodaban bastante a Nadia.

Extraño metértela.

Ahora que te vea te voy a partir en dos.

¿No extrañas mi camote?

Extraño tu vagina.

Y fotos de lencería colgando de ganchos aún con etiqueta pero ya no en la tienda departamental. Fotos de comida, de huecos del cielo, de páginas de libros.

Conforme pasó el mes los cinco hombrecillos fueron menos insistentes. Salvo uno: Poeta Felipillo. Destacaba dentro de toda aquella marejada de hombres teniendo erecciones a la distancia. Sus mensajes podían resumirse en uno:

Te amo. Carita triste.

En fin, Nadia se dio cuenta de que su hija era medio puta. La tiene ahí enfrente, su pecho se infla y desinfla. Hace frío. Helado febrero empecinado en componerse sólo de patéticos días lunes. El lunes perpetuo que sirve de prisión a Frida. Su piel se pone de gallina, a detalle. No te abrigaré, le dice Nadia al oído. Esos poros exaltados, como queriendo dejar de ser piel, son un ancla. Sus lunares vibrando como la luna reflejada en las cubetas llenas de agua. Reza. Observa el video porno. Lo quita al mero principio, asqueada. Apaga y prende el teléfono. Juega al videojuego: Ataque de Tiburones. Se desespera. Apaga el teléfono y lo prende de nuevo. Ve las fotografías. Juego de tiburones. El video porno.

Nadia se aseguró de que sus dos hijos aprendieran inglés para que fueran alguien en la vida. Le pidió a Dios que los ayudara a ser personas de bien. Estaba convencida de que ambos merecían el amor.

Es sábado, por eso se le permite estar ahí a esa hora del día. Toma el teléfono. Le marca a Poeta Felipillo. En su oreja: un timbre alargándose como sombra en el pavimento, luego un silencio antipático, seguido de otro timbre que a la mitad de su dilatación es interrumpido por la fresca voz de un joven:

—¡Vaya, chingá! —dice él a manera de saludo.

—Hola, con Felipe, por favor.

—¿Bueno?

—Qué tal. Soy la mamá de Frida. Mi hija tuvo un derrame cerebral y está en coma...

—¿Perdón?

—No. No fue tu culpa. Frida está en coma. Me pidió que te avisara —es mentira. Una mentira, además, bastante incongruente. La

madre lanza el anzuelo pero enfrente no tiene a un mar ni a un pez ni a una boca.

—¿Me permite un segundo, por favor? —responde Felipe y echa el cuerpo para atrás.

—Viva Cristo Rey —dice, o más bien ladra, Lirio.

Duele de blanco

El veloz paso de los meses ha cesado. La luz del hospital duele de blanco. Felipe mastica un combinado de cinco láminas de chicle sabor yerbabuena para mitigar la pestilencia que él cree sale de su boca. Acre olor a estar valiendo madres. Su cabello se sesga eléctrico y evidenciando la amenaza de dos entradas aventajadas, los pulgares le tiemblan y suda como sólo lo hace alguien muerto en la imaginación de los vivos. Algo a lo lejos, pero adentro de su cabeza, tintinea macabramente. Es el último trago que se tomó anoche. Y luego, en forma de jaqueca, el primero. Siente un globo aún abultado pero ya sin aire entre las sienes y la camisa pegada a su piel. Náuseas necias, cacas de crudo. Padece el típico anhelo de nunca llevarse otra vez un trago a la boca y un paralelo e impecable antojo de chela con clamato y salsitas. Quizá una botana que involucre

salchichas. Mira un letrero que le recomienda no hacer ruido: una enfermera de guerra, en blanco y negro, con el índice al centro de la boca y los labios arrojados hacia el frente. Ya debe estar muerta, piensa. La madre de Frida está estornudando. Felipe aprovecha para presionarse los globos oculares con cierta fuerza, haciendo fosfenos. Danza de colores cautivos, inermes ensayos de muerte, sentir los ojos vueltos hacia afuera, como calcetines. Tal ejercicio mitiga a su obstinada cruda.

—Oiga, joven, ¿y usted le sabe al juego Ataque de Tiburones? —pregunta moqueando la madre de Frida después de la novena sacudida. Su rostro tarda en recomponerse. Saca una tripa minúscula de endurecido papel de baño y se suena.

—¿Cómo me acaba de decir?

Acontece una nueva sesión de estornudos. Majaderos, estruendosos. Esta vez ella los contiene en su antebrazo, sus hombros suben y bajan. Frida no se parece a su mamá. Duele de blanco. Los focos desnudos se encargan de que el filo de las cosas devuelva un agresivo brillo ardiente. Todo se traduce en varias manchas del encandilado haciendo Pangea. Un pez de luz que el ojo caza involuntariamente en el sentido más literal e insistente de la palabra “pesca”. A donde quiera que Felipe coloca la mirada lo sigue esa manchita. Ya en unos instantes desaparecerá. La madre concluye.

—Salud, señora. ¿Quiere un pañuelo? Quizá podría traerle un té.

—No. No. ¿No conoce el Ataque de Tiburones? Espere. Ah, como que hay algo en este hospital que me da alergia. Es con lo que trapecan. Sí. Ya le digo. Ataque de Tiburones. ¿No lo bajó? Yo pensaba que era un juego muy popular...

—Le juro que no sé de qué me habla.

La madre de Frida tararea un botón musical y luego hace ruido al chocar sus dientes exagerando un mordisco.

—¿No lo topa, joven? Es que me faltan puntos para conseguir el salvavidas anaranjado. Al que no le entendí es a Plantas contra Zombies. Pasan muchas cosas al mismo tiempo. Ay, no.

—Ése sí lo conozco. Hasta hay peli.

Felipe renunció al mundo de los videojuegos cuando se reconoció incapaz de hacer que Mario Bros diera un salto en específico sin el cual era imposible avanzar entre dos pirámides. Hace años de eso. La madre permanece en silencio. En la televisión, sin volumen, están pasando un delirante programa de concursos. Madres de familia mandan videos de sus bebés dormidos. El padre tiene que colocar diminutos aros de cereal, uno encima del otro, haciendo una pequeña torre en la frente del niño. La efigie más grande gana. Naturalmente, los nenes se desperezan o se mueven o despiertan berreando y tiran la construcción. La mecánica del concurso la comprende Felipe en un segundo. No hay otro sitio donde colocar la mirada huyendo de los ojos de la madre. Pareciera que las paredes están hechas de vaso de unicel. La mancha de luz late en sincronía con las punzadas en la nuca.

—¿Me puede contar qué le han dicho los doctores?

—Oh. Todos han sido muy educados. La chica de la recepción me presta su cargador cuando me quedo sin batería. ¿A usted no le sobra uno? Para este tipo de ranura, mire. Yo se lo pago, obvio —y le muestra la base del mentado teléfono, asido a su mano con fe, como si más bien fuera un escapulario.

—Pero qué le han dicho acerca de Frida. Su salud. ¿Algo?

—¿Seguro de que no quiere pasar a verla? Me han recomendado que le haga plática. A lo mejor algo quiere usted decirle. Mientras más voces diferentes escuche, mejor. Yo le cuento las noticias y le leo los mensajes que ustedes le mandan.

—¿Ustedes?

—Todo el tiempo está suene y suene este aparato.

—En todo caso preferiría no pasar a verla, usted me comprende. Dígame: ¿ya se le nota?

—Pareciera que duerme. Cuando estaba chiquita tenía muchas pesadillas. Yo creo que ahorita sueña con cosas bonitas.

Felipe sospecha que la madre de Frida no está enterada del embarazo. El cartel en la pared le dice que *shhh* y, en el televisor, los progenitores colocan rueditas de cereal con delicadeza en las molleras tiernas y ruborizadas de sus bebés. Felipe siente que se le está chorreando un bolígrafo en la espalda y las axilas. El cabello, largo en la nuca, le suda grotescamente. Gotea. No ha tenido dinero ni para pagar el peluquero. Un foco amaga con fundirse a la distancia. La voz de Dios retumba en todo el edificio comunicándole insistentemente a un doctor que se presente en una habitación impar. Hay revistas médicas sobre la mesa. Folletos informativos con fotos de doctores felices. Hormigón agujerado adentro de un florero sin flores.

—Subiste de peso —dice la madre.

—¿Mande?

—Subiste de peso. En las fotos que Frida tiene contigo sales más delgado.

—¿Las tiene a la mano?

—Las borré casi todas. Accidentalmente. No vaya a creer que andaba de metiche. No. Las borré porque apenas estaba entendiendo cómo sirven estas chunches.

—Más bien ahorita ando hinchado. Ya sabe. La dieta del hambre es traicionera.

La madre desbloquea el aparato. Felipe espía la contraseña. Va a la sección de fotos. Elige una. Se la muestra. Baño del hotel Berlín. Habitación Nórdica. Un tapete de oso en el suelo. Sillones de piel polvorienta. Frida no se vino. Él tampoco insistió mucho. Zona sismica púrpura.

—Me acuerdo de ese día —dice él—, ¿me presta el teléfono un segundo?

—Cuénteme más.

—Pues. Llovió.

—Sobre mi hija. Cuéntame sobre Frida. Yo... hace mucho tiempo que dejé de hablar con ella. No sé. Frida era muy apegada a su hermano. A Esteban. Cuando se pelearon sabrá Dios por qué, yo quedé en medio de los dos. Si le mueve así verá que también hay varias fotos en las que sale con él. Viajaban juntos. Él trabaja mucho. Viaja. Son gemelos. Frida es más grande.

Felipe toma el teléfono y lo pasea sorteando las fotos. Su corazón se rompe como un espejo cuando ve a Frida besándose con otros hombres. Siempre con el vestido de flores. Amaba deshacerse de ese trapo, alzarlo hacia la cintura como si más bien se deshiera de una nube que interrumpe el natural arrumaco del sol. La voz de Dios insiste en que tal doctor vaya a tal habitación. Duele de blanco. La barbilla de Felipe tiembla. Fotos de Frida abrazada por sujetos salidos de la más hosca coladera. Habitaciones de hotel al

fondo. Fuera de foco que desnudan. La ve en mesas y calles, enfrente de desayunos y papeles tapiz, sin brasier y con. Acompañada de otros sujetos que la abarcan con el brazo o los labios. Su corazón se rompe como un espejo pero los pedacitos la siguen amando.

—Oh. Vaya —recalca.

Mira a Frida con Elio. En el departamento. En La Gloria. Hacen señas de cholo a la cámara. Ésa la tomó él.

—¿Por qué me buscó a mí?

—Sus mensajes a ella. Bueno. Creí que querría saber por qué no le responde más. ¿Mi Frida lo amaba? Usted es el único que toca esos temas en sus mensajitos.

—No. O bueno. Nos llevábamos bien. Ella. Ella limpiaba mi departamento los martes. Se robó el control de la tele pero era puntual. En una ocasión me ató las agujetas de los zapatos. Éstos. Aún no se han desajustado. Es su nudo.

—Es un buen nudo doble.

—Le temía al sismo. Yo fantaseo con que ella cocina muy rico. Jamás probé nada preparado por ella.

—Era magnífica en la cocina. ¿Me devuelve el teléfono?

Felipe aprieta el aparato. Se busca a sí mismo en la lista de contactos. Busca a Elio. Repasa a base de reojos los mensajes salvaguardados. Emojis y rostros de hombres.

—Los doctores no han mencionado nada acerca de, no sé, el milagro de la vida. ¿Es peligroso en la circunstancia en que se encuentra? ¿A los cuántos meses se empieza a notar?

—Mañana es mi cumpleaños —agrega la madre sin que venga mucho al caso— o quizá sea hoy. No sé ni cuántos cumplo. Es como si yo también estuviera en coma.

Nadia llora. Llora como lo hacen las madres. Culpa, mocos, enrojecimientos, arrugas, prefiguraciones de una decrepitud de la que es imposible huir, llagas. En la televisión un barbón consigue apilar una decena de rueditas de cereal sobre la nariz de un nene dormidísimo. El foco se funde después de todo. Un grillo canta por ahí. Enfermeras pasan trotando. Entra una persona con un diablito y varias cajas de cartón. Los dos lo siguen con la mirada. Nadia gimotea. El hombre abre una *vending machine* que hasta ese momento no habían notado y empieza a acomodar productos en sus hileras. Nadia estornuda y llora. Felipe piensa en abrazarla. Un reloj corona la situación, el sonido del segundero avanza con pereza. Duele de azul. La habitación cambia de iluminación. Un fulgor ventajoso hace que las cosas parezcan dibujadas encima de los muebles. Es como estar adentro de una alberca vacía. Nadia le arrebató el teléfono a Felipe. Abre Ataque de Tiburones. Suena, entre mordiscos, la tonadita que antes tarareó.

—Tú eres éste. Y tienes que jalarle la cola al tiburón para que salga volando. Así. ¿Ves? El chiste es comerse todas las monedas y no salirse de la pecera. Frida alcanzó los ocho mil puntos y pico. Yo apenas voy en trescientos. Siento que si supero su récord ella despertará. Necesito que alguien me pase este nivel, necesito el salvavidas naranja...

Felipe se pone de pie. Va con el hombre que está surtiendo la máquina de frituras. Le pregunta que para qué le alcanza mostrándole una moneda de veinte pesos conmemorativa del Nobel de Octavio Paz. Llevaba meses queriéndose deshacer de ella. Compra unos pastelitos. Regresa con la madre.

—Feliz cumple.

Y se va. No sin antes prometer que regresará en breve. Está convencido de que la madre no tiene ni idea de que en el vientre de Frida se gesta un acento mal puesto.

Estornuda, idealmente contagiado, conforme atraviesa los pasillos de aquel purgatorio donde se alarga la vida humana más de lo necesario. Se le durmió la pierna, renquea. Observa una fila de donadores de sangre, enfermeras fumando al lado de plantas con quemaduras de cigarro, doctores con barbas que parecen falsas. Todo parece de utilería, salvo los enfermos. Un hombre sin un ojo le pregunta dónde está sabrá Dios qué pabellón. Felipe lo ignora majaderamente. El pasillo por el que huye está lleno de cubetas colocadas debajo de goteras. Se detiene para estornudar adentro de su mano. Camina ansioso, como un ladrón, con el estómago *Made in Taiwan* a punto de salirse por la boca. El hospital está lleno de corazones y siluetas de cupidos. Cupidos que, si se les arrancan ambas alas, sólo son estúpidos bebés. Febrero. Otra vez hay que pagar la renta. Por fin llega a la calle. Cierra los ojos. No hay fosfenos, sólo un color negro imperfecto, color negro enjaulado. Se para en una de las millones de esquinas que la ciudad ofrece por manojos. Avenida Cuauhtémoc en viable hora pico antes del imbécil Metrobús.

Los autos pasan a diferentes velocidades y él alcanza a observar su reflejo en los vidrios fugaces. Aquel *collage* involuntario le devuelve un rostro pálido y ojeroso. Acá y acá se observa fragmentado. Se reconoce fugaz y roto. Resquebrajado en abominables gestos de loco o de pereza, se mira en las ventanas de taxis que van al cementerio, en las ventanas de microbuses empachados de pasajeros con prisa, en las de un camión que vende mangos petacones, en la ventana de una ambulancia.

—¿Qué se espera de un espejo? —dice en cabizbaja voz.

El semáforo se pone en rojo. La mole de vehículos se detiene en seco, todos amortiguando su desmadrito a la par. Enfrente de Felipe se frena una camioneta que transporta enormes espejos rectangulares. El cielo luce más accesible, ahí tan a la mano. Felipe se observa de cuerpo completo, ligeramente deforme. Casi obeso, casi cachetón, casi calvo. Mira el teléfono de Frida, victorioso, en su mano.

Simbólicamente se marca primero a sí mismo.

Lee Frida en la pantalla de su propio aparato. Cuelga.

Luego le marca a Elio. Escupe el chicle intentando meterlo entre las rendijas de una coladera.

Yo decido cuándo los perritos tienen frío

¿Han notado que cuando el circo llega a la ciudad hay más letreros de perros extraviados en los árboles y corchos del rumbo? Bueno, con algo hay que alimentar al león.

Braulio es el encargado de conseguir tales festines. Monstruosidad de la que no está nada orgulloso. Por lo mismo intenta que se trate de perros callejeros sin nombre ni dueños que los extrañen. No siempre se puede, pero es verdad que lo intenta. Luego esos pobrecitos animales están tan famélicos como él y resuelven siendo más un tentempié que un banquete. Además, le es harto complicado atraerlos hasta la carpa porque son mañosos y ya se la saben. La mejor arma que posee un animal en contra del ser humano es su desconfianza. ¡Qué envidia!, piensa Braulio, que en más

de una ocasión ha tenido que responder a una vejación sonriendo como imbécil.

Todas las noches va a la cama aterrado porque sabe que habrá una ocasión en que, al centro de la pesadilla, se verá perseguido por todos los canes que ha sacrificado, le ladrarán y quién sabe si alcance a treparse a un árbol. Se despierta sudado, con la sensación de fauces lastimándole brazos y piernas. Pues si no te gusta, aliméntalos con tu ración de comida, le dijo su patrón cuando fue a quejarse. Su cinismo y tirria contrastaban con el brillante traje de constelaciones estelares que usa en las funciones. Pura entelequia bonita. Caramba, la vida de un segundo asistente de mago no es sencilla. Los acróbatas hacen virguerías en el aire y sus sombras en el suelo se transforman en muérganos humanos de inesperada belleza. Los payasos hacen reír a los chamacos en las gradas, la consecuencia de su trabajo es inmediata. Todo cambia cuando un payaso finge que se tropieza con una banana o golpea a otro con un martillote. El tragaespadas ¡come espadas! Y la mujer barbuda tiene el rostro tapiado en vello facial, le cierra la barba de candado envidiablemente. Sin problemas conseguirá chamba haciendo comerciales de rastrillos cuando el circo desaparezca, medita Braulio desde allá abajo. Pero, y ése es el punto, el segundo asistente del mago no hace magia, no es especialmente gracioso, no tiene una dieta balanceada a base de cosas fantásticas como floretes o fuego y, en su caso particular, es burdamente lampiño. Otro gallo cantaría si por lo menos fuera una mujer con generosas curvas y se enfundara en unas medias de red y guantes negros hasta los codos. Pero no. Ni eso.

El circo está en bancarrota. Intentaron volverse un espectáculo sobre hielo pero los enanos luego luego se agriparon y contagiaron

a todos. Esto no es broma. Es un auténtico inconveniente estornudar cuando estás a la mitad de la cuerda floja o haciendo malabares con pelotas en llamas. Las sofisticadas casas de los sustos financiadas por marcas de cerveza y parques de diversiones dejan a los circos clásicos todo octubre y noviembre sin ingresos. Y la nueva ley de espectáculos sin animales en Ciudad de México no sólo les estropeó la mitad de las atracciones, de plano amenaza con hacerlos desaparecer. Los sueldos de tan estafalaria nómina los pagan desde hace unos meses los animales amaestrados que el dueño le vende a su primo narcotraficante. Víboras, tigres y hasta macacos. Lloraron cuando se llevaron al oso bailarín. Sólo queda el león. Todos ven en ese rey de la selva un jugoso finiquito. Por eso es prioridad mantenerlo vigoroso y pulcro. Diario le limpia Braulio la jaula, le habla bonito, lo persigna a la distancia y se asegura de que las cadenas no le estén sacando ámpulas. Vela su sueño. Le lleva sus cenas lanudas previamente duchadas para que no le pasen una pulga o infección en la piel. Hay mucho perro sarnoso en las calles.

Y Braulio que aceptó este empleo porque imaginaba que iba a conocer el mundo. Desde chiquito quería ser ayudante de mago. Pensaba tontamente que cuando el mago te desaparecía detrás de una cortina despertabas en sitios paradisiacos. En la costa de Acapulco o en Playa Guayabitos. ¡O en el Mar de la Tranquilidad en la Luna! O ya de perdida en Tecolutla, que es el cacho de océano Atlántico más cercano a Ciudad de México. Pero no. Cada noche es lo mismo. Enclaustrado en un hueco adentro de la supuesta Caja Maravillosa, escucha los escasos aplausos del respetable a lo lejos, aunque más bien los tiene enfrente. Menos mal que no le dan miedo los lugares encerrados. Siente cómo el jefe le da vueltas a la caja para

que los espectadores vean que no hay trampa. Esos meneos le hacen pensar que, de reencarnar en un pez, se acostumbraría rápido a la pecera del restorán japonés que le toque por hogar. Luego escucha un filo dentado aserruchando encima de su cabeza, dividiendo la caja en dos. Sus pies desnudos están al descubierto. Braulio está en una suerte de posición fetal en la que el producto saldría muerto de la panza de su mami. En el truco de la Caja Maravillosa, Braulio es las alegronas patas de la primera ayudante. Ella sí, con generosas curvas y medias de red y guantes hasta el codo y un penacho lleno de brillitos. Ella sí da la cara al público que, emocionado, la adora cuando vuelta a armar en una sola pieza saluda y manda besitos.

Ahí entre esa reducida gavilla de mozuelos asombrados debió de estar en la función de anoche el chamaco ese de los ojos verdes. Se presentó al finalizar la función y dijo que venía a ver al mago. A Braulio se le hizo fácil decirle que él era el verdadero hechicero. Que el del traje de luces y sombrero de copa era sólo una marioneta que usaba para proteger su identidad. El niño lo analizó con su mirada de alhaja y le indicó que necesitaba un favor muy importante, que estaba dispuesto a pagar con lo que fuera, menos con dinero. Y como Braulio está harto de salir a buscar y cazar perros de la calle...

Se trata de Esteban, el hermano de Frida, a los diez años. En este capítulo estamos en los derredores de 1990.

Esta noche, tras bambalinas, Braulio abandona tan incómoda posición en su mitad de Caja Maravillosa. Al espectáculo aún le quedan veinte minutos. Se truena el cuello girándolo. Camina con ambos brazos entumecidos entre un grupo de mimos que gesticulan calentando el rostro. Esquiva un par de patadas y coscorriones. Llega hasta su pequeño *bungalow* para abrigarse y despintarse las

uñas del barniz que tocó esa noche, un color dorado que a la luz parece azulito. Bello, incluso. Hace frío. El olor de la acetona se mete a su estómago provocándole náuseas. Enciende un cigarro que está tan contorsionado como él estaba hace rato. Al lado del lote baldío en que se establece la caravana hay una cancha de fútbol. A veces por esa barda salen volando balones. Se le va la tardenoche viendo el muro, esperando de que un disparo desafortunado le entregue un balón o, por qué no, un zapato con tachones. Escucha el sonido de las botas golpeando el esférico, los gritos y mentadas de los espectadores, el silbato del réferi, las indicaciones del entrenador. Supone que quien lo observe a lo lejos sólo reconocerá una fresita encendida que sube y baja entre nubes de humo. Un repentino ladrido diminuto le quita lo atarantado. Se incorpora y ve acercarse una silueta. Alguien avanza entre el concierto de grillos y hurras. Tiene el cabello castaño y muy despeinado. Eléctrico, es la palabra. Cuando aquella figura sale de entre las sombras Braulio ve que es una niña y que tiene dos ojos briosos incrustados al centro de su cara.

—Ah, chingá, ¿no eras niño ayer? —le pregunta al mismo tiempo que se pone de pie, impulsado por invisibles resortes.

La niña tiene la misma estatura que él. Sus sombras se alargan descomunalmente en el suelo.

—Era mi hermano Esteban —le responde—. Somos gemelos. Él es más grande que yo por dos minutos. ¿Me das una fumada?

Así como Braulio puede identificar de qué marca es cada uno de los autos que avanzan veloces por la avenida, hay gente capaz de reconocer la raza de un perro en un pestañeo. En eso él es declaradamente un ignorante y de un tiempo para acá básicamente los divide en: cena, merienda o refrigerio. La niña trae entre brazos a un

perro chiquito, blanco y feo que pela los dientes mientras refunfuña. A grandes rasgos: un pomposo canapé.

—No recuerdo si le dije o no a tu carnal que tenía que ser un perro de la calle. Sin dueño.

—Éste tiene. Pero es una ruquita de ahí de la vecindad. No va a extrañarlo, tiene otros treinta idénticos y ya está ciega.

—Pero eso no es en lo que quedé con tu carnal.

—¿Vas a hacer tacos con él o para qué lo quieres?

—Eh. No. Es para un truco de magia. Voy a... voy a mandarlo a la luna. Te dijo tu hermano que soy mago, ¿no? Traíganme todos los que puedan. Pero que sean perros sin nombre, mascotas de nadie, animales callejeros...

—¿Esteban te dijo lo que necesitamos que hagas para nosotros? ¿Dónde tienes la caja? ¿Puedo verla?

—La están lavando ahora mismo. Traigan más perros mañana y vamos viendo.

—El fin de semana es la fiesta de la iglesia. Los peregrinos dejan un chorro de perros abandonados. ¿Los prefieres vivos o muertos? Es más fácil transportarlos con vida pero si prefieres... —y no completa la frase porque le da otra chupada larga y exagerada al cigarro. Con resuelta habilidad se lo devuelve ofreciéndole el lado del filtro.

No sabe Braulio qué responder. Ella jala del cuello a la mascota haciéndola chillar, luego le sopla el humo en la cara. El animal se retuerce queriendo librarse. En medio de tal agonía se lo entrega con la naturalidad y malicia con que se da la hora a un desconocido, o más bien: con que se da la hora mal a un desconocido. No se queda a escuchar si Braulio tiene algo más que agregar, se va sin despedirse.

Camina lentamente de regreso a la nada de que salió. Marcha como enojada y con ambos puños cerrados. Braulio prepara una cubeta para duchar al animal. Él se deja asear. Su lengua se siente arrugada y rasposa como una lija. Le acaricia el lomo, todo lleno de verrugas y tumorcillos.

A la tardenoche siguiente aparece puntual Esteban. Infinitamente más vivaracho que su equivalente en mujer. Sus ojos traviesos, como aretes, buscan el paradero de la Caja Maravillosa. Trae, atados a varias correas, a dos perros idénticos al de ayer. Chiquitos y mugrosos, con surcos café alrededor de los ojos de canica vieja. Sosegados y hasta alegres. Da la impresión de que ambos vomitaron ya sus dientes.

—Oye, no manches, le dije claramente a tu hermana que tenían que ser perros sin dueño.

—No hay problema. Mamá dice que la anciana cegatona no pasa de este mes. Oiga, señor mago, ¿le puedo preguntar algo?

—¡Tu mamá sabe de nuestro trato!

—No. Para nada. ¿Puedo preguntarle algo?

—El cielo de los perros existe. No te preocupes.

—No. Es otra cosa.

—Dime.

—¿Qué se siente ser mago? ¿Qué se siente haber llegado tan lejos hasta donde usted ha llegado?

En ese momento en la cancha de al lado anotan un gol. Se escucha una ligera celebración al respecto. No responde Braulio a la pregunta. Eso tienen en común los dos hermanos, cuestionan cosas pero la respuesta les tiene sin cuidado. Juegan un rato con los tres perritos. Les arrojan un muñeco de trapo y ellos compiten por

traerlo de vuelta. Braulio se entera de que la hermana se llama Frida. Dejan a los perros atados al *bungalow* y van a dan un rol por el circo. Comen algodones de azúcar que les dejan la saliva harta de escupitajos sonrosados, espían a la mujer del hombre que arroja navajas desde atrás de una ventana, intercambian chistes colorados. Braulio le muestra su colección de coca-colas de alrededor del mundo. Hace como que sabe leer en japonés o en alemán o en vietnamita y le traduce los ingredientes del brebaje. Apenas dan las ocho Esteban se tiene que ir. Braulio le regala una lata que tiene repetida. Esa noche se le olvida despintarse las uñas de los pies. El barniz es anaranjado tirándole a lila.

Frida aparece al día siguiente en uniforme escolar. Tiene las rodillas llenas de cicatrices y moretones en los brazos, rasguños en la cara. Arroja una negra bolsa de las que se usan para la basura a los pies del supuesto dueño de la Caja Maravillosa.

—A uno vas a tener que quitarle el estúpido suéter que le pusieron sus dueños —le dice.

—Oye, espérate. Dije claramente que sólo perros de la calle.

—La gente que viste a sus perros de Batman no merece tener mascotas. Cuántos más necesitas para ayudarnos en lo que te pedimos.

—Denme un par de días. No es tan fácil como ustedes creen. Tiene que ser en el momento propicio.

—No hables en plural. Estoy yo aquí. No mi hermano y yo. Estoy yo aquí.

—¿Por qué nunca vienen los dos juntos?

—Alguien se tiene que quedar a cuidar a mamá. Por eso necesito que me des una fecha, para venir los dos ese día.

—Yo les aviso.

—Me parece una estupidez ponerles suéter o ropa a los perros. Para eso tienen su pelambre.

—Bueno, pero ya es diciembre y hace más aire. Los pone felices estar calientitos.

—Los perros no tienen más frío en diciembre. Tienen su pelo. El suéter que la madre naturaleza les dio. Los animales son eso: animales. No tienen sentimientos similares a los tuyos o los míos. No están tristes ni felices.

—Bueno, Frida, pero tú no decides cuándo los perros tienen o no frío.

—De hecho, sí. Yo decido cuándo los perritos tienen frío.

Y al día siguiente va Esteban. Y el día después de ése va su hermana. La dinámica continúa por dos semanas. Esteban lleva los perros chiquitines y mansos de la moribunda ciega. Frida, perros de diferentes tamaños y gentilicios.

A ninguno de los dos le comenta Braulio que, apenas pase Navidad, el circo se largará de la ciudad rumbo a Hidalgo y sus pueblos de mineros. Mima y juega con los perros que trae Esteban. Antes de colocarlos en la jaula, perfectamente limpios, duerme un rato abrazado a ellos. A los que proporciona Frida tiene que quitarles la cinta canela o las agujetas de zapato con que los amordaza para que el león no se empache o atragante. En la caca seca del felino encuentra collares con cándidos nombres de animalitos y los datos de contacto de sus dueños. La gente les pone motes de humano a sus mascotas, perros ya difuntos cuya fotografía se encuentra en fotocopias pegadas por toda la colonia.

El día de Navidad no acude ninguno de los gemelos. El circo no abre. En la fiesta Braulio bebe aguardiente hasta ver doble. Observa los ojos de Frida y Esteban suplantando a la luna. Sus ojos, par de

centenarios girando eternamente en el aire sin decidirse por la cara o la cruz. Ya ebrio es el hazmerreír de la comparsa. El mago, disfrazado de Papá Noel, lo golpea y todos ríen desde allá arriba. Lo meten a la parte de la Caja Maravillosa que no le corresponde durante el truco. Asoma su pequeña cabeza rapada. Patean el cajón y dicen que lo dejarán ahí el resto de su vida. Lo fuerzan a beber más y más alcohol, tapándole la nariz mientras lo traga. Se ponen a bailar y se les olvida que está ahí. En medio de la orgía, huye a sus aposentos.

A la siguiente tarde es Esteban el que llega. Trae un perrazo que a leguas se ve que es fino. Braulio está rasurándose las piernas.

—Éste no me sirve —le grita—, llévatelo. Seguramente hasta tiene chip y lo están rastreando. Devuélvelo de donde lo tomaste, diablo. ¡Quieres que venga la policía o qué!

Esteban se acerca y el segundo aprendiz de mago le arroja un cigarro encendido, una piedra que estaba en el suelo, y el agua con espuma acumulada en un cubo. Le apena que lo vea crudo, oliendo feo, con la mitad del rostro hinchada. Aun así, Esteban insiste en aproximarse. Deja algo en el piso y se aleja corriendo. Se trata de un dibujo. Braulio rodeado de perros en la superficie de la Luna. En la ilustración a crayolas Braulio trae puesto el uniforme lleno de constelaciones y posee un balón de fut. En el dibujo no es tan chaparro ni tan enjuto ni tan contrahecho. A la distancia se ve el planeta Tierra. Arruga el dibujo dentro de su puño tembloroso.

Frida aparece más tarde esa noche, trae en la mano un martillo.

—¿Qué le hiciste a mi hermano? —grita sin permitir que el otro responda, fiel a su costumbre.

Arroja una de sus malditas bolsas negras de plástico. Braulio cae de nalgas sobre su hamaca que gira y lo proyecta en el

suelo terregoso. La niña coloca al perro fino entre las piernas del asistente de magia. El animal ya está muerto, su lengua parece una lengüeta de zapato. Frida lo golpea en el cráneo con la parte viperina del mazo. Suena como cuando pisas una cucaracha. Suena como cuando quiebras en dos un lápiz de madera, suena como cuando en el mercado aplastan las pechugas, luego suena el metal contra el suelo. Braulio termina completamente salpicado de sangre. Inmóvil, con jaqueca y miedo.

—Mañana voy a regresar con mi hermano y vas a cumplir con tu parte del trato. ¿Oíste?

Afirma con la cabeza. Aún tiene el dibujo encerrado en su mano. Siente que sus ojos llegan hasta su nuca. Gente del circo se acerca para ver qué sucedió. Los despide malhumorado. Ríen. Alguien aprovechó para robarse su rastrillo.

Esa noche no hay partido en el campo de al lado. Sueña que camina por un parque soleado con arbustos en forma de animales enormes. Viene pateando insistentemente una lata de refresco vacía. Ya lleva con ella un largo tramo. Los árboles estrenan verdura y entre el *collage* de sus hojas amarillentas pasan los rayos de sol. De pronto escucha a lo lejos un grupo de personas que corren hacia él. Instintivamente huye. Todo se vuelve blanco y negro. Quieren matarlo. Es una turba enardecida conformada por jóvenes, señores, niños, madres y sus hijas, integrantes de familias vestidos para desayunar en sábado o ir al centro comercial. Destaca en medio de la muchedumbre una anciana con los ojos blancos y vacíos detrás de unas gafas oscuras. Braulio corre a una velocidad distinta que el diverso gentío. Más rauda. Trata de subir a un árbol. Arriba, en la copa, está la Caja Maravillosa pendiendo. Truenan las ramas, vencéndose. Despierta

asustado, empapado en sudor caliente. Escucha los sonidos sexuales de sus dos vecinos payasos. Para tranquilizarse se viste y va a caminar.

Mañana cuando Frida aparezca con su hermano se encontrará un campo yermo y la basura que deja el circo a su paso. A las primeras horas del día empezarán a desmontar la carpa. Se van por fin de esta ciudad cruel y brutal. Respira hasta calmarse. Enfrente de la jaula del león, Braulio recuerda lo que Frida y Esteban quieren que haga para ellos.

El rey de la selva pernocta ignorando los clanes de moscas que usan su melena de cubil. Su cuerpo se infla y desinfla imperceptiblemente, resopla quizá imaginando mejores jaulas. Aun dormido es fácil imaginar su gruñido lleno de poder. Se le eriza la piel de los brazos a Braulio. La jaula huele a mil gatos. En reposo, la cola del felino es marioneta rota, caricaturescamente cerdosa en la punta. Mueve el hocico como si se limpiara con un mondadientes invisible. Vestido de sombras, el león abre los ojos sólo para volverlos a cerrar. Está saciado. Y eso que comió perro previamente machacado.

Lo que los niños querían es que los metiera en la Caja Milagrosa, los partiera a la mitad y les intercambiara de la cintura para abajo. Querían que mágicamente le pusiera a uno el sexo del otro.

Marzo

—¿Has sabido algo de Frida?

—Y dale. ¿Te la andabas dando o qué pedo, pinche interesadito? ¿Sabes que yo no tengo broncas si sí?

—Dime.

—Bien. Desde hace varias semanas me marca y cuelga. Respira en silencio como la pinche loca que es. Muy grotesco. Era obvio que iba a terminar haciendo alguna nacada así.

—Pues no le contestes.

—Ya la bloqueé, de hecho. A lo que sigue, amigo Felipe.

—La casa es un asco. Hay que buscar otra muchacha.

—Empleada doméstica —lo corrige Elio haciendo un contundente ademán de manos, un gesto que le secuestró a la susodicha,

un gesto que ella jamás volverá a interpretar y que si Elio no imitara desinteresadamente serviría de *lunch* para el olvido.

Pareciera que están de pie entre varios espejos enfrentados que reproducen el infinito. Pero no. Sólo son muchas peceras habitadas por llamitas de fuego multicolores que se retuercen, giran y comen y cagan, ensayan diferentes velocidades. Nadan en silencio como los últimos y más tenues ecos de un grito originario. Los tubos dentro de los recipientes, en cambio y al unísono, preparan un sonoro escupitajo que no acontece. También hay de los que se parecen al señor Miyagi y de los que besuquean su prisión traslúcida. Huele a carbón, a cloro, a agua encharcada... ¿a pollo crudo? Ajá. Es que apenas Elio y Felipe atraviesan un portón improvisado con trapeadores y cubetas de muchos colores, ya están en otra sección del mercado. Carne, salchichas y queso y crema. Niños compitiendo por patear lejos una pelota, luz que entra por el techo con mayor libertad, aunque esquivando tamañas banderotas del Club América y guirnaldas de flores falsas y polvorientas. Debajo de una jerga empapada se alcanzan a distinguir los cuerpos de varios pollos. Sus cogotes cuelgan del borde y culminan en caras pálidas y estúpidas, todas con los ojos cerrados como si monologaran desde el más allá. Hay un sonriente y aseado Señor de las Moscas a la misma altura que un holograma inmenso de la virgencita del Tepeyac que, visto desde ciertos ángulos, reembolsa indefensos brillos de metálico color. El encargado golpea con su aplanadora la carne que fue cuerpo. Felipe carga con ambas manos una estorbosa jaula de pájaro que Elio compró hace apenas unos minutos. Le salió barata porque está despintada y medio torcida.

—¿En cuánto me vende los puros huesitos? —le pregunta Elio al pollero, acercándole un billete de veinte, con la ilusión de recibir de perdida una moneda a cambio.

—¿Huesos de pollo? ¿Para qué chingados quieres huesos de pollo? —interviene Felipe.

—Y de una vez póngame un par de vísceras, si se puede, claro. Me atengo a su generosidad. Menudillos de los que son para darles a los perros, patrón.

—Dime.

—¿No has cagado o por qué andas tan huraño? —le pregunta Elio a Felipe, pellizcándole un codo y tomando la bolsa de plástico con las inmundicias.

—La casa es un asco. En serio. Necesitamos alguien que limpie.

—Es oficial. No has cagado.

—Una vez al mes me haces ese mismo chiste. Y de hecho mi aparato digestivo es un Stradivarius. Obro que da miedo.

—Irónicamente, ¿sabes cómo me doy cuenta de que estás ansioso y valiendo madres? Porque en el papel de baño en el cesto de la basura hay marcas de sangre. Te limpias demasiado. Con fruición. Te vas a buscar algo que no tienes, Felipe. Seguro hasta cuentas las veces que te frotas la cola. Eso es de loquitos, amigo. Evítalo. Un día te voy a revelar mi secreto para limpiarte con un solo cuadro. Un solo cuadro, oíste bien. Uno solo. Nomás que aún no estás listo. Tienes hasta mayo para estar listo, eh. En mayo me atropellan. Se les acabó su pendejo.

—Me temo que tú nos vas a enterrar a todos.

—Llámame egoísta pero sí me gustaría que la bíblica lluvia de fuego se llevara a cabo en mis tiempos. Quisiera verla. ¿Puedes

imaginarla? Aquí en este mercado, para no ir más lejos, que empiecen a caer piedritas de metal al rojo vivo. La gente mirando asustada los finos y perfectos agujeros en sus manos, brazos y torsos. Todos nosotros transformados en decoraciones de papel picado. Imagínate todas esas piñatas encendidas. Un chamuscado olor a plátanos machos, chorizos y licuados de mamey.

—¿Nunca has pensado en ir a la feria de la pirotecnia en Edoméx? Dos veces al año pasa eso que describes.

Elio mira a Felipe detrás de las rejas de aquella oxidada prisión en miniatura con acabados arabescos y una puertita del tamaño de su nariz. Suenan las guitarritas de un bolero llenas de gis, una cama de hielo vacía hiede al fantasma de mil pescados, las comadres chismean, los cargadores sonrían chimuelos: golpe avisa, ahí va el diablo, pásele, marchanta, pásele, de a quince no sean codos. Una licuadora tritura plátanos escandalosamente, aves trinan a lo alto. Venden sal enfrascada, juguetes con rebabas, medias sandías que sonrían envueltas en plástico, como si alguien las torturara. Los tomates añoran malos chistes. A las calabazas las chupó el diablo. Todo mundo es güero en un mercado mexicano. Los dos amigos se detienen en un puestito de semillas a granel. Felipe pone la jaula en el suelo. En lo largo de sus dedos quedó marcada la cuadrícula de las rendijas.

—Deme, no sé, diez pesos de la madre esa que usan para hacer brujería —le dice Elio a una señora.

—Se equivocó de puesto, joven.

—O bueno, ya sabe, las ramitas esas que se usan para los baños de sauna.

—En el sauna se golpean con ramas de un árbol llamado beriosa —se inmiscuye Felipe. Aunque realmente no está seguro de dónde sacó esa información. Restaura la circulación en sus dedos abriendo y cerrando la mano.

—Se equivocaron de puesto y de pasillo —repite la mujer mientras se persigna con fruición.

—Caray... cualquier cosa con ramitas nos sirve —dice Elio, que entusiasta replantea su petición—, albahaca fresca, ¿no tiene?

Pero como la mujer decidió ignorarlos, ellos decidieron seguir su camino. Atraviesan varios puestos de helados, un negocio de sushi, fondas de mariscos, una fila de manos femeninas de plástico que muestran toda la gama de colores de barniz de uñas que hay a la venta. Elio las imagina rodeadas de llamas infernales, asomando desde el inframundo sus perfectas manicuras con *gelish*. Pues sí, sería un buen escenario para ver el Apocalipsis. Los ventiladores giran, el tragaluz se traga la luz, un niño se aparece en su camino, bloqueándoles el paso.

—¿Buscaban cosas para limpia? ¿Alpiste curado? ¿Alumbre? ¿Estampas de san Charbel?

—¿Yumbina? ¿Tinta china? —les dice otro niño que también salió de la nada.

—¿Mazapanes? Mazapanes —agrega otro.

—¿Películas cuatro equis, cinco equis?

Rodeados de chamacos diciendo cosas, Elio continúa su cantaleta. Felipe sostiene la jaula por encima de sus cabezas.

—Sin embargo, los planes genocidas de Diosito son otros, muy distintos de los prometidos en el Buen Libro. Qué lluvia de fuego ni qué ocho cuartos. Ni siquiera va a haber Diluvio Universal esta

ocasión, Felipe. Pura sequía. Nada de agua y chingos y chingos de calor a lo bestia. ¿Y sabes cómo nos vamos a dar cuenta de que ya no hay agua? Por el olor de los vagabundos. Se triplicará hasta volverse insoportable pasar al lado de uno. Y luego los que olerán espantoso serán los taxistas en ambos turnos. Y luego la gente que atiende los McDonald's y Sanborns. Después el hedor provendrá de la mujer con que te acostaste ese fin de semana. Y así, la peste, la falta de higiene, se irá acercando a uno. Vendrá el imperio de la sed. Guerras provocadas por la sed... ¡vas a ver! Yo ya no. Voy a estar descansando en paz en mi ataúd hecho de libreros. En mayo, Dios mediante.

Con ambos brazos alzados, Felipe huele sus propios sobacos. Agrios y familiares. Agradables. Una sencilla aunque innecesaria confirmación de que sigue vivo. Los niños, uno a uno, desisten y se van de vuelta a las tetas de sus madres.

—Aún no decido si moriré atropellado por uno de esos camiones que transportan a los marranos rumbo al rastro o por un Volkswagen color hueso lleno de post-its amorosos.

—Pongo mi voto en el vocho —exclama Felipe y se persigna porque pasan enfrente de un Cristo. No es que Felipe crea en el carpintero crucificado, simplemente sabe que esos fervores alejan a los rateros barriales.

—Pinches niños. Fíjate si no te abrieron un agujero en la bolsa y te sacaron la cartera. No. Todo en orden. Prosigo. Para comprar agua de uso doméstico habrá un sistema muy parecido al que hoy en día soportamos con tal de tener crédito telefónico e internet en los celulares. Tiempo aire, que le llaman. Qué locura, ¿no? Tiempo aire.

—Es como decir “crimen organizado”.

—O: “*Top ten* en español”.

—O: “Paraíso perdido”.

—Bueno —retoma Elio—, uno irá al Oxxo y comprará, pon tú, cien litros de agua. Veinte litros. Doce. Y que cada quien se haga bolas usando la cantidad que puede costearse para lavarse las nalgas, los platos o beberla con saborizante. Espero ser recordado por mi gangosa voz de profeta.

—Oye, ¿no prefieres que te atropelle una pipa de agua?

—Esa voz me agrada, Felipe. Ánimo. Gran idea. Tú lo sabes, todos los ciudadanos de esta preciosa parcela del infierno estamos infectados con un malestar que, como el sida, llevamos en la sangre pero se manifiesta en variadas circunstancias. Hablo del “atropellamiento”. Mira cómo maneja la gente. Tienen prisa por llegar a sus casas para ver al *Dr. House* o *Juego de tronos* o cosas peores. En los años treinta del siglo pasado, los ancianos no querían salir a la calle porque les daba miedo tener que vérselas con los semáforos. Qué adorable. Lo pone a uno a pensar.

Han salido del mercado. Coyoacán los recibe con sus hordas de gente bajo un aguacero bebé. Caminan hacia el tiradero. Se detienen frente a un tambo lleno con los desperdicios del mercado. Cáscaras y jugo de basura, moscas ebrias haciendo ochos. Fruta invendible, abollada, uniforme e incolora yace en triste montón, como si más bien fueran los soles en descomposición de días que el horizonte devoró y cagó. Penachos de piña, envoltorios sudados. Felipe libera una de sus manos para cubrirse la nariz con la manga del suéter. Elio introduce la mano en el bote y saca varios manojos de ramas ambiguas.

—Sostén la jaula bien —le ordena a su amigo.

Elio mete la basura en el interior de la mazmorra para canarios. También acomoda adentro las vísceras y los huesitos de pollo. El tapete de papel periódico se llena de un líquido gris.

—Ah, pero falta lo más más importante.

Y de su bolsillo saca el pedazo de una figura religiosa de pasta. El demonio sometido en un san Miguel Arcángel. Un Satanás dientón, barbado y en pijama, con los ojos desorbitados y pésimamente pintados. Lo acomoda adentro del columpio. Observa su obra. Sonríe.

—¿Ya me vas a decir para que chingados es esto? —reclama Felipe.

—¿Tienes algo que hacer ahorita? Acompáñame aquí a unas cuadras y acabando te invito un cubetazo campechano. ¿Estás crudo?

—No lo sé. ¿Bebimos ayer?

—Ni idea. Oye, espérate. Sí hay algo que puedo decirte sobre Frida, ahora que lo medito ante el amparo de esta pocilga. Soñé con ella.

—Soñaste con Frida.

—Tal como lo oyes.

—¿Kubrick? ¿Fellini de nuez?

—No. Pero lo identificarás sin inconvenientes. Pon atención. En telequía en blanco y negro. Persigo a un hombre entre pasillos y escaleras. Entro a un salón donde él me dice que me harán un examen. En unos pupitres gigantescos están sentadas varias personas en silencio. Tú entre ellas. El mesero de La India. Naturalmente, mi padre. Sólo destacan sus caras, como en canasta de guillotina. El hombre, que es uno de mis tíos ya difuntos y que sólo conocí por foto, me acerca un microscopio y me pide que identifique la bacteria

que se ve en él. No puedo hacerlo. La veo pero no sé qué es eso que mis ojos registran. Me piden que lea lo que está escrito en el pizarrón. Puedo leer en voz alta esas palabras pero no entiendo qué dicen. Luego me piden que revise a una mujer sentada en un consultorio y haga un dictamen médico...

—Tú dices que la mujer está muerta pero ella, mientras checas su respiración, se carcajea. Se burla de ti macabramente.

—Exactamente, Felipe. Esa mujer muerta pero viva en mi sueño era Frida.

—Fresas silvestres. ¿Podemos seguir esta charla lejos de este tiradero?

—Pero claro.

Detienen un taxi y se suben. Felipe atrás, cargando la jaula repleta. Elio adelante.

—Pinche calor horrible que está haciendo —dice el taxista.

—Cinco cuadras adelante sobre esta —le responde Elio—. Nos deshacemos de esta jaula y vamos por un chamorro que se desnude del hueso y unas bien frías mientras vemos el juego del Atlas. ¿Te rifas o se te arruga? ¿Te abres? ¿Te pandeas? ¿Te doblas? ¿Te da culo? ¿Te tiemblan las chichis? ¡Llegamos!

Y se frena la unidad de golpe. Elio paga la cantidad, se despide ceremoniosamente del taxista y ayuda a Felipe a bajar con la peculiar carga. Están de pie enfrente de un domicilio atrás de metro División del Norte.

—Eres un obsesivo, Feli. Esa mamada que haces de limpiarte la cola hasta la sangre es idéntica a tu manía de verificar si cerraste o no la puerta del departamento, empujándola. Nada más estás provocando que se rompa el marco. Qué vas a hacer cuando rompas la

puerta. Tanto quieres estar seguro de que está cerrada que la estás abriendo. Va a salir carísimo arreglar ese pedo. Dudo que el arrendador lo pase por alto. ¿Crees que no me doy cuenta de que a veces ya estás a cuerdas de la casa y te regresas para verificar que sí esté cerrado? Te mamas, cabrón. Como con tu cola limpia. Hice una quiniela con Frida, para ver quién le atinaba a cuántas veces te limpias. Ella dijo que doce, yo que dieciséis. No me digas todavía, quiero ver si le entra más gente y se junta más lana. Espérame aquí. Escóndete detrás del árbol.

Elio le arrebató a Felipe la jaula llena con la esculturita rota, la basura del mercado, los huesos y las vísceras. Cruza la banqueta. Coloca la jaula en el suelo, a la entrada de una puerta. Toca el timbre varias veces en escasos cuatro segundos y corre de vuelta hasta detrás del tronco donde Felipe lo está esperando.

—Son catorce, pero extrañamente, del cuatro me salto al nueve, no puedo explicarlo.

—¿Recuerdas que hace rato te dije que “a lo que sigue”? Bueno, pues quiero que conozcas a Penélope.

La puerta del domicilio se abre. Una mujer rubia se asoma. Observa la jaula, pone un gesto grave, mira hacia ambos lados. Mete la jaula a su casa. Cierra la puerta.

—¿Y tú? ¿Qué has sabido tú de Frida? —pregunta Elio a Felipe.

—Absolutamente nada. Supongo que se regresó a su pueblo. Al pueblo de su madre, digo.

—¿Te la diste?

—No. Era tu vieja.

—Todas las viejas son de todos.

—Me debes un cubetazo campechano. El juego es a las seis.

—No. Espera. Falta lo más importante —y Elio saca del bolsillo un collar hecho de piedras. Largo y llamativo.

—¿Qué es eso?

—Un talismán contra brujería. Sospecho que a nuestra amiga le caería bien uno en este momento.

—¿Estás hablando en serio?

—¿El agua moja, amigo Felipe?

—No puedo contigo. Te espero en alguna cantina de por aquí. Te mando mensaje con la ubicación. Pero no me dejes plantado.

—Quédate aquí. No me tardo. Aprovecha para pensar en todo lo que has hecho mal en tu vida —dice Elio y va rumbo a la casa.

Poquito muerta (2)

Aquí Frida, de nuevo.

Te tengo, galanazo sin rostro, un hallazgo nuevo.

Dije que me encuentro en un desierto y que la arena frente a mí adopta las formas de las huellas de aquellos que la pisaron. ¿Estamos? Yo fui quien estuvo de pie encima de estos inmensos tramos de arena en esta playa sin mar. Cada uno de los pliegues y montículos en este desierto es la ausencia que dejé luego de estar. Estar, ese verbo que ahora me resulta incongruente, lejano, evanescente. Tengo frente a mí los ecos de toda mi breve vida, formados caóticamente acá y acá. Hay pisadas minúsculas, gateos y primeros pasos, zigzagueos jugando a las trais, trastabilleos que precedieron a caídas chuscas llenas de llanto, firmes marchas escolares en desfiles en los que perdí la infancia, desordenadas marcas de suela en

simulacros de temblor y breves avances en la fila del súper o del cajero automático. Sólo que en desorden.

Por ejemplo, ahí está el atajo que tomé la vez que varios de la escuela nos fuimos a perforar las lenguas al Bazar Perinorte. No teníamos ni trece años. Fuimos y a todos nos dio fiebre e hinchazón y nos la queríamos bajar con nieve de limón. Eso sí, llegamos bien ponedores a la escuela con nuestros *piercings*. Tenía una bola en ambas puntas y sabía a mil madres. No recuerdo por qué me la quité. Si me pides que saque la lengua todavía se alcanza a ver la cicatriz que dejó. Ándale, pídemle que te saque la lengua.

Allá estoy intercambiando ropa con mi hermano a escondidas: él con mi uniforme de colegiala, yo con su disfraz de zorrillo para el festival del inicio de la primavera. Teníamos a lo mucho nueve años. Llevábamos poco tiempo de ya no dormir en la misma habitación. En mi cuarto sí funcionaba el cerrojo de la puerta.

Allá estoy el día en que perdí la virginidad. Son esos huecos en la arena mis rodillas temblorosas y, esos pliegues en arena de mil colores, las palmas de mis manos y mis uñas haciendo jirones una sábana de por sí ya muy rota. Allá a la distancia estoy llorando en la fuente de los lobos en Coyoacán.

Delimitan aquella pendiente versiones de mí hablando trescientas veces por teléfono en trescientos días distintos. ¿Cuál era mi número? No lo recuerdo. Algo con muchos dos.

Allá estoy chambeando de artista urbana. Sacando lo del día a partir de mi talento inherente para permanecer inmóvil.

Allá estoy con mi madre viendo una película mexicana viejita en la tele. En blanco y negro. Los protagonistas con ropa hecha de mantel. Todos actuando acartonadamente con una dicción tan perfecta

como irreal y con mi madre alegre viéndola desde su sillón envuelto en plástico. “Ese actor es tal y ya se petateó. Esa actriz es tal y también ya se nos adelantó. Ese que le hace de cura tomaba leche con popote, ya Dios lo tiene en su santa gloria”... suenan, como voces internas, las palabras de mi madre señalando a los actores difuntos que aparecen en la televisión. Es una televisión gruesa y aparatosa, con pantalla panzona como embarazada de cuatro meses y con dos enormes perillas tiesas al lado. ¿Se acuerdan de eso? Con una cambiabas de canal y con la otra lo sintonizabas. Y cuando apagabas el televisor quedaba flotando una fantasmagórica mancha que parecía de aceite y latía hasta morir, disminuyéndose sin la posibilidad de tener forma de órgano del cuerpo o continente. “Uy, a ése le dio un paro cardíaco. Ella murió porque andaba metida en broncas con la mafia. Ése murió en el terremoto del ochenta y cinco...”.

Ya más huevoncita me fascinaba grabar videos musicales en *cassettes* vírgenes VHS. Es lo único en lo que gastaba mis domingos. Es decir, no mis días domingo sino el dinero que me daban mi madre. Compraba chingos de *cassettes* vírgenes. Y venían con una plantilla de estampas en las que yo escribía con un plumón que olía padre: “*Top Ten* en español”. “Rock en tu idioma”. “The Cure”. Guapos. Imagina tú con rotunda facilidad el resto de mi colección. Metía aquel bloque de anciana tecnología en la boca de un aparato reproductor de VHS y, control en mano, ponía *rec* y *stop* cada que era necesario. *Rec* cuando el videoclip musical me interesaba y *stop* cuando empezaban los comerciales o se trataba de alguna pendejada tipo U2 o canciones de *soundtracks*. Una no sabía que años después existiría internet. Yo sentía que me arrebatarían de las manos tanta cosa digna de ser almacenada. Era mi responsabilidad grabar

esos videos. Si yo no lo hacía, nadie más conservaría aquel desfile de canciones e historias. Era yo la guardiana de la memoria de la tribu. Y eso era hermoso.

Aquel sendero de pisadas corresponde a esos días infinitamente más sosegados, más tiernos y sedosos.

Ese caballo se murió hecho tacos. Ese viejito colgó los tenis por andar en malos pasos..., dice mi madre. Yo hubiera preferido que me cantara una canción que el tiempo ha oxidado.

Arrinconados o debajo de huellas de otros recuerdos, aparezco avanzando al lado de mis gavilanes por calles empedradas, siempre con rumbo a diminutas habitaciones de la desdicha. Mis gavilanes. Bola de chotos con sus penes tristes. Qué prisa tiene todo el mundo hoy en día para demostrar que es incapaz de simplemente estar bien. ¿Hoy en día?, dije. Me ato al tiempo como clavo en una pared sin decoraciones. A ellos los imagino en otras playas, formados por estaturas saludando a la bandera, tratando de lidiar con sus primeras erecciones, jugando tochito con un frutsi lleno de periódicos, intercambiando estampas repetidas del Mundial. No crecieron, los tarados. Nunca prefiero a uno de otro. Ésa es mi primera regla. Sólo hay una regla, de hecho, y es ésa. También los imagino como carátulas intercambiables de un reloj pulsera de esos noventeros. Están: la verde, la azul cielo, la fiusha, la de piel de cebra, la carátula que brilla en la oscuridad, el que escribe poemas, el que nunca se viene, el que llora, el que se carcajea como marrano.

Allá estoy agachada atándome las agujetas. En ese montículo rodeado de cicatrices de arena oscura cohabita cada vez que me di una ducha en regaderas ajenas. Lejos, muy lejos, alcanzo a verme a bordo de un avión, asustadísima; también me distingo comprando

un formato de currículum en la papelería, corriendo en el Parque de los Venados, veraneando en Acapulco. Y cada que una evocación se reafirma aparece encima de la huella que le corresponde una Frida que fui. Espectral y lánguida. Observo el panorama. En un pestañeo se llenó aquella quieta playa herida. Muégano de Fridas. Aprendí a fumar, me bajó por vez primera y me llevé a la boca un pene y una chela. Quizá no en ese orden. Me suscribí a la búsqueda de las dos cosas más vulgares que existen: el dinero y el amor. No fui feliz. Luego un poquito. Me hundo y me hundo y me hundo.

¡A quién quiero engañar!

Mi playa no está completa. Al lado de mí, en toda circunstancia, hay un hueco en la arena. Huellas sin cuerpo encima que las argumenten. Se trata de la presencia inopinada de mi hermano gemelo. Mi hermano: la noche sin prisas, repentina ñaña sin origen claro. Mi hermano, el dueño absoluto de mi recóndito lunar.

¡Despertad, leones de piedra!

El piso tiembla de tanta gente que pasa con maletas y Esteban oye a un niño de edad imprecisa describiendo pokémones a la par que es ignorado por sus padres. No se parece físicamente a ninguno de los dos. El niño mueve las manos y se agacha, muestra los dientes de mazorca y usa sus pulgares para representar colmillos o truenos. Todo él es una fauna fantástica. Moldea en el aire cuerpos de gusanos, gatos en dos patas y reptiles con descomunales lenguas amenazantes. Se cubre las orejas, se agacha, hinca sólo una rodilla, arroja saliva imaginaria por la boca, abre los brazos y pone ojos de orate mientras vuela reconociendo que sus alas poseen ahora látigos finamente dentados. Tiene la cara embarrada de protector solar. Esteban quisiera también ignorarlo, pero su voz chillona puede más que cualquier menú de bebidas.

—Una Indio —le dice al mesero más para deshacerse de él que porque tenga intención de beberse una cerveza.

—Su cuerpo es una bola y abajo hay otra bola y más abajo tiene garras afiladas así de grandes —grita el niño, adicto a ese estado alterado perpetuo que es la infancia.

—Aguanta. Te la pago de una vez —le indica Esteban al mesero, pasándole un billete de cincuenta.

Lúgubrementemente se hace de noche en Acapulco. Va pasando el ubicuo barco con foquitos titilantes que forman un corazón. Ese domingo termina el puente para la mayoría de la gente y los próximos cuatro días el hotel estará amenamente vacío. No va a extrañar los reguetones y las dinámicas de alberca, las lonjas de las muchachas en flor. A Esteban lo mandan a lo largo de las costas mexicanas realmente sólo para que entregue documentos y los lea en voz alta en juntas de tres horas que podrían durar quince minutos. Una vez las firmas están al calce en cada hoja, puede recostarse en la tumbona más lejos del mundo que el hotel ofrezca. Está harto de los club sándwiches, del *wake up call*, de dormir adentro de cubiles uniformemente amueblados y en las alturas. Odia las playas y el clima en ellas. Se quema disparejo, como si más bien el sol lo hubiera agarrado a cinturonzos. Sabe que su hermana siente picor en esas partes de piel que en su cuerpo no sufrieron afectación.

Entonces recuerda que Frida está en coma. ¡No! No es que lo recuerde, aquella circunstancia le cae de golpe. Es una capa que está encima de todas las cosas.

—Es como una mezcla de vampiro con gato —grita el niño sacando la lengua y dando vueltas en círculo mientras aletea—. ¡Y escupe veneno ultra poderoso!

Acapulco es un meadero, Esteban siempre lo odió, desde niño. A esta hora, cuando el sol arroja sus últimas niñas, es cuando todos los popotes de la costa se vuelven fluorescentes. Las cosas brillan tratando de darle sentido a la vida de los turistas que tarde o temprano tendrán que regresar a sus engrapadoras, patronos y embotellamientos. Nacos ensayos de esplendor, mamadas mal dadas, piensa Esteban. Sin embargo esa noche no hay vasos en las demás mesas. De golpe se fueron todos. Ya no sulfuran de verde las pajillas y el suelo dejó de sacudirse. En cambio, a la distancia, el cielo se quiebra como una hoja de papel y cinco segundos después un trueno ilumina el cielo negro y sin horizonte.

—Hay uno que es como una cantante de ópera con la cara negra y los pies negros y las manos negras. Cuando acumula poder grita y te da puntos porque los congela a todos —dice el chiquillo. La estruendosa furia de dios ni siquiera llamó su atención.

Es verdad que a los hermanos gemelos los conectan vasos comunicantes más bien perversos. Desde que Frida quedó en coma, Esteban siente que su corazón es un solemne león de piedra. Todos sus zapatos se volvieron el par izquierdo, su propia sombra lo espanta. Aseándose los dientes escupe espuma con dentífrico y agua, se queda viendo aquel acopio en el canal curvo del lavamanos. ¿Qué es eso ahí? No se reconoce creador de tal escupida que se escurre lentamente hasta el caño dejando a su paso un perfecto hilito de sangre. Otro trueno se fractura a sí mismo en los mapas del cielo. Es una raíz de luz, una herida y un majestuoso nudo que se desata frente a nuestros ojos, jalado con fiereza por ambos extremos. Los focos se funden por unos minutos y sólo permanece el corazón hecho de foquitos flotando a la distancia, moviéndose lenta

y desesperantemente. El niño de los pokemones aúlla, pero sigue siendo parte de su juego. Regresa la electricidad y su madre es pillada a medio coscorrón. La amenaza de una erección ataca a Esteban, esa presión ocre y contumaz en la base de la verga de la que no hay escapatoria. Ah, porque desde que Frida está en coma es como si el vigor se le hubiera remachado. Su sangre está inquieta y tupida. También los hipos y estornudos son impares. Esteban siente que besa con amor los dedos de una mano que en ese momento está desatando un nudo. Quizá con demasiada demora, la cerveza llega a su mesa.

—Una lechuga enojada que le hace así... y tiene ojos en los pies y gruñe como lobo. Y cuando se enoja se pone anaranjado.

No se bebe la cerveza. De la misma forma en que compra boletos del cine pero no entra a la sala. Adquirió un caro suéter en descuento y no le ha quitado las etiquetas, vaya, no sabe si es de su talla o siquiera si es de varón. Se pone de pie y se da cuenta de que exuda copiosamente. Hace cosas sin pensar. Lo tortura una súbita división de su cuerpo: piel empapada y piel seca. Se pone de pie (¿no lo había hecho ya?) y abandona el hotel a pasos agigantados que más bien son cortitos pero, a fin de cuentas, conducen. Alguien le grita. Una bella y rígida mujer de las que atienden la recepción. Le comenta con su peculiar tono costeño que se pronostica una lluvia. Hay tormenta tropical. Un fenómeno climatológico con nombre de dama. Si insiste en salir al malecón, el hotel insiste aún más en que se lleve por lo menos un paraguas. Su erección es muy evidente. Toma del mango la sombrilla. A los pocos pasos llega a la zona de discotecas. Avanza entre escándalos que se besan usando la lengua. Canciones a todo volumen adentro de bares vacíos. Todas las lucecitas

de colores disponibles están encendidas y viajando por mesas sin vida. Le ofrecen putas cada diez pasos. Drogas cada quince. Y putos cada veinte. Se mete a McDonald's pero le dicen que ya no hay servicio. De todas maneras el súbito antojo de nuggets ha desaparecido. Cuando regresa a la calle ya chispea. Suena su teléfono. Es su esposa. Se ponen al corriente. ¿En qué momento el amor se transforma en una constante fiscalización de breves informes noticiosos? Lluve, ya cenó, mañana se regresa, salió a estirar las piernas. Ella ya está en cama, cenó quizá demasiado pero mañana irá al *gym*, verá una serie en la compu. De la erección de Esteban sólo queda la pegajosa sensación de poseer colgajo, algo fiel que se acomoda allá en medio, replegándose. Se despiden tronando un beso en la bocina. El agua atascada en sus chanclas anuncia su presencia en un tramo oscuro de calle desolada, ¿son pasos o signos de interrogación sin cerrar? Entra a un local de *table dance*, también con nombre de dama. Lo recibe un enano. Le ofrece un líquido que parece anticongelante dentro de un matraz. Lo bebe de un golpe, arde la chingadera esa. Paga el *cover*. Adentro: mujeres con brasieres beige se tapan ahí nomás sus bultitos. Ninguna trae calzones. Ninguna está rasurada. Acapulco es un congal. ¿Cómo puede alguien anhelar venir aquí un par de días huyendo de la ciudad?, piensa Esteban. Hay más encueradas que clientes. Una mujer postrada en cuatro sobre una mesa recibe los dedos de tres costños en el ano. Un cuarto le acaricia las tetas. Esteban toma asiento dándole la espalda a ese grupo. Observa la tarima. Dos mujeres se desnudan mientras suena el final de la canción de *Armageddon* y el principio de *Un hombre busca una mujer*. Un mesero malencarado le pregunta que si no quiere bañar a la Princesa Leia. Se trata de una mujer con chongos que se unge crema batida

para que la asees tú en una regadera privada. Esteban dice que no. Le insisten rebajando el precio. No, recalca. Siente sus garras de piedra inermes al centro del pecho. Pide un ron que sabe a trapo. Observa por quince minutos a una prieta caderona con los pezones más grandes que los senos. Hace complicados malabares en un rígido tubo que sostiene al mundo entero. Que cada quien sea Sísifo a su manera. Su vagina parece una ranura. Él aprieta los párpados para observar más a detalle. Desde que Frida está en coma asegura que necesita una nueva graduación de lentes, siente que en las fotos que nadie está tomando saldría con ojos rojos.

En el espacio entre canción y canción se escucha el aguacero afuera. La casa de citas bajo la lluvia. Los costeños de atrás comienzan a pelearse entre sí. Un vaso cae al suelo. Suena un corrido sobre asesinatos. Lentamente Esteban abandona el lugar, el suelo está pegajoso. Le quieren cobrar un extra porque no estuvo ni quince minutos adentro. Siente que le hablan en inglés, que alguien lo está soñando, que lleva horas en esa letrina. Le da una propina injusta al enano, ahora un adulto fornido, y abandona el sitio. Una mujer, adentro de una gabardina, lo toma del brazo y camina a su lado. Que a dónde la va a llevar. Que si quiere matar el chango a puñaladas. Que tiene perrito y no muerde. Que si le interesa pueden invitar a una amiga. O a un amigo. Él, amable, se suelta y le dice que no, piensa en lo bajo que ha caído el discurso de Eva después de hablar con la serpiente. Están a unos pasos de donde inicia el aguacero, si acaso es posible determinar eso. Nunca soltó el paraguas del hotel, lo empuña como si fuera un arma. La puta se cuelga de su brazo, se saca una teta y hace un amago de acariciarle la entrepierna. Él le dice que no de nuevo, esta vez categóricamente. Ella se

aleja diciendo groserías. No lo baja de mariposo. Esteban no abre el paraguas. Es como si se le hubiera olvidado para qué sirve un paraguas. En cambio camina veloz bajo la lluvia y hasta un techo que, a la distancia, se le presenta prodigioso. Atraviesa un estacionamiento y se guarece en una taquería abandonada. Observa los relámpagos en el cielo. La lluvia no deja espacio sin gota. Hace calor a pesar de todo.

No existe el negro perfecto. Incluso cuando cerramos los ojos lo que vemos es una irrepetible colección de luces recientes, rescoldos de foco. Sin embargo ese tramo de noche que Esteban tiene enfrente es más oscuro que la oscuridad. Y danza. Es un hueco inquieto, el efecto óptico lo propicia la lluvia, cada gotazo hace las veces de un contorno. Primero parecen jorobas pero después es muy evidente que son mohines de sufrimiento. Demonios de agua develando su secreto rostro de dolor. Y ese rictus es el de reírse en silencio. Dientes que se tuercen macabramente, alas rotas, piel cacariza y genitales desproporcionados. Un niño los está describiendo, fascinado. Esteban observa pasmado aquel espectáculo. Suena el ruido lejano pero omnipresente de la noche acapulqueña. Una vez más, un trueno ilumina todo y el chubasco redobla rencores. La lluvia es un centro sin contorno hasta que aparece a lo lejos un bulto aproximándose. Alguien que corre con dirección a donde Esteban se refugia.

Es una mujer. Corre como si trajera un grillete atado al tobillo.

Llega hasta el techo y, empapada, llora. Esteban la mira. Piensa que se trata de otra mujerzuela. Truenan cosas enormes en el cielo. Otro conato de erección acontece. La mujer gime desesperada, hipa y clama usando sus dedos como si fueran clínex. Tiene los brazos descubiertos y llenos de estrías de agua. Esteban piensa en preguntarle si está bien. La mira de soslayo. Entonces descubre el abultado

vientre en la mujer. Está embarazada. Toda de negro en un vestido pegadísimo que la lluvia vuelve membrana estorbosa. Recarga el cuerpo entero en la pared y se inclina apoyando ambas manos en las rodillas. De su cabello escurre agua de lluvia.

—¿Estás bien? —le pregunta Esteban. Su vestido es hermoso, piensa.

Ella gimotea. No lo toma en cuenta. Grita quedito después. La panza es enorme. El corazón de nuestro gemelo está hecho de foquitos que alguien observa desde la orilla. Debajo de la tormenta, las metáforas más sofisticadas lucen como temblorosas existencias con frío, monstruos que un chico torna bellos al describirlos. Esteban piensa que sería bueno ofrecerle su paraguas. Recuerda que Frida está en coma. Abre el instrumento y, bajo su socorro de mínimo gajo, se aleja casi trotando. No sin antes gritar con ambos puños cerrados y abusando de una perfecta elocución.

—Entonces muérete, puto gargajo de mierda.

Ella lo supo. Aquel desconocido acababa de ofender al bebé en su vientre.

Gato llamado Abril

¿Ya viste, Dios es una tachuela?, dice Esteban en voz alta aprovechando el hueco de silencio entre una canción y otra. Ambas son rolas norteñas de balaceras y turismo. Al silencio lo estropea el murmullo de gente departiendo y los cascos chocando en ambiguos brindis. La pelirroja falsa hace cara de ¿eh? y continúa tratando de resolver el enigma vertical de una bragueta. Dios es una tachuela, repite Esteban señalando con todo el rostro al muro que los oculta del resto de parroquianos. Ahí, en esa pared, colgando de una tachuela amarilla está un rompecabezas ya armado y enmarcado de la afamada pintura de la Torre de Babel que todos tenemos en mente cuando imaginamos una afamada pintura de la Torre de Babel. Debido a que ya le faltan piezas a la imagen, da la alegre impresión de que la furia del dios del Antiguo Testamento ha

comenzado a poner de rodillas a la más ambiciosa de todas las edificaciones humanas. Por cierto, uno de los momentos favoritos de la historia humana de Esteban.

What?, le dice la pelirroja falsa y alza el rostro. Su cara está caricariza, empanizada en maquillaje y adornos que brillan tristes. Fea como escupir en misa, la morra. Están apartados de la comitiva, en una parte de la casa jamás concluida. No hay techo y al cielo de las doce lo rasguñan sensualmente las siluetas flacuchas de diferentes varillas con artritis. Esteban siente frío en el pájaro. No escuchó el sonido del cierre en su prometedor descenso porque de la nada retumbó la canción que sigue. Unos dedos ansiosos buscan por dónde disponer de su erección de sangre. Pero él no siente que aquel pene sea suyo del todo. La sensación de que su cuerpo no le pertenece se ha ido agravando. Resopla innecesariamente y enciende su teléfono para tomarle una foto al rompecabezas. Cuesta mucho trabajo enfocar la chingadera esa. Un flashazo ilumina de rebote su rostro abotagado por tanto bacanora sabor a escupitajo de muerto. Ve aún más lucecitas. Alcanza a notar que tiene llamadas perdidas de su mujer. Mañana no va a acordarse cómo llegó ahí. Cuando publicó hace unos días en su cuenta de Facebook que iría a Hermosillo alguien le comentó que no fuera a donde el Emilio, que aquello era una trampa.

¡Vamos a donde el Emilio!, les dijo apenas hace unas horas a sus acompañantes abogados hoteleros. Ahí están ellos adentro chocando caguamas porque la junta de semestre fue un éxito y acá está él, con un travesti queriéndosela mamar. No le encuentra rendija al calzón porque se lo puso al revés. Hombre prevenido vale por dos, masculla. Tampoco es que tenga muchas ganas de serle fiel

a su esposa. Desde hace ocho meses supera un disgusto pasajero por la vida. Frida en coma subrayó aún más tal pesar. Bebe, alborota, se mete a tugurios buscando algo que no comprende. La nueva canción también es de amenazas y capos chingones a los que se la pelamos todos los demás. Le dice a la ruca que ahí muere. Ella no insiste. Se pone de pie y ambos recuerdan lo alta que es ella. Le saca una cabeza. Ríe internamente porque eso es justamente lo que no hizo: sacarle una cabeza. Los únicos albures que le gustan son los que se monologan. Ella, o él, se va por donde vino. Crujen varias latas de cerveza a sus pies y conforme su perfume acre se disuelve aparecen más y más nubes de insectos sonorenses.

Acaricia la tachuela amagando con arrancarla. Pero no lo hace. O, si lo hace, el rompecabezas no se viene abajo. Los estrobos más arrojados y animosos llegan hasta donde él permanece apendado. Por segundos una luz color caramelo le ilumina el pecho y luego ilumina el piso y luego ilumina una víscera de edificio y luego reaparece en su brazo haciendo titilantes parábolas. Se dijo “piso” pero no hay piso. Al menos en esa sección de la casona. Sólo existe un camino perfectamente zanjado hecho con latas de cerveza tan vacías como premiosas. No raspan los hociquitos abiertos de las latas, están perfectamente lijadas por el ir y venir de sabrá Dios cuántos ebrios buscando dónde se las mamen subrepticamente. Latas y latas de cheve aplastadas unas encima de las otras como un bosque en otoño o los muertos alrededor de las putas murallas de Troya.

No quiere regresar a la mesa con sus *coworkers*. Todos están siempre a punto de palmearle la espalda y hacerle imbéciles péssimos o aparentes muestras de compañerismo y apoyo. ¿Pésames? ¡Su hermana no ha muerto! Él decidió no cancelar su asistencia a

los viajes de chamba porque pensó que así se distraería un poco. Distraído está, pero eso no aminora el dolor ni un tantito. Avanza torpemente hasta llegar a un lugar donde ya hay cemento bajo sus pies. Aunque en ese sitio los umbrales más bien son de escándalo musical. Los narcocorridos desaparecen dando prioridad a un reguetón facilote lleno de metáforas majaderas, ver en todo un soso machihembrado. A su izquierda hay una puerta de tela que atraviesa casi soplándole. Se topa con una sala. En la mesa principal tres comadritas están desempachando a un bebé. Lo ignoran. Un hombre panzón mira una tele inmensa empotrada en una esquina. Resúmenes de beis. Hay gente viviendo ahí a la par que en las demás habitaciones se compra coca y chelas o se baila buscando acabar la noche a besos. En un sillón al fondo una mujer con las tetas de fuera le hace piojito a un hombre. Dos parejas bailan abrazadas al centro de la pieza, nada vulgar ni que simule un coito. Los muebles son elegantes y antiguos, como los que usan los expresidentes en las fotos que les hicieron aún en gloria. Un perico sin jaula duerme enfrente de un ventilador encendido a la mínima potencia. A Esteban le suda la nuca hasta gotear, pero se siente fresco. Tiene sueño pero está despiertísimo. Anda tranquilo pero se siente herido. Parece vieja en sus días, medita. Quisiera tener una cerveza en la mano. Va hacia un refrigerador lleno de imanes con vida propia que probablemente sean insectos. Un anciano tembloroso y desdentado le cobra. Cambian de manos un billete azul hecho bolita. Como la gente de Sonora desayuna, come y cena carne, tienen los dientes groseramente podridos y valiendo madres. Son adorables, gente del desierto loca de tanto sol. Todos se conocen las verijas o al menos actúan como si así fuera. Y ya sin la manía de estarse comparando

misterios, simplemente siguen con su vida medio encabronados y medio jugándole a que son inmortales, o peor aún: extras en una peli que no sobrevivió a la transición entre VHS y DVD. A unas horas de ahí está donde se desarrolló el desenlace de *Los detectives salvajes*. Esteban le da un sorbo leve a su cerveza. La espuma sube en chinga, le cosquillea la nariz y él aparta el envase para que se vierta. El anciano se ríe de Esteban sin intentar siquiera aplacar el telele en sus manos. Le quedan las manos pegajosas.

Sabrán la chingada en qué momento se alargaron los envases de cerveza para que les embutieran más contenido neto. Por lo menos no se le derramó todo el líquido. Espeso, le sabe a que no es dorado. Le deja un regusto a moneda pasada por demasiadas manos. Quisiera que fuera posible asearse la lengua con la misma facilidad con que se saca un moco. Aunque está en una sala hay en las paredes, de por sí con manchas de humedad y decoradas con cortinas más raídas que un palíndromo, grafitis poco profesionales y pósteres descascarados de conciertos de hace cuatro años. Forman cicatriz. Sonríe como un imbécil para que la gente en la sala lo sienta uno de ellos. Apesta a defeño pero ellos sencillamente lo ignoran. Nota los ladrillos de mercancía en las mesas, dispuestos libremente como si fueran tan ornamentales como una chambrita o tapones de bolígrafos extraviados. Quisiera morderse un dedo hasta la sangre. No llegan hasta esa pieza las luces de los estobos, quizá no se atreven. Todo es luminoso y por lo mismo apabullante. Las cosas simplemente pasan enfrente de Esteban. Los del piojito ahora fajan, puede ver sus uñas sucias y sus calzones. El ojo le brinca. El bebé eructa y sueña, las tres mujeres compiten por llevarlo a un cunero que no está a la vista. El anciano revisa a contraluz los hologramas

del que fuera billete de Esteban. El perico está disecado. Frida está en coma. Hay trenzas de cabello real colgando del techo y una niña lo observa desde lejos.

No sabe su nombre.

Tampoco sabe el nombre de nadie ahí.

A Esteban le da gusto que aquella escuincla no sepa que él sólo es la mitad de una ecuación.

La llama con la mano. Ella le llama con la suya. En medio, las parejas que bailan cambian de ritmo, hechizadas por una canción cuyo idioma él no consigue descifrar. Los focos bajan de intensidad. En general todo Hermosillo está iluminado con las nalgas. Un barniz sobre las cosas las vuelve lentas, con horizontes menos amplios y detalladas hasta lo grotesco: como un pezón que sufre frío. Atraviesa la sala hipnotizado. Se acuclilla y saluda a la niña con un ademán infantil, endureciendo su rostro. Nunca ha sido bueno calculando edades. La chiquilla le pregunta al oído que si en su casa tiene jardín. Su voz parece recién desempacada, nueva, ya sin moños. Le dice que sí doblando tres veces el dedo índice. Ella le indica que la espere un momento uniendo el dedo índice con el pulgar. Esteban se incorpora en el momento mismo en que sus compañeros de la oficina aparecen. Lo arrastran consigo hasta el cubículo donde la fiesta ocurre. Palmean su espalda, le hacen caricias en la nuca. Celebran el convenio con el grupo hotelero del desierto. Dedos picándole las costillas, manos que lo despeinan, raudos golpes confianzudos en los huevos ante la posibilidad de estar nomás pichando el chupe. Le destapan más cheve de la que es capaz de beber en tan corto tiempo. Sorbe Bacanora. Transforma un moderado menear de hombros en un baile sin esperanza ni mucho menos ritmo. Le preguntan que

qué quiere oír, que si eso está bien. Es música electrónica, más bien el malestar estomacal de un robot rodeado de tambores. El sitio se vuelve más lúgubre, más descascarado, más derruido, menos nítido. Sus compañeros son bultos de oscuridad que anhelan volverse silueta. Los estrobos les definen una sonrisa, un ojo, una mano que señala vacíos, camisas ya transparentes por tanto sudar norte. No diferencia cuál de ellos es el que le declaró su amor en la fiesta de fin de año. Como si estuvieran en una boda y sonara el *Payaso de rodeo*, de repente todos tienen sombreros vaqueros y la pelirroja falsa ha reaparecido. Ve que alguien le paga por la mamada que no le proporcionó. Se abrazan alegres los abogados.

Esteban va al cuarto en que es cívico mear. Aguantándose la respiración cuenta hasta treinta. El chisguete, por ahí del veintiuno, hace que le duelan las muelas de hasta atrás. Otro corto circuito en su organismo de aparición reciente. A veces cuando está excitado le brinca el ojo. A veces morderse los dedos lo relaja. Sale del baño culebreando el cinturón. De pie en la alfombra de latas está la niñita de hace rato. Brilla. Tiene en las manos una caja de zapatos deportivos.

Quita la tapa, que es de otra caja y no embona. Descubre Esteban adentro a un gato muerto. Sólo al ver a un minino sin vida entiende uno cómo es que entran en los resquicios más insospechados. La cabeza se vuelve inmensa en comparación con su cuerpecito de trapo seco, manejable y etéreo como cola de cometa. No huele mal. Sigue luciendo adorable y si en vez de ambos ojos clausurados tuviera dos perfectos taches, pensaría Esteban que se trata de un juguete. Gato todo blanco sin manchas de ningún género. Es como si sus bigotes aún poseyeran vida, su cola sobra, está de más: jirón reducido. De nuevo se acuclilla como en misa. El equilibrio le

falla. Está, vaya, muy pedo. Trae las micas de los lentes puercas de tanto llanto.

Le dice a la niña que promete enterrar a la mascota en un jardín siempre y cuando ella rece por el alma de su hermana. Le muestra una foto de Frida que usa como fondo de pantalla en el teléfono celular. Frida y su vestido de flores. Fotografía tomada la noche con prisas. La niña mira el retrato y luego mira a Esteban.

Le dice que sí con su dedo. Luego abre la mano y se la lleva a la altura del corazón, sellando así un pacto que Esteban no cumple porque quién sabe en qué condiciones abandona el lugar. Sólo recuerda que en el taxi siguen bebiendo y canturreando y que antes de dormir prende la tele para, según él, ver una película. Los primeros rayos de sol de un jueves en Hermosillo penetran maliciosamente por entre las cortinas, como si fueran viento helado. Es la calefacción. Dejó todo el día esa chingadera encendida. Presiona un botón y se desnuda con rabia. Mañana en el avión empezará la gripa, lo prevé. Se queda dormido cuando el día apenas principia.

Tolera un sueño sin imágenes. La argamasa de tales vacíos es Frida torturando perros cuando apenas eran unos chamacos. El león de piedra sigue cautivo.

Lo despiertan sus propias flatulencias, ese despertador inclemente. Abre los ojos poco a poco, huyendo de algo. Está en un cuarto que no es su hogar, a la distancia rechina el elevador en eterna diligencia y es como si aquel vehículo estuviera adentro de su cabeza. Le toma tres segundos recordar el viaje de trabajo, la peda en el lugar clandestino, al horrendo Hermosillo bello de noche. Es una bendición no amanecer al lado de la pelirroja falsa, piensa, anudadas sus piernas en las sábanas. Evoca a Frida, hacinada a una cama

donde ni siquiera caben bien sus pies. No le ha caído aún el veinte. La jaqueca borra todo de golpe. Busca sus gafas en el buró. Quizá, más que una nueva graduación, ya no las necesita. Milagrosamente están sus ojos curados. Luego toma su teléfono. El mundo yace adentro de él, también atrapado en un rectángulo ínfimo. Ignora un par de mensajes de trabajo, notificaciones en redes sociales dignas de ser ignoradas, un correo electrónico con fotos de la junta de hace ya un mes en Acapulco. Ve las fotos que tomó ayer: fueras de foco y festivos retratos de grupo, sí, con ojos rojos. También los vasos son rojos.

Sobresale un video de quince segundos, grabado en cámara lenta, en el que un gato sale volando por la ventana de un auto en movimiento. Se escuchan las carcajadas de sus *coworkers* distorsionadas por el efecto ralenti.

Pasan de las doce del día. Tiene que abordar un avión a las seis de la tarde. Como una flor de Coleridge, la caja de zapatos lo mira desde el escritorio de la habitación de hotel. Nota que tiene escrito en uno de sus paneles el nombre Abril todo en mayúsculas y con trazos quebrados e infantiles.

Grita una majadería y se viste.

Cinco pasos afuera y ya está empapado. El sol allá hace más evidente su resignada condición de estrella distante colgando los tenis. No hay nadie en la calle, que es larga y va a dar a altísimos letreros de negocios, siempre distantes pero formados como un necio *déjà vu*. Oxxo, Seven Eleven, una gasolinera, un Burger King, un Starbucks, un local de camionetas, un banco y luego otro Oxxo, seguido de un Seven Eleven y una gasolinera... así hasta llegar a Estados Unidos, donde a la procesión se suman restaurantes mexicanos agringados.

Taco Cabana, Taco Bell, Taquerías Arandas. No hay peor infierno que una interminable línea recta. La ciudad se divide en dos: sitios con sombra y sitios sin sombra. Pero en ambos la resolana reina. En las ciudades del norte sencillamente no existe el concepto: peatón. Por eso los semáforos están siempre en amarillo. Cruzarse de banqueta es atravesar una carretera en la que súbitamente pueden aparecer sendas camionetas echando balazos mientras juegan carreritas.

El cielo está abierto pero a lo menso, mal pintado. Es en el atardecer cuando el cielo sonoreño se pone sus mejores garras, tornasoles y deslavadas como mancha de aceite. Esteban busca un gato muerto entre la basura de las esquinas. Busca un gato destripado y hecho tortilla en el pavimento del camino. No hay nada. El dolor de cabeza no se le quita. Compra un Gatorade y aspirinas y come un par de tacos que saben a gloria mientras revisa el video en el que arrojó a Abril por la ventana de un auto en movimiento. Era hembra el gato. En la grabación se alcanza a ver un edificio enorme pintado de rosa. Le hace la parada a un taxi y le muestra la imagen congelada al conductor. Es el hotel Araiza ahí a cinco minutos, afirma el chofer. Pasados los cuales, andan los dos buscando por todos lados el cadáver del gato. Nada de gato. Sólo latas de chela, botellas de cheve, bolsas de plástico llenas de agua que fue hielo, arillos olímpicos de los *six pack*, anforitas vacías, botellas de refresco ahora llenas de meada.

Hermosillo.

Población: chingo de crudos conectándola.

Le dice al taxista que si lo lleva *a donde Emilio*, al centro. No conoce, pero el mai sugiere que si se trata de conseguir un gato muerto, él le vende uno. ¿No lo prefiere chimuelo? Un gato chimuelo

para que se la chupe, le dice, riendo con su sonrisa sin la mitad de los dientes. La ironía es aplastante. Fuera de guasa, afirma el chofer, ¿quiere un minino fallecido?, le mando a traer uno. Sin que Esteban responda afirmativamente, aquel hace una llamada y le dice que en quince llega su gato muerto.

No hemos superado aún la caída de la Torre de Babel, medita Esteban sentadito en la parte de atrás de la unidad. El guía le sube el volumen a la radio. Una canción, ajá, de masacres y amenazas. Le pide que le cambie de estación y sale peor. Trata de ignorar una enumeración de mujeres ejecutadas, rematadamente musicalizada. Aquella monstruosidad rima envidiablemente. Mira Esteban el paisaje por la ventana. Nubes que distienden sus peinados con una libertad también envidiable. Piensa que Dios es una tachuela que a la mera hora no sostiene nada.

Regresan al hotel donde se está hospedando. El taxista le baja el volumen a la radio y se estaciona. Le dice que Hermosillo ha crecido mucho, unas quince cuadras desde ahí donde están ahora. Le seguimos llamando la zona vieja, agrega y remata, acá todo es lento y transpira. Un hombre golpea sorpresivamente el vidrio con la punta de unas llaves. No se asustan ante tal aparición. El chofer baja la ventana y, junto con el calor, entra al auto un gato muy bello, aunque sucio y rubio. Cariñoso se agazapa entre las piernas de Esteban. Le acaricia el lomo y siente sus órganos vibrar en su mano.

Pero lo necesito muerto, reclama.

Eso se arregla fácil, chilango; le dice el chofer.

El hombre de afuera se lleva de nuevo al gato.

Se llamará Mayo, decide Esteban, como el mes.

Apenas se lo traigan ya sin vida subirá a su habitación y lo enterrará en la maceta que está en el balcón, usará como pala la que viene en la cubeta de los hielos. No tiene jardín en su hogar, pero ahora que lo piensa tampoco tiene hogar. Huérfano de todo, gemelo incompleto. Piensa que no fijaron un precio por tantas molestias que se están tomando aquellos dos hombres brutales curtidos por canículas antológicas. ¡Pinches ciudades semicivilizadas sin taxímetros! A la par piensa en la niña sin nombre rezando febrilmente por la salvación del alma de su preciosa hermana melliza.

La segunda noche sin prisas

—¿Qué tanto miras? ¿Se alcanza a ver el mar? —pregunta Esteban.

—Uy, sí. vasto y azulote. Bien picado, como te gusta.

—Dime.

—Se ve Río Churubusco. ¿Te sirve?

—¿Cenaste payaso?

—Cené payaso y me bañé en confetis. No sabes ni dónde andas, querido. Ciudad Satélite, para tu información. Están haciendo una película en el callejón de aquí al lado.

—Por eso tanto escándalo.

—Mira quién lo dice. Estabas hablando dormido. Otra vez.

—Extraño mi cama. Extraño mis almohadas. Estoy harto de dormir en hoteles.

—Lo cual carece de sentido. Tú fuiste el que insistió en venir hasta este hotel en específico, con todo y que nos queda del otro lado de la ciudad.

—Huele de la chingada.

—Ahí anda el pinche pulpo que pediste para llevar. Apenas si lo probaste. Eso sí, del whisky dejaste un chorrito.

—¿Qué filman?

—No alcanzo a ver bien. Una mujer es rodeada por cuatro hombres. No veo dónde está la cámara. Puras luces.

—¿Qué hora es?

—Dos de la madrugada. Casi las tres.

—Debajo de ese foco verde pareces la bruja mala del Mago de Oz —dice Esteban y se estira, dándole la espalda a su interlocutor. A su bostezo lo acompaña un carraspeo al final.

—Uy, la mujer corre y ellos la persiguen. Están ensayando. Ella anda muy destapada. Le va a dar gripa.

—Verga. Acabas de envejecer diez años de madrazo con ese comentario. ¿No vas a venir a la cama?

—No, te portaste muy mal anoche. No ha dejado de vibrar tu teléfono toda la madrugada.

—Ven a dormir. O no hagas ruido, mejor. Mañana viajo a Campeche.

—Tráeme un souvenir.

—Te voy a traer pura riata.

—Bueno.

—Cabrón. No te humilles.

—Aunque ya es tardísimo, está la calle llena de vecinos chismosos. Ahí andan nomás viendo qué ven. No reconozco a nadie famoso.

—¿Por qué tengo un trapo alrededor de mi mano? —pregunta Esteban.

—Ay, chiquito, eres bien mala copa. Rompiste de un puñetazo el cuadro ese quesque porque lo habían cambiado y no era el de los unicornios o no sé qué. Tus fetiches con este hotel tan gacho me parecerían incluso atractivos de no ser por...

—Es un hotel. Todos los hoteles son la misma mugre a menos que creas en fantasmas.

—¿No te acuerdas, verdad, Esteban?

—¿De qué?

—De lo que me contaste anoche.

—Es mentira. No intenté quitarme la vida con mi hermana en este hotel. ¿Eso te dije ya pedo?

—Y que me amabas.

—Quedamos en que no te ibas a humillar.

—Okay, qué enojón. No insisto. Tampoco es que me quite el sueño, eh.

—Ah, pero la filmación de una película sí. Cierra la cortina, apaga la tele, deja en paz mi teléfono, ven a la cama. Eres un hombre orquesta, me cae.

—Me quedé sin pila en mi teléfono. Quiero tomar fotos de la filmación, qué tal que es una película importante.

—Para qué chingados dejas la tele prendida sin volumen. Pareces loco viendo pornografía y lo que pasa en la calle al mismo tiempo.

—¿Y por qué no se murieron?

—¡Pinche escándalo!

—Te molesta la tele en *mute*, te molesta el ruido de la calle. Eres un malcontento. ¿Y la respuesta a mi pregunta?

—Sí nos morimos. Los dos.

—¿Cómo está tu hermana? Nunca quieres hablar de eso.

—No quiero hablar de eso.

—Los cuatro hombres rodean a la chica, uno de ellos le pone el pie y ella cae al suelo. No están usando dobles, Esteban. Hasta acá se escuchó el guamazo.

—De repente te volviste experto en producción cinematográfica.

—Le están rompiendo la ropa. Uno trae un cuchillo. A leguas se ve que es de a mentis. ¡Cállate! La van a violar, qué pedo con esto. Ven a ver.

—No fue en esta habitación. Fue en la 208. Pero todas son idénticas. Nos dieron la doscientos ocho esa vez.

—¿Entonces para qué rompiste el cuadro?

—¿Uh?

—Era obvio que en esta habitación no iba a estar el cuadro que te puso tan de malas anoche.

—No sé qué pedo. Dicen que Campeche está bonito.

—Y ahora están todos sonriendo a carcajadas. Incluyendo a la chica. Seguro es cine de arte.

—Ya tiene rato que no sé qué pedo... —dice Esteban. Toma su teléfono y ve que tiene varios mensajes desde el teléfono de Frida. Ese nombre en la pantalla luminosa. Cierra los ojos. Pero siente que siguen abiertos. Tres o cuatro minutos después la ronca voz reaparece.

—Uy, se me antojó el café que les están repartiendo.

Quién sabe si Esteban esté dormido o sólo fingiendo sutil respiración.

Ataúd hecho con libreros

Hay un momento en que la ingesta concatenada de alcohol transforma al mundo en uno de esos chistes que empiezan así: “Ahí tienes que van el papa, el presidente de Estados Unidos, el presidente de México, Gokú y Drácula...”.

Felipe está entablado. Por más que beba no se emborrachará. Hasta en la peda impera el azar y no se puede culpar a nadie. Sólo pasa. Frágil vasija, el cuerpo. La piel se le enchina sin razón, la pátina de mugre en los focos se hace más evidente sobre las cosas del mundo y un marco de algodones rodea su mirada, idéntico a cuando alguien evoca el pasado en la tele. Siente un detallado escalofrío que viaja por sus antebrazos y hasta la punta de sus dedos en lento éxodo. Pero su piel no se enchina. Hoy a su cuerpo lo gobiernan sensibilidades de antier. No estar ni crudo ni borracho, ser la

reminiscencia de Dios sabe qué circunstancia previa al nacimiento y posterior a la muerte. Naces, creces, te reproduces y mueres, le dijeron en la escuela y —ya se dijo— por haber memorizado esa ecuación se sacó diez de calificación. ¿Dónde en esa álgebra entra quedarse en coma? Naturalmente tiene miedo. Está demasiado consciente del vuelo escabroso de las moscas seduciéndose, de las confabulaciones que ocurren en las otras mesas, de los espejos que rebotan la realidad como rechazándola.

—Otro trago Monterrey para la señorita —grita Elio, ceremonioso y de pie.

Para Elio, una mesa de cantina sobre la que bebe de inmediato se vuelve una república que él preside. Una nación con sus propios himnos y enemigos, conquistas y límites geográficos, fiestas vernaculares y héroes patrios. Un pequeño país con su platito de limones, sus cordilleras de botana, los redondeles fantasmales de los vasos que sus antepasados ahí colocaron, ruinas sobre las que se puede construir un imperio propio. Debe haber suficientes servilletas en caso de un accidente digestivo y, por ley, mirar de reojo la tele no debe implicar torcer el cuello. Su terruño no debe estar debajo de la escotilla del aire acondicionado ni cerca del extinguidor. También odia los manteles de papel con anuncios publicitarios o idiotas fotos de la botana disponible. Habla muy mal de una persona comer un chamorro encima del retrato de unos romeritos. Es el tipo de detalles mínimos, piensa Elio, que remacharon la inmensa insatisfacción que nos heredaron nuestros padres. ¿Lo piensa o lo dice?

—...Una inmensa insatisfacción de la que no podemos desembarazarnos. Cada vez queremos ganar más dinero, tener una licuadora más inteligente, toallas femeninas más absorbentes y un sol

más vivo. Nos hemos llenado de necesidades innecesarias, una bola de requerimientos estúpidos que dizque nos facilitarían la vida: teléfonos celulares con internet, pantallas en súper alta definición, chorizo de soya, temporadas veintitantas de *Los Simpson*, detergentes que salven al planeta, el nuevo Batman...

Muy probablemente sí lo esté únicamente pensando porque sus interlocutores actúan como si no hubiera dicho nada. O más bien como si sólo, de la nada, hubiera dicho simplemente “el nuevo Batman”. Toma el mantel-fotocopia del menú y lo rompe en cuadros cada vez más pequeños. Son las nueve de la noche en sábado. En la televisión dos hombres esqueléticos y enjutos se golpean en una pelea de box semiprofesional transmitida por el Tv Mexiquense. Round 8, las caras ya sonrosadas, avidez, desconsuelo. Un grupo de coapeños en la mesa más cercana al televisor apostaron al ganador del combate y por eso siguen las incidencias del cotejo con exagerada efervescencia. Al del calzón rojo le llaman Jodido, al del calzón negro le llaman Hambreado. Bola de imbéciles, piensa Felipe y devuelve su atención a la terapéutica limpieza con un mondadientes de cada una de las ranuras del celular de Frida. Brotan pelusas salidas de un mundo fantástico, polvo de los tiempos en que ella no estaba confinada a una cama de hospital con un bebé en el vientre. Elio sonrío acomodándose en su silla, pone a girar una a una las monedas de diez que tiene reservadas para la rocola, detiene los trompos circulares de un manazo. Otro manazo. Otro manazo. Treinta pesos, nueve canciones. Si todo sale como él espera, una de ellas será el popurrí de Selenia en vivo desde Corpus Christi, pero para eso hay que llegar hasta él, no ponerlo así nada más. Es una labor conjunta que implica voluntades en las que él no tiene

tanta injerencia. Sí, Elio se asume invitado de lujo en la permanente fiesta del mundo pero necesita de otros participantes y Felipe últimamente ha estado más bien sombrío.

—Un trago Monterrey para la señorita —dice el mesero Willy y coloca en la mesa un vaso lleno hasta la aureola con fresca agua de la llave.

Willy es un extraordinario mesero con paño al brazo y apostura varonil, pero, desgraciadamente, lo educó Televisa y conforme la noche transcurre se va amanerando de a mentis para conseguir las risas de sus comensales y, por ende, propinas más empáticas. Elio y Felipe le calculan unos cuarenta años, una familia en las calles a las que conduce la calle Moneda, dientes postizos que no ha acabado de pagar y un pasado de dandi que las enamoraba bailando. No bebe, pero, al rodearse de tanto borrachales y siendo él miembro de Alcohólicos Anónimos sucursal Aztecas desde hace veinte años, siempre acaba actuando como si fuera el más chispo del lugar.

Felipe siente el rostro firmemente engrapado a su cara. Está sentado dándole la espalda a la rocola. Una mesa vacía los separa de ésta. Tener el azaroso escándalo detrás de uno es algo así como ser guardameta en un partido de fútbol. Detrás de la línea en el suelo que uno protege se termina el mundo. Desde su silla puede ver absolutamente todo lo que pasa en La India.

—Hace cuatro años que no anoto un gol —dice o piensa Elio. En todo caso su comentario, o meditación, tiene origen en haberle leído la mente a Felipe. Prefiere no ahondar. Hipa—. ¡El nuevo Batman! —dice de nuevo.

La India. A saber: un pasillo largo flanqueado por cinco bodegones y una enorme barra. Al centro, cuatro mesas cuadradas alineadas

con buen espacio entre sí. Justo en medio de todo hay una columna de espejos cuya labor es simplemente estorbar. Se ingresa al recinto por dos accesos esquinados y demasiado cerca uno del otro, como los ojos de un bizco. Una puerta lleva a República de Bolívar, la otra a República de El Salvador. Entrando, por cualquiera de las dos opciones, lo primero que ve uno es la cocina, pequeña y oxidada, con su campana cochambrosa. Entre los trastes en una repisa alta hay una gigantesca televisión jorobada y estorbosa que ya no prende. El cantinero la usa como espejo negro para descansar la vista. Al fondo, completamente del otro lado y pasando todos los bodegones y las mesas, está la pantalla plasma nuevecita. Luce en toda su gloria empotrada al techo por medio de un artefacto que parece de tortura y pena capital. A su lado, abajo, uno puede ver la única rocola del Centro Histórico que aún no es digital. Al lado del aparatejo están las puertas del baño de hombres y las escaleras que llevan al segundo piso, siempre a oscuras y sin servicio. Lo rentan para fiestas particulares. Aun así, en la parte de arriba está el improvisado baño de damas. Hay un momento de la noche en que los escalones se llenan de ratoncitos atravesándolas de una orilla a otra y alguien con buena imaginación le encuentra a eso forma de pentagrama en movimiento.

Dándole un sorbo largo que finiquita su segunda chela, Felipe se sacude los algodones mentales y piensa: ahí tienes que en la mesa de una cantina están un mal poeta, un ebrio, una mujer que no toma alcohol y su bebé de meses.

—¿No le molesta el ruido? —le pregunta Felipe a Penélope, señalando al crío.

—Nada. Ya se acostumbró. Vivimos al lado de una construcción —le responde ella. Y en efecto, el nene está dormidísimo adentro de su carriola. Lo protege del mundo una manta tejida que hace las veces de cortina.

Ellos se ríen muy forzadamente, ríen de nada, simples amagos de carcajada falsa. Penélope tiene la sangre ligera y veinte años de edad a lo mucho, así que alza su vaso en algo que idealmente es un brindis. Un torbellino de diminutas motas negras se asienta adentro del líquido conforme lo bebe. Ellos simplemente la observan en compasivo silencio, como se atiende el crecimiento de una uña fracturada. Desnuda debe irradiar candor, piensa Felipe, estas mujeres que son como abrir un caramelo. Eso sí: un ojo le brinca y el otro le zapatea. Nunca sabes a quién está viendo y además habla muy quedito.

—Tómate tu agua, cariño, ¿no quieres ir al baño aún? —le sugiere Elio, metiendo torpemente la mano entre sus cabellos rubios y lacios, buscando nuca. No encuentra nada. En cambio mira su mano, llena de brillitos por culpa de la crema con que se peina—. ¡Ah, su puta madre! —dice—, ya ando pedo, oigan.

Ahí tienes que en la mesa de enfrente está sentado Julián, uno de los amantes de Frida. El de los mensajes más vulgares y con alegorías perrunas. Un hombre en el mundo. No encuentra Felipe alguna seña particular que lo distinga del resto de seres humanos a excepción de que es pelirrojo y porta una enorme cicatriz a media ceja que le sesga el rostro hacia la izquierda. Serio, pétreo y estoico, como héroe patrio en billete. Con cuerpo de ir al gimnasio diario, seguramente tiene playeras pegaditas que emulan la plastipiel de los superhéroes.

En la mesa más próxima a la tele, ya se dijo, están los coapeños. Chíngalo, chíngalo, grita uno. Cógetelo, Hambreado; cógetelo, Hambreado; grita otro. Un tercero simplemente jimpla y bebe alguna estúpida cerveza artesanal espesa y sabor a *blueberries*. Coapeños, masculla Felipe con desprecio, que se regresen a su redil. Lo único peor que un americanista es un coapeño. Lo único peor que un coapeño es una mujer calientahuevos. Y lo único peor que una mujer calientahuevos es un americanista. A grandes rasgos esa es la teoría de Felipe que engloba a la humanidad. Naturalmente hay subramas que se adecuan al esquema general sin inconvenientes: están los regios y los aficionados de pumas.

—No olvides a los de Ciudad Satélite —dice Elio, una vez más: leyéndole la mente a su amigo.

—O a las que se creen la Maga cortazariana.

—La gente que viajó a Europa entre sus veinticinco y treinta años y cree que su vida ya valió la pena.

—Las que se tatuaron un infinito.

En la primera mesa de la cantina se sienta un hombre de traje y corbata demasiado llamativa. Va llegando apenas. Se le ve nervioso a leguas. Si se mete en las calles que no debe meterse: que le diga adiós a su reloj plateado, a sus lentes de sol que devuelven opacos reflejos y a sus Fridas y Diegos en la cartera.

Hay dos mesas vacías.

En el primero de los bodegones están sentados dos fayuqueros y sus novias obesas y darketas, comparten su tercera jarra de espumosa cerveza negra de barril. Rebajada, se sabe y sabe. La música que suena en ese momento la eligieron ellos. Rock en español, básicamente. Los primeros segundos de cada rola los emocionan

orgiásticamente, sisean como adentro de un comal, después se les olvida que estaban disfrutándola y regresan a sus devaneos.

En el tercer bodegón, justo enfrente del pequeño país de Elio, hay dos amigos en medio de un gastado tablero de ajedrez. Al lado: una botella de tequila a la que le falta más de la mitad y dos caballitos rodeados de las piezas ya comidas, puro peón hasta ese momento. Los dos chavos, jóvenes y viejos al mismo tiempo. Ambos vestidos todos de color negro y con bufandas de Harry Potter alrededor del cuello.

Hay dos bodegones vacíos.

En la única periquera ocupada de la barra está un anciano. Rojo como camarón y arrugado como libro mojado. Ya en otras ocasiones han coincidido con él. El típico ruco que te invita una cerveza siempre y cuando te fletes sus teorías en contra de la historia oficial del país. A grandes rasgos: Villa y Zapata eran gays. Aunque él usa la palabra “jotolocho” o “mariposón”, dependiendo del caudillo.

Detrás de la barra, trapo en mano, está Ponchito. Pálido veracruzano despeinado y perezoso que atiende la cantina usando una bata de doctor. Su bigote parece o de utilería o que está pegado a sus lentes como esas máscaras de Groucho Marx que dejaron de vender en las rinconadas. El efecto se acentúa porque al centro de sus gafas lo une un muégano de cinta adhesiva, Kola Loka y canas. Tipazo encantador y entrañable. Todas las mañanas abre La India a las ocho de la mañana. Desde esa hora ya hay una fila de personas pegaditas a la cortina de acero. Gente con sus cafés del Oxxo o del Starbucks en los que Alfonso vierte un chorro de trago para sobrellevar la mañana. ¿El costo? Lo que deseen cooperar los madrugadores. El dueño de La India no se debe enterar. Ponchito bosteza como rezo y, si es

verdad que uno se come ocho arañas al año mientras está dormido, él ya lleva como treinta nomás en lo que va del año y estando enteramente en vela.

—¿Cómo me dices que se llama tu bebé? ¿Es niña, verdad?

—Abril como la de las Tortugas ninja. No ha cumplido ni el año.

—Y también Abril como el mes —agrega Felipe. Piensa que Frida a estas alturas del año ya tiene aproximadamente seis meses de embarazo. ¿Sentirá antojos estando en coma?

—¿Quieres más agua, cielo? Ándale, mantente hidratada. Cuando quieras ir a mear, con toda libertad...

A Julián, Felipe lo contactó vía mensajitos haciéndose pasar por Frida. “Ven a La India, te mando ubicación, hay algo que quiero contactarte antes de que me la metas de perro...”. Felipe estuvo estudiando las palabras que usaba Frida con cada uno de sus contactos. Se adaptaba de maneras sobresalientes al tipo en turno, un corpus lingüístico diferente por cada verga parada y dispuesta. El tal Julián llegó quince minutos antes de la hora pactada y pidió un Bacardí blanco pintado. Empezamos mal, juzga Felipe y lo mira de reojo, no a él, a su reflejo en la estorbosa columna. El vidrio también le devuelve la imagen propia. Todo espejo es una relectura. ¿Qué se espera de un espejo?

—Pues que refleje —dice... o lo piensa.

—Si ya te acabaste esa cheve, mi consejo es que te chingues un fuerte —sugiere Elio—, es el infierno estar entablado, amigo, lo siento mucho. Un vodka, ¿podrá salvarte? Es más yo quiero uno. ¿Quieres más agua, Penélope? Chúpale que se evapora.

—Estoy bien —dice ella—, qué traes con que beba agua, tú.

—Chúpale que se evapora, chúpale que se evapora —canta Felipe sin ritmo y meneando ambas manos por encima del vaso como si estuviera preparando un conjuro.

—Tómate tu agüita, Penélope.

—Es el vaso de *Muerte sin fin*, no le hagas el feo o nos va a cargar la chingada a todos.

—¿No te parece una mujer hermosa, amigo Felipe? Mírala.

—Ay, ya —dice ella.

—Oye, sí es cierto. Eres muy bella. Tejer y destejer. ¿Cómo se conocieron, a todo esto? ¿Sabe ella de tu negocio de talismanes, güey?

—Ya ves cómo el destino le pega hartito a la mamada —dice Elio, interrumpiéndolo—. Eres hermosa, cariño mío. Cuando caminas por la calle, la gente deja de leer el libro que tiene en las manos. Lo bajan. Estoy seguro de que ni te imaginas las tramas que has interrumpido nada más con tu presencia...

—Es una lástima que no estemos en un país de lectores —agrega Felipe—, se lee, ¿qué? ¿Medio libro al año?

Elio besa a Penélope. Varios besos breves que concluyen en uno más largo. Lenguas y sorbidos. Rodillas que también se buscan. Felipe los observa sin entusiasmo. Toma el teléfono de Frida y le escribe a Julián:

“Voy medio tarde. El metro viene bien lleno. Ahí espérame. Extraño tu ñonga...”. Casi inmediatamente él responde. “No te tardes”.

El bebé se menea dormidísimo adentro de su vehículo. Debe estar soñando con leones. Hambreado, el boxeador, cae a la lona luego de un seco garrotazo propinado por Jodido. El réferi actúa como si no supiera contar del uno al diez. Eso es incluso gracioso. Los coapeños hacen un escándalo inconsecuente, tiran chupe al

suelo, se abrazan dándose codazos. Qué feas personas. El hombre de traje levanta la mano pero Willy hace como que no lo ha visto. No le simpatizan los fresas. Si acaso dejan propina es electrónica y así qué chiste. Giran tres monedas de cinco pesos en la República de Elio. Giran. Giran. Una se golpea con el plato de habas y cae debajo de la mesa. Elio deja las otras dos dando vueltas como perinolas y se inclina aún sentado. Se le ve la rayita de las nalgas, un calzón verde lleno de ojos de la rana René viendo para todos lados y con el resorte dando de sí. Algo grita desde abajo de la mesa pero no se entiende lo que dice. Hambreado no se levanta. Los fayucheros piden otra jarra. Fajan. Ríen. Tocan sus guitarras y baterías imaginarias. Disfrutan del cenit pasional. Los amigos menean las piezas de ajedrez, tambaleándose. Pieza tocada es pieza movida, pero ya llevan bastante tequila y esos alfiles quién sabe si podrían hacer un cuatro.

—Elio me ha contado muchísimo de ti. Se la pasa hablando de ti, de hecho —dice Penélope en voz muy muy baja.

—Ah, ¿sí? ¿Qué te dice?

—Me contó de tus poemas.

—Me choca. Siempre le habla de mis poemas... —hace Felipe un ademán con ambas manos entrecomillando la palabra poemas y la palabra novias— a sus novias. Pero es falso. No escribo nada.

—Algo mencionó acerca de un poema al tedio. Se me hizo muy lindo. Debes ser una persona muy triste.

—Nada que no solucionen dos aspirinas. Todo mundo quiere escribir un libro. ¿Sabes dónde está la verdadera poesía? En las comandas de los meseros y cantineros. Auténticas estructuras fundamentales que cantan y cuentan.

—Eso también me lo dijo Elio. Y yo le dije que entonces el menú es algo así como el origen de toda la literatura. ¡La biblia!

—¿Qué te digo? Los genios tenemos ideas afines. Lástima que la estupidez no sea efervescente, ¿te imaginas en temporada de lluvias?

—Eso también me lo dijo Elio. Eres muy gracioso. Igual que él.

—Se roba mis chistes, el culero. ¿Ya te contó el de la gelatina?

—No entiendo la mitad de las cosas que me dice.

—Bien. Seré claro —y Felipe aprieta la voz, acercándose de golpe hacia ella—: si le rompes el corazón te mato.

—No quiero ser anticlimático, pero acabamos de perder tres canciones. Espero que estén contentos. ¡Ya te acabaste el vaso con agua! Willy, dos vodkas tonics de promoción y otro trago Monterey para la señorita. ¿De qué hablaban? ¿Ya me la vas a bajar, Felipe? De pérdida espérate una semana. Así como lo ves, este hombre es una amenaza.

—Mesero, ¿tiene gelatinas o puras “i” griegas? —le pregunta Felipe a Willy pero aquel simplemente le hace un visaje.

El santo protector de La India es el Niñito Ciego. Está en una columna ubicada entre las dos puertas abatibles que dan acceso a la cantina. Un muñeco-maniquí tamaño real con las cuencas a la mitad del rostro vacías y escurriendo sangrienta y grumosa pintura roja. Iluminado macabramente de azul, tiene en su mano una paleta y al centro de la madera varios pares de globos oculares. Puñado de canicas recién lustradas con un puntito al centro. Lo rodean fotos tamaño infantil de niños genéricos y un par de anuncios de niños perdidos. Viste un mantel con encaje customizado para parecer manto sagrado. Una vez se metió un drogadicto a La India a soltar

balazos. Disparó por lo menos seis veces. Sin apuntar y tambaleándose. Ninguna bala se interesó en parroquiano alguno. Fue gracias a la protección del Niño Ciego, dice la leyenda que Ponchito propaga. Saca de onda que esté ahí. Parece salido de una de esas telenovelas mexicanas de terror de principios de los noventa. En Navidad le ponen juguetes.

El hombre trajeado se distrae observando la decoración del lugar. Además del Niño Dios sin ojos, también hay carteles de ferias taurinas, fotos de la ciudad en el pasado, cartulinas fluorescentes que dicen: “Ya hay menudo”, “Domingos de cabrito”, “Con la atención personalizada de su amigo don Lucio”, “Clave de wifi...”, y un enigma numérico hecho con algo que quizá en otra vida fueron números y letras en mayúsculas. El seis es una letra ge. La te un siete. La verdad es que Lucio murió hace tres años, los domingos no hay cabrito y sólo hubo menudo una semana hace sabrá Dios cuántos meses.

Julián golpea la mesa con sus nudillos, impaciente y colorado.

El hombre de traje alza ambas manos, las menea queriendo llamar la atención del mozo. Empieza la “Persiana americana” pero se corta de golpe, está rayado el disco. Ponchito menea el bigote y suspira de aburrimiento, lee un pasquín de historias picantes y coloradas: “A la cieguita le gusta por adelante chorizo y por atrás longaniza”, una versión mexicana del *Kansas mom...* citado en capítulos ulteriores.

Cae un peón ante una torre.

—Las mujeres que cargan los letreros de los rounds lucen hambreadas y jodidas.

—¿Qué les traigo a ustedes, corazones? —les pregunta el mesero.

—Mi amigo está entablado. Tráele un fuerte y a mí otro fuerte. O sea, cuatro karatazos de promoción, yo con quina y él con tónica.

—¿Con o sin magia?

—Uno y uno. Uno y uno.

—¿Sabes qué es peor que las mujeres que se tatuaron un infinito? —dice Felipe—, los chavillos llenos de acné que pelean con espadas reales en el parque México.

Willy se aparta dando saltitos. Elio retoma:

—Hablando de eso, Felipe, realmente es irrelevante si sólo se lee medio libro al año siempre y cuando ese libro sea el *Ulises criollo*. El problema es que se lee pura mierda en este país. Sólo *best sellers* gringos ofrecidos en trilogías o cosas peores. El personaje principal de la única novela que me ha hecho sentir parte de la especie humana, *Moby Dick*, sabe que es tiempo de entregarse a la mar cuando lo abordan unas insoportables ganas de tirarle los sombreros a la gente. Una sensación muy parecida me ataca cuando veo lo que se lee en el metro. Quisiera arrojar sus libros por la ventanilla del transporte público en movimiento. Lecturas estúpidas que pasado mañana serán traducidas en pésimas precuelas de películas aún peores. Tiene que ver con lo mismo que decía hace rato. La insatisfacción clasemediera que nos heredaron nuestros padres pobres, pero asalariados.

—Ay, pinche Ixca Cienfuegos —dice Felipe, cortando de tajo el constante transbordar entre el monólogo, diálogo y telequinesis de su amigo—, qué clase media ni qué mangos. Pon música, ándale, Pirruris.

—Estoy de acuerdo. Esta cantina necesita orden.

Elio se levanta, da un beso en la frente de Penélope y camina rumbo a la rocola. Ella aprovecha para revisar que su bebé siga dormido. Algo masculla en un volumen imperceptible. No está linda, la güera. Felipe la observa sin medida y desde diferentes puntos de vista, analizándola. Absolutamente todas las mujeres tienen un ángulo desde el que lucen como retrasadas mentales. Todos los guijarros tienen un ángulo hermoso, decía Flaubert. Tuvieron que pasar once años para que Felipe supiera que un guijarro es una piedra y no una nariz, como infantilmente concluyó. La nariz de Frida era horrible, piensa. Un caso severo de nariz de chile relleno. Anuncian una segunda pelea en la tele. Esta vez entre Bastardo Desheredado y Guatemalteco. Julián pide un segundo ron con bacachá, se le reconoce impaciente meciéndose los cabellos. “Cómo vas”, dice un mensaje suyo que Felipe deja “en visto”. El hombre de traje sigue siendo ignorado por Willy. Los amigos juegan ajedrez en silencio y entre sorbitos sin hacer visajes ni acudiendo el socorro de la sangrita o el limón o la sal. Elio elige canciones en la rocola, sin prisas. Los cuatro vodka tonics con fernet llegan a la mesa diligentemente. Willy le manda besitos a Felipe con la trompa parada. Él baja casi medio vaso de un trago. Brinda con Penélope. Le pregunta si suele visitar seguido ese tipo de establecimientos. Ella dice que no, que todavía hace unos años le daban miedo. Lleva poco en Ciudad de México.

—Distrito Federal —la corrige él—. Oye, ¿y el progenitor qué opina de que te dé besitos en la frente mi carnal?

—Vive en Jalapa. No es precisamente un padre responsable.

—¡Pinches potosinos, me cae!

Ella ríe mecánicamente. Si la robotizada voz de mujer que da la hora en el 040 se desternillara sería algo muy parecido a la risa de Penélope.

—Ves. Eres muy gracioso.

—A ver, aguanta las carnes.

Felipe se pone de pie y camina hacia la mesa del hombre trajeado. Se inclina y algo le dice. Debe ser acerca de su corbata porque aquel la alza lisándola con ambas manos. Felipe observa con detenimiento y luego lo saluda y calibra con un tenso apretón de manos. Tenso pero breve. Se sienta en su mesa jalando la silla hacia sí, con resolución de protagonista en una mala obra de teatro musical *amateur*.

Elio busca los grandes éxitos en la rocola, llena de foquitos y luces innecesarias y desgastadas estampas de holograma que aún reembolsan al ojo destellos de otros tiempos. Una caja de Pandora en la que uno puede encontrar al grupo Pandora para disfrute de las secres más cachondas. Al centro, como si fueran poderosas tablas de la fe, están las láminas rectangulares y enormes con la mohosa portada del disco y la pormenorizada lista de canciones que contienen, además de la clave que hay que teclear para seleccionar tal o cual canción. Hay mucho de artesanía en esto. Un gran porcentaje de los discos y sus contenidos fueron dictados por el dueño de la cantina a un escribano de Santo Domingo que las capturó sin errores ni *typos* en perfectos rectángulos cortados a mano y con decoraciones y relieves y clavecitas de sol hechas con bolígrafo extrafino. Pero también hay tarjetas posteriores mandadas a hacer desde el ahorro o el desinterés, escritas a mano con simpatiquísimos errores ortográficos y en grasiento papel semitransparente. Hay fotocopias y hasta discos

sin lista. Gracias a doscientos pesos y la insistencia de Elio y Felipe, en esa rocola hay un disco de Arcade Fire. Una suerte de *the best of* azaroso y compilado por un vendedor de piratería que puso las que quiso y que ni de cerca son las mejores de tal banda todopoderosa que ambos aman. La verdad es que esa rocola ya es una antigüedad y si le das una buena patada todas las canciones quedan en lugares que no les corresponden. Algo así como una metáfora del amor. Elio viaja entre las opciones presionando un botón con flechas que ayuda a “avanzar la página” con una parsimonia propia de desesperante pesadilla. No están en orden alfabético y un buen número de canciones ya están jodidas o alguien se robó los discos. Vuelve la mirada y observa a Penélope. Demasiado rubia para su gusto. Elio no suele tomarse demasiado en serio a las mujeres. Extraña a Frida. ¿Lo dijo o lo pensó? Devuelve su atención a la rocola y más bien la imagina como un acuario. En una ocasión, hace no tantas fiestas, Elio se puso muy pedo en una reunión y comenzó a sacar los peces de una pecera para aventárselos al dueño del departamento. Observa los brillos multicolores en el vientre de los discos compactos y recuerda que moriría por poder abrir la vitrina de la rocola y arrojar los redondeles como proyectiles a los ahí presentes. Total: el Niñito Ciego impediría que alguien quede con el tabique desviado o sin una oreja. Cuando iba en la prepa compraba discos vírgenes y los arrojaba desde el auto en movimiento de su amigo de la juventud. El quebranto de los CDs rezagándose sobre el pavimento a la mitad de la noche lo emocionaba a tope. Periférico aún no tenía un estúpido segundo piso. Recarga la barbilla en el vidrio que lo separa de los álbumes. Mete las tres monedas de diez pesos. Llegará el día en que nadie recuerde el sonido de las ranuras atragantándose de bronce y

níquel. Opta por varias canciones. De alguna manera también una rola es un proyectil. Las tararea *a priori*. Selena y los Dinos es el destino final. Regresa a la mesa y ahí sólo está Penélope.

—Mi vida, necesito que te quites los calzones rápido.

—Estás loco.

—No hagas preguntas. En chinga, en chinga...

Penélope alza su trasero de cuchara sopera. Sin incorporarse del todo, mete ambas manos, en jarra, debajo de su falda y a la altura de sus caderas, alzando poquito los bordes de la misma. En un movimiento imperceptible se baja la prenda íntima, tal como la gente se deshace de las velas y otras decoraciones innecesarias en los pasteles justo después del soplido del cumpleaños. Supera con maestría sus rodillas, tobillos y el contrafuerte de sus tenis deportivos. Listo. Encaje de garigol en las orillas y tela texturizada en lo que abarca al culo. Se los da a Elio hechos viva bolita. Él los mete en la bolsa de su saco. Los coapeños gritan emocionados debido a un revés que por poco es *faul*. Penélope checa que su bebé siga dormido. Los dos vodkas con agua quina y fernet que le corresponden están ya en la mesa. Qué bendición, dice Elio en voz alta. Uno de los fayuqueros pasa rumbo al baño. Se le queda viendo a Elio. Él lo saluda con un movimiento de cabeza.

—¿Tú eres el hijo del Mascot?

—Me temo que sí, bien cabrón.

—¿Dónde está ese hijo de puta?

—Güey, ni idea.

—Ya te he visto por aquí. Vives en Mesones. Alborotas y te crees el muy vergas. Tu padre me debe una lana. Si no me paga en tres días, vas a tener que pagarme tú, cómo ves.

En ese momento suena en la rocola el inicio de una de las canciones que Elio eligió.

*Marranito... marranito.
Yo sé que estás muy chiquito.*

—Ésa es de las mías —le comenta Elio a Penélope, ignorando al bruto—, escucha esta maravilla.

—¿Me oíste, pendejo? —se hace oír el fayuquero, alzando la voz.

—¿Te oí? Sí. En caso de que mi jefe no te pague en tres días me veré en la necesidad de pagarte yo. Mesones 54. Piso 4. Departamento 402. Sigue tu camino, amigo.

Y el hombre, después de tragarse un gargajo, se va. Cerrando con caricaturesca fuerza la puerta del baño. Felipe regresa a la mesa y, aún sin sentarse, le da un trago obsequioso a su vodka. Incluso alza el pulgar.

*Ay, mi pobre marranito, te voy a volver jamón...
Y tu cuerpo chicharrón.*

—Obra maestra —dice Elio—. Es la historia de un asesinato.

—Les presento a Edwin, mi súper mega compa —dice Felipe—. Se dedica a la jardinería. Quieren volver parques a todas las azoteas de la ciudad. Pinche Nueva Aztlán mamona.

Jala una silla y el hombre de traje se sienta con una de las esquinas de la mesa clavada en la panza. Los saluda a todos. Tanto Elio como Felipe piensan que los que se sientan en las esquinas

no tienen orgasmos durante ocho años. Pero no lo dicen, sólo se lo comunican con una mirada. Algo mutuo y silencioso. Ocho años es mucho tiempo, oye. Un mundial y medio. Un sexenio y cachito.

—Willy, un trago para nuestro compa —grita Elio—, y otro trago Monterrey para mi próxima esposa.

—No, espérate. Voy al baño.

—No te tardes, cielo, no manches. Te va a dar cistitis por andarte aguantando.

—Es arriba, ¿verdad?

Penélope se levanta. Ponchito abandona la lectura de su cómic para verle las nalgas. Aquel traste que avanza haciendo buches le sirve de súbita inspiración, en su mente se premedita algo enorme y prodigioso. Camina hacia la cocina. Descansa su mirada en la pantalla del televisor viejo y apagado contando hasta treinta. Toma un bolillo y lo parte en dos prodigiosamente. Saca el migajón de ambas parcialidades y lo vuelve moldeable jugándolo entre sus dedos.

Penélope aún no ha subido el primer escalón cuando Elio le grita a Felipe.

—En chinga, cabrón, prende la cámara fotográfica de tu teléfono y ponla en video. ¡Ah, pinche vieja que toma litros y litros de agua y no se le suelta la meada!

Elio mete la mano a su bolsillo del saco y extrae una bolsa de plástico con cereal, de ésas que vienen en cajitas miniatura. La abre trabajosa y estrepitosamente y los Froot Loops salen volando por toda la mesa. Queda un polvillo suspendido en el aire. Tosiendo, Elio quita el velo que protegía a la bebida y a tontas y locas le coloca una primera ruedita de cereal en aquella frente que está estrenando la capacidad de arrugarse ante la pesadilla.

Ay, mi pobre marranito, te voy a volver jamón...

Y tu cuerpo chicharrón.

—Grábame chingón, con pulso. Nos vamos a volver millonarios, amigo.

—Estás de la verga, no chingues.

—Piensa en doña Rafa. Fue idea suya. Es esto o insistir con su horrible perro cristero.

—¿Nada más por eso buscaste a esta chava? ¿Porque tiene un hijo? A ti te chocan las güeras.

—Uno pensaría que hay más mujeres en la ciudad dispuestas a traer a su bebé a una cantina. Párate donde no me hagas sombra. A ver, justo ahí.

—Si están ocupados me regreso a mi mesa —dice Edwin, el hombre del traje. Su voz es gangosa y grotesca.

Por respuesta, Elio le da los calzones de Frida.

—Date.

—Has paro checando que no baje —le increpa Felipe.

—Si escuchas que viene tose tres veces —agrega Elio.

Luego le pregunta a Felipe si está listo. Él, celular en mano, aprieta el botón rojo y hace un conteo del cinco al uno. El tres y el dos son silenciosos movimientos de su dedo. ¡Ya!, prorrumpe, metidísimo en personaje. Elio comienza a armar una diminuta torre recargándola entre unos cuantos pelos castaños que se enmarañan tres dedos encima del entrecejo del niño. Su piel parece de salchicha, moteada con sanguinolentos continentes e irritaciones. Apesta a leche. El cuerpo del bebé sube y baja, quedito y práctico, un cuerpo condensado. Algo así, ajá, como una salchicha. Apenas coloca dos

aros de cereal más, la torre se cae torpemente. A Elio le sudan y tiemblan las manos. Dice majaderías.

—Va de nuevo, de nuevo. desde el principio, desde el principio. Lo editamos después en tu compu —dice y respira hondo para calmarse.

—No es como que lo estés dando a luz, güey.

—Chíngatelo, chíngatelo —grita un coapeño.

—Cógetelo, Muertodehambre, cógetelo —grita otro.

El mambo de la Merced. La merced.

El mercado de la Merced.

Elio busca entre la mesa un redondel morado grueso y fundacional. Debido al líquido que suelen sudar los vasos, la superficie de la mesa ha empapado los aros de cereal, haciéndolos que desprendan su tintura. Elio coloca la rueda en la mejilla del crío con total cuidado, pero cuando alza el dedo, el cereal sigue pegado a su dedo pulgar. Sacude la mano. En la mejilla de la niña queda una mancha púrpura. Elio no deja de decir groserías. Se come el aro. Lame su dedo y limpia con la saliva la mejilla de Abril, quien al sentir el contacto mueve sus manitas desperezándose, se las restriega en ambos ojos. La cara entera se le vuelve un puchero. Sus ojos, abiertos apenas por un instante, parecen de un alienígena. La chamaca sobrelleva esta fase en la que no sabes distinguir entre la realidad y la pesadilla, entre el estornudo y el sismo. Abre los ojos grande grande, como platos. Los dos amigos ebrios y tontos se aguantan la respiración, le piden a un dios en quien ya no creen que haga que la nena vuelva a dormirse sin reparar en la ausencia de su madre.

Felipe, súbitamente inspirado, hace con la boca el aparente sonido de un taladro en una construcción. El hombre del traje tiene la nariz metida en el calzón de Penélope. El niño se reacomoda, infla toda su existencia, y vuelve a apretar ambos párpados, dormido.

—A ver, ahora tú agarra la cámara y yo hago lo otro —dice Felipe limpiándose las manos en el pantalón.

Dame, dame, dame, dame las cebollas...

Justo cuando están por intentar de nuevo la dinámica, todos los vasos en la mesa brincan de pronto. Se derraman los vodkas, chocan los vasos entre sí y el plato con habas y cacahuates enchilados acaba desconsolado en el suelo, sin quebrarse, sólo provocando un ondulado estruendo. El bebé se despierta de golpe y llorando.

—¡Ora! —exclama Felipe.

—No te salgas, no te salgas —le dice Elio al vodka, levantando su vaso de la mesa con desmedida fuerza: el contenido se cae aún más.

—Ya te dije, culerito, tres días o te va a cargar la verga —les reclama el fayuquero que va saliendo del baño y les pateó la mesa.

Al mismo tiempo Penélope regresa del segundo piso. Elio hace como que le está tomando fotos al hombre trajeado y Felipe le arrebató la tanga color pastel de las manos, incluso silba alzando los ojos. Edwin tose dos veces, ríe, luego tose en una tercera ocasión.

—¡Jardines en las azoteas! Qué locura.

—Cuéntanos más de ti, mano.

—¿Hace cuánto que no metes un gol, oye?

—¿Estás casado, tienes hijos?

—¿Te gusta que te toquen la nariz? —dice Elio mientras amaga con pillarle la trompa con el hueco entre dos dedos.

—¿Eres americanista? No la vayas a cagar, eh.

—¿Leíste *Rayuela*, cabrón?

Penélope saca a su bebé llorón del hueco. Lo carga con torpeza y abandona la cantina hablando sola, dice que ahorita regresa, que de todas maneras ya le tocaba comer, que ni mear a gusto, que sola no puede. Ellos deciden que no se dio cuenta de nada y siguen en su comparsa, botaneando con cereal para niños. El teléfono en manos de Elio vibra. Reconoce el fondo de pantalla que estaba en el celular de Frida. Un paisaje lunar horrible de los que hacen con espray en la Alameda, playa sin mar hecha de pintura aún seca que llora. Lee: mensaje de Julián. Y el mensaje son simplemente cuatro signos de interrogación formados. Felipe le quita el aparato de las manos y, luego de teclear el año en que nació don Porfirio, algo escribe. Julián, a unos pasos, recibe un mensaje. “Ahí voy, ahí voy, ya quiero que me metas el chorizo”. De inmediato se arrepiente. Con Julián no usaba “chorizo”. Bah, le devuelve el chon no sin antes darle una buena olfateada. “El mambo de la Merced” terminó sin que se dieran cuenta. Acontece uno de esos incómodos silencios entre canciones y Felipe, que está bastante lúgubre, piensa que eso debe de ser la muerte: el expectante silencio que antecede a un grito tan desconocido como remoto. O más bien eso debe ser nacer. Naces, creces, te reproduces y mueres. Los coapeños piden la cuenta. Los tres al mismo tiempo, alzando sus manos como títeres a los que se les enredaron los hilos.

—Es curioso, ¿no? —dice Felipe, guardándose el teléfono, dando sorbos a un trago que es sólo hielos—, cuando pedimos la cuenta todos hacemos un garabato en el aire con un bolígrafo

imaginario. Pero la rúbrica hecha no representa ni de cerca a nuestra firma. Imagínense que realmente la trazáramos en el aire. Sería muy interesante.

—Llevas meses mamando con eso. Mejor escucha esa maldita maravilla. Es la Banda Plástica de Tepetlixpa. Estos cabrones son una banda de pueblo. Todos pinches desafinados. Oigan, oigan. Le hicieron un disco homenaje a los Beatles cuando se separaron, ¿qué? ¿en el 69? Ésa es...

—Obladí obladá —interviene Edwin.

—A huevo, sí. No me imagino algo más honesto que eso —ríe Elio-, hasta se escuchan los rebotes en el quiosco.

—¿Tons, estás casado y tienes hijos? ¿Goles?

—¿Cuál es tu virtud?

—Todo lo que toca la luz —dice Felipe y el rostro de Edwin, se vuelve grave.

—¿Cómo acabas de decir?

Willy regresa resarcando los tragos que se cayeron. Levanta el plato con botana. Aprovechan para pedirle dos más. Es decir: cuatro. Pasa su trapo por la mesa para limpiarla. Un acre olor a jerga vieja y empapada cala al pequeño país de Elio. Las costras de agua se secan frente a sus ojos, como llagas filmadas en *fast forward*. Desparecen al instante y son suplantadas por codos y manos y teléfonos inteligentes y semillas de limón y los anillos que dejan a su paso el culo de los vasos. Veloz desfila el Metrobús afuera.

Penélope se cubre con el suéter y da de su seno a Abril. La bebé liba dolorosamente. Le están saliendo los dientes de leche. Sus pezones son como dos moretones que se lanzan a contar su historia.

Siente que se vacía. La golpea un rayo invisible cuando observa al Niñito Ciego en su aparador. Detrás de ella veloz desfila el Metrobús.

—Tengo dos hijos. Llevo ocho años de casado y hace ocho años que no anoto un gol. Sí. Más o menos ocho años.

—Willy, cámbiale al fut, no seas cabrón —grita Elio.

Los coapeños dividen la cuenta trabajosamente, como si fueran enemigos o gente que disfrutó las últimas dos horas en mesas distintas. O bla dí, o bla dá, el mercado, ay, me gusta tu canción. Uno de los dos ajedrecistas se ha quedado dormido enfrente de la cuadrícula en blanco y negro. Sus ronquidos se acoplan achicopalados a la música. Es su turno. Así, acodado y recargado en sus dos puños, parece un querubín. El contendiente, su compa, resignado y viable, lo mira dormir. En sus ojos hay ternura y filosofía. Se durmió su contrincante justamente luego de perder la reina.

—Ya se te durmió el rival, mano —le dice Felipe—, ¿no quieres pasarte acá en lo que despierta? Estamos hablando de su matrimonio.

—Ah, pues sí.

El nuevo integrante se sienta adonde estaba Penélope. Apesta a cebolla. La carriola ahí sigue. Desagradable y vacía: planta que crece a la mitad de la avenida. *Zapping* en la tele buscando el último partido del sábado, el último partido del mundo. Fragmentos de programas, noticieros, caricaturas y películas forman un involuntario *collage*. Todos estamos locos.

—En realidad estamos esperando a alguien, pero se me hace que ya no vino. Debería estar aquí desde hace media hora —dice el jugador sobreviviente.

—Recuérdanos tu nombre —le dice Felipe.

—Me llamo Tobías. Mi amigo es Luciano. Él casi no bebe. Hoy andamos ceremoniosos. ¿Quieren tequila?

—¡Willy... tres veladoras! ¡Willy!

Retumba una espantosa trompeta que campea entre violines desfasados. Edwin mira el televisor como hipnotizado. Felipe bebe y bebe, como si una fuerza maligna fuera a arrebatárle el alcohol de los labios. El tequila hiere su garganta pero él evita hacer muecas. Disfraza el madrazo sosegándolo con un sorbo a una chela. Los algodones que rodean a las cosas se agravan, es como estar adentro de una tarea escolapia de la semilla en un frasco de gerber. Las huestes acalambradas que viajan en sus brazos a manera de escalofríos han acampado. Pican acá y acá. Se le duerme un brazo, finge que un ojo se le cierra. No se da cuenta de a qué hora Elio invitó a Julián a sentarse con ellos. Unen dos mesas. El sonido de las patas de madera raspando el suelo. Una Pangea en cada cantina. Hay una vecindad entre las noches. La fiesta permanente del mundo requiere de invitados menores. Encabalgados e incluso alborozados, hablan de cosas imprecisas. Felipe observa sus labios y es como firmar el aire, garabatos que nada dicen. Usan las palabras pero dotadas de un vacío silencioso, pinche y parejo. Suena una rarísima polca norteña.

—Narciso Martínez —dictamina Elio y repite el nombre pero ahora escandido—, Nar, ci, so, Mar, tí, nez. Jefazo.

—Yo me cogí a la vieja con la que está casado ese futbolista —dice Julián y señala hacia la televisión, carcajeándose como marrano. Su segundo ron pierde la adolescencia entre hielos agotados. Constantemente visita su teléfono celular y lanza reojos a la entrada. Por caliente, siente que su estómago es una piedra.

—Una piedra sin ángulos hermosos —dice Felipe apretando los dientes. Así nomás, como si le leyera la mente al narrador.

Atlas contra Xolos. En Jalisco en el Jalisco. Ha caído un tormentón y a lo largo de la cancha hay varios charcos enormes que no permiten rodar al balón con la libertad necesaria para que eso se llame futbol. Se suspende el juego momentáneamente. Los jugadores de ambas escuadras están adentro de las bancas, refugiados y esperando el dictamen arbitral: la cancelación o la reanudación del cotejo empatado a unos en el minuto nueve de la segunda mitad. El ajedrecista le va a los Pumas. Javier a las Águilas. Edwin nunca fue muy pambolero que digamos. Elio y Felipe: ¡*deus ex machina* celeste del Cruz Azul! Se habla sin mucha profundidad acerca de mundiales, goles, delanteros ya retirados, atajadas y holgados jerseys bellos del pasado. No mandan la transmisión a barra de comerciales así que por quince minutos sólo están pasando a un grupo de hombres bien bragados sentados todos de frente como si fueran apóstoles suplentes de una Última Cena deportiva. Aburridísimos. A Felipe aquello le parece delirante pero hermoso. Empleados con impermeables de colores eléctricos tratan de deshacer las lagunas en el césped, barriéndolas. Para que la gente no apague su televisor, los comentaristas sugieren la posibilidad de una chusca caída. Filman el alumbrado del estadio y destaca la legión de gotas que cae sílaba por sílaba, una promesa de diluvio, lejana lluvia a manguerazos, lluvia con el vientre i, lu, mi, na, do.

—De, bi, do, a, la, mi, gra, ción, de, a, le, ma, nes el si glo an tepasado, los regios son altos y güeros. Este cabrón covereaba música polaca. Alucinante. Escuchen, por favor. ¿Más vasos con agua, cariño?

—No. De hecho me quiero echar un tequila. Le tomo al tuyo, para no ensuciar otro vasito —responde ella.

Sin que Felipe lo haya notado, Penélope regresó a la mesa con Abril en los brazos y ganas de empedar. La nena, despiertísima y nada más viendo. Ella se bebe de golpe el medio caballo de tequila que quedaba. Se sirve de nuevo. Traga la otra parcialidad con la misma soltura. De repente, como si fuera el juego de la papa caliente, los convidados se están rolando fotografías de los hijos del hombre de traje que lleva en la cartera. La plática da tumbos. Estar entablado hace que sean las tres de la madrugada todo el día. La polca norteña sube y baja. Elio los está convenciendo de que le dibujen un pene en la cara al ajedrecista dormido.

—No seas falocentrista —dice Penélope.

Felipe se ríe. Falo centrista. Pene lope.

—No seas falocentrista —dice Penélope retrocediendo tres segundos en el tiempo—, dibújale una vagina.

El partido no se restablece. El aparato pestañea por voluntad propia y cambia al canal en el que pasan goles sin partido. Una sucesión abusiva de Mesis anotando tantos de ensueño.

—Yo hace cuatro años que no meto un gol —dice Felipe retrocediendo media hora en el tiempo—, me es muy doloroso. Segundos antes de que anotes el gol te das cuenta de que el mundo está desfasado, igual que cuando en los exámenes de la vista juntan las distintas graduaciones de ambos ojos. Todo se equilibra por unos instantes. Además, cuando metes un gol, tus compas van y te abrazan, el estadio entero modifica su conducta y ves cómo tu logro se ve reflejado en un enorme marcador luminoso. No como cuando escribes un estúpido libro. Terminas un capítulo y sólo estás solo y lo mejor que puedes hacer es cruzarte al Oxxo por un doce y una bolsa grande de Cheetos.

—Qué fantasías, Feli —dice Elio—. ¿Tú qué sabes lo que se siente terminar un libro? Se me hace que ya te está pegando el tequilón.

—Yo soy optometrista —dice el hombre trajeado.

—¿No eras jardinero de azoteas?

—A nuestro hijo le voy a heredar una miopía y astigmatismo de campeonato —dice Felipe. O lo piensa. O se lo comunica telepáticamente a Elio.

—Yo me cogí a esa luchadora, la del chichero rojo —comenta Julián señalando la tele. También él ya le está entrando al tequila.

—Déjame adivino —piensa en voz baja Felipe—, ¿te la cogiste de perrito?

—¿Sabían que la acumulación de semen viejo puede dar origen al cultivo de bacterias? —dice Penélope—. ¡Y zas! En tus huevos se ha creado vida humana con restos no humanos. Que diga: con restos humanos.

—Estoy trabajando en una cosa rarísima. Soy asistente de arte en cine. Imagínense una de esas películas en las que una mujer es violada por un grupo de sujetos y, años después ella vuelve para vengarse de cada uno de ellos cortándoles el pene y metiéndoselos en la boca —dice Elio acaparando la charla— ¿ubican? El caso es que la película salió hace ya rato, pero causó demasiada controversia en los medios así que para la versión en DVD estamos filmando una bola de *bloopers* que vendrán en la parte de extras del disco. Así piensan aligerar un poco la polémica. Con pendejos *bloopers*.

—Yo la vi, no se me hizo tan mala.

Elio arroja al aire los pedazos de mantel que había rebanado como confetis. En la televisión están peleando dos mujeres

musculosas pero sensuales adentro de una jaula. No es una interpretación gringoide de lucha libre mexicana. Es de estas peleas en las que vale de todo. Vale Todo, las llaman. Hay sangre, chimuelos y puñetazos en la pepa. Los Karkis llevan un rato sonando, en chinga y a lo que van.

*Si te bañas en el mar.
No te quites los calzones.
Que la jaiba te va a morder.
Te va a morder, te va a morder...*

Abril de nuevo está en su carriola. Si apareciera un hombrecito con un micrófono y les dijera que el bebé siempre se trató de un juguete y están en una cámara escondida, nadie reclamaría nada y hasta mandarían saludos a sus jefecitas. Penélope habla con el hombre de traje. Él le muestra fotos de sus hijos. Tres varones y una niña. Felipe se pregunta qué tic nervioso de ese tieso burócrata heredará el bebé que Frida tiene en el vientre. Una de las fotos llega a sus manos. La mira y sus ojos se encharcan de lágrimas en arresto domiciliario. El ajedrecista apesta a cebolla, es un olor ineludible, intenso y rinconero. Elio arroja ruedas de Froot Loops a los tragos de la gente. Todos cubren su vaso con la mano. Ríen. El tequila en la botella de los ajedrecistas está a punto de besar la mesa. O más bien de chocar contra un muro de vidrio como pájaro entusiasta pero extraviado. Elio trae pintada una detallada vagina en el brazo que él mismo se hizo. A alguien se le cae un vaso. Felipe escucha que todos lo abuchean a él. Luego ve que en su mano no hay nada pero sus dedos hacen una letra “c”. Willy barre los vidrios y los mete en

un recogedor. Señala afeminadamente al grupo como diciéndoles “malos, malos”. Constantemente visitan su teléfono celular todos. Hace una hora y media que de Frida ni sus luces. Ponchito fuma afuera. Cigarrillo entre los dientes, moldea un culo de migajón con ambas manos. Extraña su pedazo de playa, el sabor del mango y los ombligos al aire.

—Una vez vi una película porno en la que todo se desarrollaba en un tablero de ajedrez. Las reinas eran un par de chichonas noventeras con los pelos de la entrepierna valiendo madres y las torres unas musculocas barnizadas en plateado presumiendo un salchichón meco. El juego se desarrollaba como un juego de ajedrez normal. Pero cada que una pieza se comía a otra, acontecía una escena de cogedera. Los alfiles eran lesbianas con estrapón. Los peones, vaya, hombres chaparros. Un alucine. Es de esas cintas que no pasaron del VHS al DVD. Mucho menos del DVD a YouTube o su equivalente porno. Una cosa fascinante, conceptual y atascada. Ojalá la vea pasar frente a mis ojos cuando me muera. Es más, creo que el juego que se llevaba a cabo en la porno estaba basado en una de estas contiendas anuales entre un ruso genio del ajedrez y una máquina de inteligencia artificial. Lo reproducía, valga la expresión —dice Felipe y se guarda secretamente la foto de la única hija hembra del trajeado.

—Oye, cabrón pornógrafo —interrumpe Elio a Felipe, hablándole al oído.

—¿Sí?

—¿Quieres oír algo macabro?

—Venga.

—Esta chava Penélope es la actriz a la que violan en la película. Quedó traumada y ahora que estamos haciendo los *bloopers* anda bien sacada de onda. Llora después de cada escena. Mírala con su bebé en manos. ¿Y te cuento otra cosa?

—Venga.

—La cagamos poniendo un disco de Arcade Fire en esa rocola, mano. ¿Te das cuenta de lo que hicimos? Contaminamos al centro histórico. Por gente como tú y yo luego cualquiera de estos pendejos pone a U2, hermano. Voy a chingarme el disco. Hazme sombra. Traigo herramienta.

—Bueno, pero espérame que necesito mear.

En el baño, ¿cómo llegó ahí?, Felipe recarga la cabeza en el azulejo mientras observa su verga. Siente la cuadrícula dejando marcas en su frente. El ruco colorado entra al cubículo, botado de la risa. Se abre el cierre. Tampoco orina.

—¿Sabía usted, joven, que mi general Emiliano Zapata era mariposón?

Felipe regresa a la mesa sin haber descargado. Deja hablando solo a aquel hombre que no le es simpático.

—Es curioso —le dice Felipe a Penélope, que está dibujando un pene en el brazo extendido de Elio mientras él charla con el ajedrecista—, la palabra mariposa en maya se dice “papalote”. O algo así. Y en francés se dice *papillon*. Padre, ¿no?

—Yo a las mariposas desde chiquita les digo “labios de mujer”.

—Es por el aleteo. Pap, pap, pap. Aunque eso que acabas de decir es hermoso. Recuérdame meterlo en mi poema. Todo cabe en ese poema. Pañales, condones sin usar, agujetas desamarradas, pupilentes... pap, pap, pap...

Y en uno de los muros, una mariposa hecha con la tenue sombra de dos manos, aletea encima de los muebles hasta posarse en la pintura enmarcada que le da nombre a la cantina. La India. Una mujer enseñando las axilas y con los pechos descubiertos. Sonriendo desde un domingo con su tribu. En cuclillas. El insecto de sombras retoma el vuelo, se mete entre los ventiladores perpetuamente apagados, entre el cochambre y las fotos color sepia de las pulquerías revolucionarias y el Zócalo en blanco y negro. La madera en las cantinas parece hecha con libreros de gente muerta. La gente habla pero Felipe escucha sus voces falsas, lejanas, como cuando alguien estornuda por teléfono.

—Sabes, Penélope; esos dos amigos, los que jugaban ajedrez, se estaban cogiendo a la misma chava y me temo que no lo saben aún.

—Estás inventando.

—Es en serio.

—Choro. Los acabas de conocer...

—Sólo lo sé.

—¿Neta?

—Te apostaría un huevo a que sí. Ah, y recuérdame contarte un chiste.

—¿El de la gelatina?

—Otro.

—Mi hermana dice que los chistes son para los pobres.

—Pero éste es uno de esos chistes que involucran al papa y a Drácula. No hay falla.

¡Pero qué madriza se acabaron dando las dos mujeres! *Zapping*. El partido sigue sin reanudarse. En cambio dejan al televisor estacionado en el infomercial de un producto para asegurar que tu bebé

sea varón. O hembra, claro. Mientras Joan Sebastian canta, un hombre da el testimonio de cómo dicha marca le ayudó a perpetuar el apellido que él porta con tanto orgullo. El comercial de tres horas está subtítulo. Luego una mujer, crío en brazos, habla —sin volumen— de los beneficios de elegir el género de tu nonato. Satisfacción garantizada, claman unas letrotas amarillas, *si tu bebé no nace del sexo de tu preferencia, ¡te devolvemos tu dinero!* Felipe mira de reojo la fotografía de la hija de Edwin que robó. Se imagina a esa misma niña pero con una nariz de chile relleno y gestos serios y mamones como los de los héroes en los billetes.

—¡Yo me cogí a esa doctora! —dice Julián. Emocionadísimo.

Irónicamente, Elio se masturbó viendo ese programa haciendo especial énfasis en la susodicha especialista. El mundo es un pañuelo. Más bien un clínex lleno de miasmas. Willy coloca otra botella de tequila en la mesa y una chela fría por piocha, en botellas verdes y sudadas. Yo invito la segunda botella, grita Elio. Todos ríen, charlan, beben, guardan silencio, ven su celular. Vida en su estado más puro. Como si cada uno de los integrantes de ese irrepentible grupo de personas hubiera nacido tan sólo para estar en esa mesa, en ese instante. Formando una coreografía humana perfecta, cuya belleza Felipe percibe a la perfección debido a que está entablado.

Me dices que lo nuestro ya no puede continuar.

Que esta vez te marchas y que no has de regresar.

Me dices que lo nuestro por mi culpa se acabó

Bien, eso dices tú, ahora lo que digo yo...

—Hay un tren a las cinco, un camión a las seis. Tus reservaciones listas, eh, eh, eh... —cantan al unísono todos, rijosos y sobre exaltados. Salvo Penélope.

—Órale a la chingada —masca Felipe, aunque tal línea no aparece en la canción.

Inesperadamente, Elio se pone de pie y baila dándose rítmicas palmadas en las piernas y en el pecho como si fuera —no sé— un granjero gringo. Toma una cuchara y ahora se golpea con ella, siguiendo el ritmo la impacta suavemente en su cuerpo, transformándolo en un instrumento musical. Aplaude. También se golpea los tobillos después de alzar los pies con chuscos brincos. Velozmente. Ágilmente. Baila y baila y baila, girando sobre sus talones. Alarga el solo de primitivas guitarras. Gira en su pulgar un sombrero vaquero imaginario. Ríe, y su sonrisa de mazorca jamás vino tanto al caso. Todos le encomian el bailecito. Su nuca se empapa, el chongo se deshace dejando libre su larguísima mata quebrada. Aun bailando, aunque ya sin el inicial ahínco, toma una cerveza y golpea la base de esa botella en el pico de cada uno de los envases que hay en la mesa. Cinco golpes contundentes de vidrio grueso despostillándose. La espuma sube y el líquido se derrama. Debe haber una forma científica de llamar a ese fenómeno.

—Turbochelas —grita el ajedrecista.

Los convidados tienen que beberse su cerveza antes de que se desperdicie. Lo hacen. Actúan como si aquella fuera la última cerveza a la que tendrán acceso en su vida. Felipe deja que la suya se desborde. Sólo mira a sus interlocutores, sin juzgarlos realmente, como se observa a un animal atropellado. El borbotón apresurado les cosquillea la nariz. Acaban con las camisas empapadas y

eructos impugnables, con los codos mojados. Séquito de inundaciones espumosas en el Pequeño País. Los manteles quedan tan rugosos como inservibles, escurre espeso y entonado líquido color del oro por las esquinas de la mesa, chela escurridiza encuentra súbito cubil en el fondo del plato de los cacahuates o en las esquinas del servilletero.

Elio, sin dejar de bailar, va hasta donde están los fayuqueros y repite la dinámica. ¡Turbochelas!, gruñe y golpea sus cervezas que, como no están nuevas, no sufren derrame alguno. Insiste en la dosis: cuatro golpes secos, ocho topetazos inconsecuentes, doce ojos enojados y siete muecas de disgusto. Las cosas se zangolotean. El hombre que lo amenazó hace, ¿qué?, ¿dos horas ya?, se levanta furioso. Joan Sebastian deja de cantar. A Elio el piso se le mueve. Traidor suelo de cantina, la traicionera parcela del infierno que a todos nos corresponde por derecho.

Elio observa la situación. Toma su botella de cerveza y la coloca pendiendo encima de su cabeza, peculiar espada de Damocles. Sin mucha fuerza pero siendo contundente, se golpea con la base de su Dos Equis. Hace un par de gestos voluptuosos y deja que la espuma se vierta por su boca. Como si él mismo fuera un envase ofendido. Elio se vuelve una turbochela de carne y hueso. Vomita cerveza en el suelo, salpicando a los metaleros y sus novias.

Felipe se pone de pie tapándoles la vista a los bebedores de su mesa. Transformado en telón, les dice:

—No se saquen de onda. Con mi amigo pasa como en las películas de Pedro Infante: los problemas se solucionan en una escena que nadie ve y detrás de una puerta —les dice para tranquilizarlos al mismo tiempo que mentalmente repasa sus nombres. Falta uno.

No ha llegado uno—. Les suplico que no volteen a ver hacia allá, ignoren a mi compa por unos instantes. Eso sí, hagamos fiscalización de hebillas en caso de que se armen los madrazos. ¿Quién trae cinturón y quién no? ¡Carajo! ¿Quién necesita más tequila?

Empieza en ese momento el Himno Nacional Mexicano. Retiembla festivo y salido de la rocola, como cantado por talentosas coladeras, por marionetas empolvadas. El ajedrecista lo tararea inconscientemente. El ruco colorado, de nuevo en la barra, canta en voz baja:

*Mexicanos, rateros sinvergüenzas,
se robaron mi torta de jamón...*

Felipe está entablado. Es como sobrellevar una humillante falta de ortografía en el nombre, como tener una especie de dislexia sobre cuando es de día y cuando es de noche, es como equivocarse a la hora de colocar un separador en el libro leído. Cierra los ojos y se enfoca en sentir el tequila bajando por su garganta. Se estremece. Descansa los ojos y tiene un sueño sin imágenes que pudo haber durado ocho minutos o veinte o uno.

El ajedrecista se regresó ya a su mesa. Trata de despertar cariñosamente a su rival. Su rival que ronca.

Javier pide su cuenta.

Edwin pide su cuenta.

Ambos hacen garabatos en el aire. Letras de un idioma estúpido e inexistente.

Frida se imagina que un hombre entra, pistola en mano, y dispara al azar. Ninguna de sus balas atina a ser humano alguno. El hombre se aleja corriendo.

Desde la rocola suena una canción auspiciada por una escandalosa niña que básicamente propone gritar la palabra fuego para que éste no se apague.

—Las cosas existen cuando las nombras —dice Felipe—, ¿habrá un cliché más cierto que éste?

Felipe toma el celular y ve que tiene al menos siete mensajes de los diferentes amantes de Frida. Los borra sin leerlos. Penélope amenaza con pedir un taxi por internet. Felipe le suplica que se quede un poquito más. La bebé está dormidísima. Los improvisados comparasas se despiden sin mucha formalidad e incluso con prisa. Queda el silencio, gelatinoso y despeinado. En estos casos, se sabe, cada diez minutos retumbará algo que nadie eligió, rolas al azar que la última rocola de discos del centro histórico escupe.

—No me gusta el mundo que me rodea, Penélope. Yo hubiera hecho las cosas mucho mejor. Imagínate que Abril no fuera simplemente hija del patán de provincia que te cogiste sin protección. Imagínate que cada uno de nosotros fuera el resultado de todas las personas que se acostaron con tal o cual chava. Descreo de la paternidad. Lo diré con todas sus letras: del problema de la paternidad. Si hubiera estado en mis manos inventar a la especie humana, todos seríamos hijos de todos y padres de todos. Abril sería el producto de una suma. La suma de todos los hombres que amaste o a quienes les entregaste el cuerpo así nomás. Salud y perdóname, estoy cansado.

—No era un mal tipo. No es un patán de provincia. Me gusta ser madre de su hijo. Básicamente yo lo obligué a tener a Abril. Me hubiera gustado seguir con él y que, con el tiempo, fuera él quien me exigiera ser madre de nuevo. Los hijos son un castigo que un ser humano dedica a otro. O un negocio, si quieres. Yo le quedé a deber uno. Hablas de sumas pero es al revés, quitas vida dándola. Somos únicos e irrepetibles, terribles milagros. No pidas perdón. Pero sí deberías irte a dormir ya.

—Dioses con ojeras y cadáveres aplaudiendo, al mismo tiempo, eso somos.

—Pero dioses, después de todo.

—Dios es algo que alguien inventó para que una mujer le aflorara. Perdóname. No estoy bien.

—Deja de pedir perdón. ¿Sabes lo que es la disgregación?

—Ese día falté a la escuela.

—Yo estoy aquí contigo pero mi mente está en otro lado. Le pasa a los niños chiquitos. Por eso no se acuerdan bien de lo que les pasa. Por eso para los niños no hay tiempo. Yo padezco de eso. Es horrible. Pero hermoso.

—Desearía estar con ese equipo de fut de hace rato. Todos en grupo esperando a que pase la lluvia. Son lo más cerca que estaremos del hombre primitivo de nuevo. La mentira de la evolución, Penélope. Tejer y destejer.

—Yo finjo estar aquí, pero realmente sigo con el padre de Abril.

—Naces, creces, te reproduces y mueres. A esa clase sí fui. ¿Dónde en esa ecuación cabe estar en coma? Aquí había una frontera, Frida. ¿Dónde está?

—También Elio me dice Frida. ¿Quién era ella? ¿Era más guapa que yo?

—Todos los guijarros tienen un ángulo hermoso. Un guijarro es una piedra. ¿Por qué no mejor digo de entrada que todas las piedras tienen un ángulo hermoso y me dejo de mamadas?

—¿De qué estás harto? Cuéntame.

—Me estorba la vida, me la encuentro por todas partes.

—¿Quién era esa Frida?

—No la menciones. ¿Sabes? No me atrevo a regresar al hospital, quiero llevarle un cigarro mentolado y simplemente colocarlo en su boca. Eso la tranquilizaba.

—¡Willy! —grita Penélope.

—¿En qué zona sísmica estará ese hospital en que la tienen expatriada?

—¡Un trago Monterrey para el joven!

—También cité a Esteban. Le dije que llegara a las once y media. A los demás les dije que a las nueve.

—Tranquilízate, eres muy intenso. ¿Y el chiste que me ibas a contar?

—Eres un amor, Penélope. Que nadie jamás te diga lo contrario. ¿Me das un beso?

—No.

—Bien. Ahí tienes que en una cantina están un hombre que cultiva su jardín, el que agradece que en la tierra haya música, el que descubre con placer una etimología, dos empleados que juegan un silencioso ajedrez, el cantinero que premedita un color y una forma... ¿Cuál otro? Oh, sí. Uno que quiere justificar un mal que le han hecho...

—Ya estufas —dice Elio, de vuelta a su imperio—. Nos vamos a tener que mudar a la de ya, Felipe, porque esos fayuqueros ojetas irán a matarnos por ahí del jueves. Ah y tú perdiste tu calzón para siempre. Hice lo que pude. En la del Valle hay buenos departamentos, baratos. Ya se fue todo mundo. No me daba buena vibra el tipo de la cicatriz, los otros eran unos niñazos. Estaba pensando en ir a acabarnos esta botella a Garibaldi. Conozco un bar de tres pisos. En el primero, table dance. En el segundo, putas. En el tercero putas que le hacen table dance a las putas.

—...Esas personas, que se ignoran, están salvando al mundo.

—A ver, aguanten vara —dice Elio.

Camina. Pone más canciones. Luego se mete al baño. Regresa y toma asiento.

—Esa maravilla, es un canto cardenche. Es música de funeral que hacen puros viejitos en Durango. De las pocas músicas que llevan más de un siglo sin influenciarse de otras músicas. Originalmente, los cantantes deben andar ebrios. No conozco otra cantina en la que tengan este pedo. Oigan.

—Me voy ya —dice ella— acabo de pedir mi taxi.

—¿En cuánto tiempo llega?

—Dice aquí que diez minutos.

—Ahora me ves y ahora no —comenta Felipe— piches viejas, son como el dios del Antiguo Testamento.

—Tiempo perfecto, aunque te extrañaremos en Garibaldi. En una de esas acabamos meando Bellas Artes. Te contaré mi sueño más reciente. ¿Va? Estoy en una caverna que al mismo tiempo es un hogar amueblado. Adentro, danzando y columpiándose en cortinas, están todas las mujeres de mi vida y sus sombras. Yo voy llegando

apenas, huyendo de una tormenta de nieve. Ahí, en esa cueva primigenia, están todas las mujeres de mi vida. Chingá. Creo que eso ya lo había dicho...

—El auto llega en siete minutos.

—Prosigo. A algunas de ellas las reconozco inmediatamente. La vagabunda que en la infancia me mostraba los pechos a cambio de una propina, una amiga inaccesible y critica, una novia formal que ha dejado de ser musa, una inútil amante tan chichona como hipocondriaca, una azafata de voz varonil. También hay varias que sólo son producto de mi imaginación. Viven enclaustradas, esperando a que yo llegue para que principie el carnaval. La fiesta de la carne. Me preparan la ducha, me sostienen el espejo mientras me reconozco viril, me transportan como a un recién nacido al que hay que chulearle las piernitas, me remedan la ropa, me limpian el cuchitril y me aplauden los corajes.

—Cinco minutos.

—Me veneran como a un dios, vaya. No me interrumpas. Ah, pero escucha esa rola. Preciosa. La Anselma. Entre las mujeres de mi sueño, la única regla es no envejecer. Aquella mujer que supere cierta indefinida edad deberá pasar al abandono de los aposentos superiores y vivir de sus recuerdos. Ante un amago de insurrección debido a esa regla sumaria, tomo mi látigo y las castigo a todas. Parejo e inclemente. Es un sube y baja de emociones, ellas están alegres y orgullosas ante el sometimiento.

—Machirulo.

—Es un sueño. No lo contamines con tus etiquetas ideológicas de inicios de siglo.

—¿Y luego? ¿Te cogen entre todas?

—Para nada. Me quedo solo, todas me abandonan. El lugar se vacía. Al final Frida, una chica con la que salía y de la que no sé nada hace ya varias, ¿semanas?, ¿meses?, friega el piso mientras monologa. Mi sueño es mi corazón, el corazón de un hombre, con todas sus puertas dolorosamente abiertas. Se supone que Frida vendría hoy acá.

No se dan cuenta de que Felipe ya no está con ellos. Pero exactamente en ese momento entra empujando la puerta abatible. Se sienta, agitado y con las entradas del cráneo llenas de culebras de sudor. Willy le acerca una ampolleta de Victoria, él la bebe de un trago. Toma la fotografía tamaño infantil de la hija de Edwin y se la pega en la frente usando su sudor.

—¿Y ahora, tú, dónde te metes? Te perdiste de mi último sueño.

—Déjame advino: ¿Jean Pierre Cinema Godard?

—Frío, frío.

—Ya me voy, andan pedos —dice Penélope—; tú ni me constaste de tu poema.

—No hay nada que contar. Fui a ver si cerré bien la puerta de la casa.

—¿En verdad? Estás chiflado, Feli.

—La buena noticia es que sí estaba bien cerrada. Y te traje un suéter.

Penélope no besa más a Elio en la boca. Empuja su carriola como un moderno Sísifo empujaría su carrito de hotdogs. Se asume un tanto mareada, con la lengua dormida y los párpados perdiendo la batalla diaria. Willy le ayuda a salir apartando las cosas con que podría golpearse, le abre la puerta abatible de par en par. Ella regresa a la calle, siente que la expulsaron de algo. La ciudad luce cacariza,

llena de colores que atraviesan la pubertad. Le da el aire. Nauseas. Demasiado tequila. Afortunadamente ya está ahí un Sentra blanco esperándola. Ella le pide que la espere *tantito*. Tiempo mexicano. Lanza una última hojeada a los dos amigos. Pareciera que juegan a no pestañear, simplemente se observan, hablándose en silencio. Ha decidido que no volverá a verlos. A verlo. A verlos. Mira las cuencas ensangrentadas del Niñito Ciego y ora en silencio, persignándose encima de una mueca incontenible. *Padre* no tiene inconvenientes. Pero queda *Hijo* en una barbilla temblorosa que se arruga. *Espíritu* y *Santo* despuntan al lado de dos ojos con estrabismo que ya no pueden consigo.

—Señor, ayúdame. Ayúdala.

Pero la ayuda no vino. En cambio el chofer mete la carreola en la cajuela, ella aborda la unidad y se aleja sollozando, sentada en la parte de atrás de un auto. Abraza a su hija, que sigue dormidísima. Hace años que Penélope no le rezaba al dios que le impusieron. Esta vez, piensa, no se sintió como un monólogo. Respira hondo, verifica una y otra vez que el seguro de su puerta esté cerrado. Ve vagabundos en las banquetas y montañas de basura y negocios cerrados. A la pregunta, ¿cuál es el objetivo de la vida, a qué vinimos al mundo? Ella respondía con seguridad: a reproducirnos. Ahora no está tan segura. Todos los días, algo milimétrico se modifica en Abril. La forma como sigue un dedo que la apunta, el gesto que hace cuando evita mirar un foco de frente, la saciedad después del eructo, la forma en que abre los ojos ya distinguiendo entre realidad y pesadilla. Cada día su hija pierde algo irrecuperable, variaciones ante las que ella es espectadora de primera fila. Y al final de todos esos cambios, Penélope lo sabe, está su propia tumba. Dejar hijos para

que se pudran en el mundo no sin antes reproducirse. El vértigo de la reproducción. El problema de dar a luz. Ver el abismo en todas las cosas excepto en un ser que crece sin su consentimiento. A unas cuadas, Penélope, descubrirá que en el bolsillo de su chamarra hay una trusa llena de ojos de la Rana René que Elio colocó ahí. Aprovechando un semáforo rojo saca su teléfono y le escribe que gracias por la agradable noche, que todos sus amigos le cayeron muy bien. El auto retoma el camino y para no marearse, esconde el aparato. No los volverá a ver. Baja el vidrio apenas si lo suficiente para que un aire nocturno entre. Realmente ella sigue en la cantina. Su mente. En una mesa lejos de todos. El taxista le pregunta si quiere escuchar algo en específico o si quiere una botella de agua.

—Tú y yo nos vamos a Garibaldi con escalas de quince minutos en todas las barras donde aún tengamos cuenta —dice Elio amarrándose de nuevo el cabello pero ahora en una cola de caballo.

—No, pero aguanta, estoy esperando a alguien. No tarda ya. Hace diez minutos me dijo que se estaba estacionando.

—Puros misterios contigo.

—Tequila.

—¿Cómo está eso de que nos tenemos que mudar?

—Mi padre le debe un diner a esos ojotes. Mañana lo iré a buscar a la Marrana. En el peor de los casos busco a mi hermano.

—Te acompaño. Tu padre me intriga.

—Una vez a mi hermano lo picó una abeja. Mi papá se enojó y le puso una madrina a él por dejarse picar y una a mí porque no me picó el insecto. Básicamente eso y una charla sobre sexo a mis once años es toda la paternidad que tuve. Ya te he contado eso mil veces. Bucareli...

—Y Reforma. Eso es brillante, güey. Lo de que te habló de vaginas y penes en la Esquina de la Información es un acto de genialidad.

—Lo estás sobreintelectualizando. Aunque sí, supongo que es bello. Mételo en tu poema, cabrón.

—¿Cuánta lana les debe?

—Mucho.

—Yo voy a buscar trabajo. Ésta es la última peda que me pongo desempleado.

—Ah, chingá.

—Necesito dinero para los pañales, la fórmula.

—Verga. Estás hasta tus huevos, pinche Feli. Salud. Y tú sabes que yo no brindo...

Entra Frida en ese momento.

Frida, pero en hombre.

En la rocola, el Piporro propone:

Llegó borracho el borracho.

Pidiendo cinco tequilas,

Y le dijo el cantinero:

Se acabaron las bebidas.

Si quieres echarte un trago,

Vámonos a otra cantina...

Es Esteban. Se para enfrente de su mesa. La única aún con gente. Los mira sin individualizarlos, como si ambos fueran un mismo bloque humano, algo muy parecido a ver un sendero de hormigas. Espera a que la canción termine. Después saca su teléfono y marca un contacto. El aparato en el bolsillo de Felipe retumba. La

cumbia hecha para robots. El camino de hormigas sigue siendo una cosa por sí misma pero Esteban nota que unas avanzan de subida y otras de bajada.

—Devuélveme el teléfono de mi hermana —dice, serio, contundente. Aunque por dentro está roto.

—Dile a mi suegrita que ya le bajé Ataque de Tiburones 2.

Esteban toma el aparato y amaga con irse tal cual llegó. En cambio Elio le sirve un caballito de tequila. Él se sienta con ellos.

—¿Te chingas uno? —dice Elio sin entender del todo qué está sucediendo, un poco atarantado y en pleno desfase. Feliz porque hay una nueva persona con quien lucirse y a quien apantallar con sus payasadas.

Ocurre otra entrada dramática y escandalosa, misma que inexplicablemente une a la trinca de hombres, súbitamente se conocen de toda la vida, algo se deben entre sí. Dos hombres vienen cargando una caja inmensa. Detrás de ellos está el dueño de La India. Empuja las sillas y hacen a un lado las mesas. Les pide que se levanten un segundo para que pase aquel paquete desproporcionado.

—¿Y ora?

—Jóvenes. Es la nueva rocola digital. Le caben más de cuatro mil canciones. Y se pueden ver los videos de cada una de ellas. Tiene hasta karaoke este avioncito. Ven a saludarme bien, Elio, chamaco.

Poquito muerta (3)

No ha habido un solo segundo en mi vida en que no tenga un hermano de nombre Esteban. Él abandonó el vientre de mamá segundos antes que yo. “Es el grande”, hemos comentado al unísono en diversas situaciones y nadie ríe. Hablando de humor fallido: desde que tengo uso de razón hacemos un chiste que realmente nunca fue gracioso. Él iba a nacer mujer y yo hombre pero me lo robó de último minuto. Final de fotografía. Hablo de haber nacido varón. Lo acordamos, sin hablarlo, mucho tiempo antes de que empezara a ser doloroso: tenemos los géneros al revés. No conozco a su esposa. Él reprueba mi promiscuidad. Quisiera verlo aparecer a lo lejos en esta playa ocupada a la mitad, quisiera verlo brotar hermoso entre varias Fridas, cada una con su respectiva evocación. También él se ataba las agujetas, también él aprendió a leer y a escribir, también él

adoraba el pan, también él escuchaba a mamá enumerando difuntos en blanco y negro.

Nada. Gentío de silencios a medias. La playa está tomada por una turba incompleta. Necia de hundirme, entro accidentalmente a la parte honda de una alberca. Sigo sin tener miedo. Voy por el cogote, no siento mi cabello mojarse, mis pies ya no pisan. Ahora sé lo que sienten las conchas y los ojos de pancha y las chilindrinas y los dedos de novia cuando los sopean en nata.

Mi hermano siempre fue, naturalmente, idéntico a mí. Pero esa semejanza se subrayaba con mayor fuerza cuando éramos chiquillos. Ya de grandes, en él relucían nuestras características físicas de forma más melódica y equilibrada. El filo que forjó nuestros gestos aún ardía en sus sonrisas y seños fruncidos, en su semblante grave al dormir de día, en su cara de imbécil cuando dormía de noche. Si fuéramos un juego de encuentra-las-diez-diferencias, sería mi jeta la que terminaría repleta de círculos rojos. Para darle seguimiento a esa metáfora: yo soy como el cuadro minúsculo que aparece invertido con las respuestas del crucigrama del día anterior. A veces siento que él era incapaz de entender algo sin conocer antes mi opinión. Todo lo que se dice sobre los hermanos gemelos es verdad. Inexplicables ataques de piel chinita, lágrimas sin sentido en circunstancias inverosímiles, hambre insaciable, miedo a cosas cotidianas como cambiarle la velocidad a un ventilador, una comezón de piquete en sitios sin mácula. Una vez al mes a él lo atacaban unas depresiones funestas y yo tenía que colocarme toallas femeninas por cuatro-cinco días. Lo que se cuenta, esa conexión mítica, no es sino un vivir incompleto. Ver tus manos y que parezcan unidas al cuerpo de alguien más, cerrar los ojos y ver rumbear chiribitas de

luces que no te apantallaron a ti. Es como soñar con una habitación que no existe en tu casa, ¡pero no estás dormido! Cada orgasmo al que llegué era un mensaje cifrado que le enviaba hasta donde quiera que él estuviera. Hace ¿qué?, ¿diez años?, decidimos quitarnos la vida juntos.

Pienso en Esteban corriendo hacia mí porque se cortó la yema del dedo con una hoja de papel. Yo libo hasta que el sangrado cesa.

O aquella ocasión en que veníamos regresando del mercado. Yo era quien siempre cargaba las bolsas. Éramos dos adolescentes demasiado castigados por el acné, la prepa pública y la ausencia de un padre que nos diera coscorrónes. El vagabundo que me atraía estaba desparramado justo a la entrada del edificio donde vivíamos en Yácatas. Yo adivinaba su presencia porque, cuerdas atrás, la gente empezaba a hacer cuatros revisándose las suelas de los zapatos. Vestido sólo de mugre y hedor a alcohol, estaba durmiendo la mona usando sus involuntarias rastas como almohada. Todo él era una puerca membrana. Esteban traía el aparato que abría las puertas mecánicas del garaje en el bolsillo. El artificioso abracadabra de nuestro hogar era vestigio de las glorias pasadas de una vivienda sumamente venida a menos. Mi hermano hizo cara de fuchi cuando notó al hombre aquel. Entrábamos al zaguán apenas abriendo una rendija pero, ese día, si él dejaba que el portón se abriera por completo, éste apachurraría al menesteroso. Lastimándolo quizá mortalmente. Apenas hace unos meses se nos había muerto un gato atigrado. Esteban sabía de mi fascinación por el vago. No era algo sexual ni platónico. Me llamaba mucho la atención el cúmulo de decisiones que habían llevado a aquel hombre a ser un teporocho cuyo cuello pueden quebrar dos chamacos apretando un botón. Yo más bien lo veía como

material de una tarea sabrá Dios de qué asignatura. Mi hermano accionó el acceso. Recuerdo el rechinar del mecanismo de las puertas, un sonido parecido a la digestión interna de un demonio que me despertaba de madrugada cuando los vecinos regresaban de sus farras. Yo le pedía a gritos a mi hermano que detuviera las puertas. Dos rectángulos sólidos de acero tan oxidado como grueso. Él sólo reía, viéndome con crueldad. A mí. Ni siquiera miraba al hombre que, inmutable, salvó el pellejo cuando abandoné las bolsas del súper en el suelo para quitarle el aparato a Esteban. Aquí se termina mi evocación de ese día. Supongo que nos peleamos. Supongo que se mantuvo despierto hasta muy de madrugada para así impedirme dormir a mí. El vagabundo ahí sigue, en esas calles, el tiempo le hace a él los mandados.

Pienso en Esteban introduciendo su popote en mi refresco porque se bebió el suyo en tres largos sorbos. Yo le cuento mi teoría de los fantasmas que pueden elegir forma y cómo seleccionan a pura gente famosa y él me dice que es una pendejada querer ser el Ángel de la Independencia porque si me voy al supuesto Cielo tendré dos halos y dos pares de alas y todos saben que la redundancia cierra las puertas del paraíso.

Otro día. Lo tengo enfrente, casi puedo palparlo. Si los días se pudieran tocar sería como sacarse un moco. Decidimos hacernos tatuajes. Antes de quitarnos la vida nos haríamos tatuajes. Acabábamos de cumplir diecinueve años. Yo me había escapado de casa por segunda vez pero cada día impar nos veíamos en un café de chinos que ahora es una zapatería. ¿Cómo vas en la escuela? ¿Cómo está mamá? ¿Qué tatuaje te harías? ¿Dónde? ¿Qué tan grande? Llovía sobre un domingo oscurísimo que padecía un cambio de horario

muy reciente. Además, Coyoacán estaba a un microbús de distancia. No lo pensamos tanto. No lo pensamos nada. Con el catálogo de rayones en las manos decidimos que yo elegiría el tatuaje de él y viceversa. Esteban sugirió que además no podríamos verlo sino hasta que estuviera terminado. Casi casi era un ejercicio de telepatía. Le dolió mucho. Lloró y gritó, sudando a manguerazos. A mí también me dolió mientras era su piel la sometida a la pluma. Era: una hoja de papel con los dobleces que la volverían avioncito, en la espalda y sin color ni sombreados complejos. Macha, recostada boca abajo y mordiendo el cuello de mi camisa, yo aguanté sin quejarme los trazos puntiagudos de cada pictograma. Él temblaba en una esquina.

Me hundo hasta los labios. Todavía me llamo Frida. No sé cuál era mi número telefónico. Pero... ¿para qué quería recordarlo?

Otro día. Esteban machacaba pastillas de diferentes diámetros y formas en un vaso usando una cuchara, las volvía polvo. Antes de eso bailamos en el bar del hotel, cenamos pulpo, ordenamos una botella de whisky y la cuenta. Somos alérgicos a los mariscos. Recostada en una cama inmensa contaba las ronchas que iban apareciendo arriba de mis pechos. Evidentemente moriría sin brasier. Los dos usábamos ropa mía, ropa de mujer. Largas playeras blancas de conciertos a los que no fui, agujeradas y con las axilas amarillentas. Hacía un calor indomable, dolían los muslos al separarlos, me go-teaba el cabello. Lo traía pintado de rosa. El sudor no era rosa, obvio. La televisión estaba apagada. Los del cuarto de al lado cogían sin que eso fuera digno de posterior mención. O bueno, sí. Algo. Sus sonidos tenían mucho de bestiales. Esteban ocultaba su erección de mi vista. Por las investidas de nuestros vecinos, un vaso brincó de repente desde la mesa, cayó al suelo sin romperse. El hecho

de que la tierra tiemble siempre me ha dado ñañas, pavor, espanto, incertidumbre, miedo, insomnio, espasmos. Si en este momento temblara, le dije a Esteban, me valdría madres. Él seguía moliendo el veneno. Olía a medicina, a aire acondicionado y mentas. Las paredes exudaban. Yo le había pintado los labios a Esteban. De negro. Él seguía en lo suyo, la cara había comenzado a hinchársele por culpa del pulpo. No lo voyas a vomitar, me advirtió luego de echar un chorro dorado en el vaso con los medicamentos desintegrados. No te detengas a ver a qué sabe, trágatelo como va. Yo bebí aquel menjurje observando un cuadro enmarcado en la pared junto al baño. Se trataba de uno de esos estereogramas noventeros. Patrones de colores que sólo puedes ver si haces bizcos. Una estampida de unicornios en burda tercera dimensión. Es un unicornio, le dije, entre arcadas y mohines, con los ojos viendo uno para la derecha y otro para la Ciudad de los Muertos. No lo vomites, me ordenó y se puso a moler más pastillas. Eructé como cosaco. Me dijo que ahí donde todo mundo mira a un unicornio, él sólo ve a un caballo con cuerno. Estábamos cansados y ebrios. Su erección se mantenía presente aunque yo no la veía. Era incapaz de pensar en mi hermano como un ser sexual. A nadie lo excitan sus propios codos raspados. Él vertió un chorro de whiskey en el vaso con el polvo de los somníferos, lo giró con la muñeca y apuró un fondito. Eructó con cursilería. Yo encendí la tele. Daban una película de balazos y autos a toda velocidad. Ese actor se murió de cáncer el año pasado, dijimos los dos al mismo tiempo. Bueno, cada quien usando sus propias palabras. Nos reímos. Nos abrazamos. Me besó en la frente. Le dije que había escrito un videoclip musical nuevo. Me pidió que se lo leyera. Debido a la naturaleza sexual de la trama y para evitar la censura

de ciertos canales yo recomiendo que sea animado, le comenté al mismo tiempo que corrí hacia mi bolso para sacar mi libreta. Parece que tienes chinchas, me dijo, ya estate quieta. Estaba escrito en tinta azul. Idea para videoclip musical número setenta, le dije. Y me arranqué. Primero vemos a una chica muy atractiva. Es su primer día de trabajo en un enorme edificio. Sube al elevador y pica el botón del piso 2. La vemos engrapando con cuidado varios documentos. Vemos que el patrón, un hombre obeso y calvo, la mira a la distancia. Luego vemos a la chica haciéndole sexo oral detrás del garrafón de agua. En un día distinto, vemos a la chica que llega a trabajar. Pica el botón del piso 8. La vemos desempeñándose con más seguridad, ahora atendiendo la recepción de la empresa. Un nuevo patrón, casi gordo, le entrega un fajo de papeles. Luego vemos a la chica haciéndole sexo oral en el cuarto de las escobas. Otro día. La chica luce más arreglada, igual de primorosa. Sube al elevador y pica el botón del piso 20. La vemos en una sala de juntas atiborrada de empleados, alza la mano, dice algo que no escuchamos. El jefe, un hombre joven y con peinado a la moda, la señala aprobatoriamente. Vemos que a él también le practica el sexo oral, ahí mismo en la sala de juntas ya sin las otras personas. Pasa el tiempo. La chica llega en un automóvil y lo estaciona en un lugar reservado para ella adentro del estacionamiento del edificio. Sube al elevador. Piso 34. La vemos hablando frente a un par de trajeados. Al final le aplauden. Vemos que se las chupa a ambos. Naturalmente: atiende primero a uno con la boca y al otro con la mano. Y luego al revés. Durante el solo de guitarra la vemos pintándose las uñas en una tina. La vemos acariciando a su gato, dormida con un antifaz y tomándose fotos con la Torre Eiffel de fondo. Siempre fuiste muy noventera, me interrumpió Esteban.

Le dije que se esperara hasta el final para opinar y proseguí: la chica sube al elevador. Piso 59. Luce elegantísima avanzando en un pasillo conformado por dos enormes peceras. Viste impresionante. La vemos firmando papeles y luego estrechando manos con un hombre evidentemente poderoso. Luego la vemos mamándose a un tipo en un balcón con vista a la enorme ciudad. Piso 87. La mujer sale del elevador y descubrimos que ha llegado a la azotea del edificio. El viento zangolotea su cabello, su sombrero sale volando. Ella se asoma por el borde. No se alcanza a ver nada allá abajo. Se ve guapísima. Toda una mujer exitosa. Vemos que, después de quitarse el labial de la boca con una servilleta que guarda en su bolsa, se arroja al vacío. Por unos segundos vemos simplemente la azotea del edificio. Todo es calma. Nubes. Fin del videoclip, dije. Esteban estaba completamente dormido. Me sentí mareada. Se me cerraron los ojitos de putazo. Por si las dudas, insinué un padrenuestro que se quedó a la mitad. Al día siguiente me despertó el silencio. No estaba cruda. Tampoco estaba muerta. Esteban me miraba recién duchado. Yo no entendía nada. El cuarto estaba inundado de vapor. Estás completamente chiflada, me dijo dos, tres veces. Dijo que lo que me dio a beber no fueron más que chochitos. Pastillas para el aliento. Un par de aspirinas. Me dijo que tendríamos que seguir viviendo con los sexos errados hasta que las orejas se nos escurrieran y estuviéramos obesos de todos lados. Ésa es nuestra maldición, concluyó. Yo tenía el cuerpo lleno de ronchas. Y hambre. Me dio aventón a Coyoacán y un billete de quinientos que le devolví hecho proyectil. Caminé alejada hasta la Fuente de los Lobos. Decidí que ésa era la última vez que vería a Esteban aunque tuviera que trabajar aseando los departamentos de los cabrones con que me acostaba.

Aún me llamo Frida de mis ojos para arriba. Observo mi playa sin mar, atestada de las millones que fui. Me ignoran. Pues sí, ¿qué esperaba?, ¿que me aplaudieran? Soy una más y toda mi vida cabe en este pestañeo. Estarás de acuerdo en que se me veía bien ese vestido de flores. Oh, ¿sigues aquí? Me olvidé completamente. Entenderás que estoy ensimismada. Una vez, en la secundaria, en vez de clase de geografía, cada alumno tenía que pasar a contar un chiste. Escuela pública, qué quieres. En fin, Esteban contó una cosa colorada de pepito que involucraba sexo oral. Yo no sabía en ese entonces a qué parte del cuerpo se referían ciertas groserías y él ya entendía sexosas bromas subidas de tono. Coño. Culo. Pito. Me sentí traicionada. Esa anécdota simple y sonsa resume por completo lo que fue mi vida con Esteban. Nunca encontré en el mundo alguien a quien querer como lo quería a él. Te traicionaría sin pensarlo dos veces con tal de vislumbrarlo por unos segundos en el tramo de playa que sea. En el que sea.

Nada.

Para agradecerte la paciencia y que no sientas que perdiste una parte valiosa de tu tiempo, te contaré el abucheador chiste que yo relaté en aquella ocasión y que, me temo, viene mucho al caso. ¿Va? Un gato guía de turistas les muestra a gatos de diferentes gentilicios el desierto de Sahara mientras su globo de texto dice "...este es el baño más grande del mundo".

¿No?

Aprieto los párpados. Me devora un estado previo al nacimiento. Es eso. Todo el tiempo fue eso. Mi número telefónico sonaba muy bonito al ser tecleado. ¿Sabes?, una vez salí con una mujer que me doblaba la edad y que afinaba su guitarra con los tonos de

un teléfono de disco. Una vez salí con un contador. Una vez vi moverse a un árbol como no es normal que se muevan los árboles. Me parece que ya no hay tiempo para más. Bueno. Chau. Hasta la próxima. Te juro que me colgaría de tu cuello en una esquina oscura. Aprieto los párpados, me sumerjo. Una lágrima brota desde un huequito en mi ojo y se va flotando hacia arriba, vuela como el dibujo de las notas musicales en las caricaturas.

HV23. Popurrí Selena y los Dynamo en vivo desde Corpus Christi

A esa hora (algo así como la una y cacho de la madrugada) ya no hay calles entre cantina y cantina, la puerta de salida de una es la puerta de acceso de la otra. Los ebrios no necesitan ciudad así como hay estrellas huérfanas de constelación. Tal impresión se agrava conforme uno se va acercando a la Plaza viva de Garibaldi. Pachanga en la boca del lobo. El grito originario desde el que nacen los ecos que otras personas, en ese momento dormidas, sentirán mañana cuando digan: No sé por qué traigo pegada una canción. A los visitantes que entran por Lázaro Cárdenas los recibe el horripilante Museo del Tequila. La verdad es que, pasado ese obstáculo institucional, la fantasía de Garibaldi es inmediata. Fiesta, desvelo, sombreros, zarapes, gritos, ebrios y canciones llegadoras estallando como flores a la distancia y alrededor de uno. A México le sale la

tilde en Garibaldi. Dentro de unos años y debido al asesinato del hijo (¿o el nieto?) de Malcom X, en Garibaldi ya no se permitirá beber en la vía pública. Pero ese día los picos de caguama aún cambiaban de labios con libertad, en las esquinas del suelo había vasos con trago abandonados pero llenos con agua de una lluvia que ocurrió antier y las cortinas de acero de los negocios cerrados lucían rastros de veloces meadas.

Al trastabillado en turno que entra al recinto por la puerta trasera, Bolívar, las esculturas de músicos difuntos le hacen pasillo. Es el caso de nuestros Elio y Felipe. Avanzan cada uno tapándose un ojo distinto. Sus sombras parecen una deforme escultura de bronce. Esteban viene varios pasos detrás de ellos, lúgubre. Hicieron un par de paradas para descansar los pies y sosegar la puta sed. Se metieron al Gallo de Oro, a uno de los tres Ríos y a la Esperanza.

Felipe oye su propia voz en futuras conversaciones. Le compra varios cigarros mentolados a una marchanta mientras Elio se hace de tres vasos con un litro de cerveza rebajada en agua de la llave y barnizada con chamoy, salsas y zumo falso de limones que nunca fueron siquiera redondos. Esteban permanece callado. Sólo los observa. Aún les queda tequila de la segunda botella en La India. La disfrazaron de agua mineral en un envase de Peñafiel sabor jamaica que cambia de manos e insiste en no acabarse. Forman un círculo que más bien es un triángulo.

—No estoy de acuerdo con que a los mexicanos nos da risa la muerte —dice Elio.

—Es el típico caso de una mentira dicha mil veces que se vuelve verdad —responde Felipe.

Esteban no coopera. Serrucha el tema con un silencio que es a su vez destrozado por la aparición de un charro bigotón y en coca, profeta de milenaria apostura. El hombre toca para nadie y por eso mismo un enorme grupo de individuos lo rodea. Todos se vuelven un bello muégano cantarín. Aplauden y gritan, hinchados de vida. Desde los rincones de toda la ciudad aparecen dolientes con un bonche de himnos y un ramillete de héroes caídos. Con el puño alzado cantan una sencilla letra sobre la posibilidad de que el amor los salve. Abrazados pero sin abrazarse. Evocando a la madre, a la pareja, al novio. Un chavo de unos quince años, intoxicado, se sostiene de un bote de la basura, sufriendo de a de veras. Hay teporochos, vagabundos, muchos jóvenes ya bastante empezados, señores con los ojos inyectadísimos de sangre, señoras en mandil persig-nándose, ancianas arrojando besos y vendiendo rosas. De repente, como un relámpago, aparece la frase “perdona si te hago llorar” traducida en onerosa trompeta. Por cerca de diez minutos es como si a los mexicanos sí les diera risa la muerte. Alargan la canción como lo hace en vivo ese cabrón barroco y dulcemente homosexual que es Juanga. En medio de aquel coro de ángeles Felipe, le dice a Elio.

—Frida está embarazada.

Disolvencia a negros.

No una disolvencia a negros cinematográfica y pausada, más bien un gajo burdo y torpe de inopinada obscuridad, similar al teléfono que se ilumina ante una notificación ignorada y solito se apaga adormecido.

—Tráigame cuarenta caguamas y trescientos pesos para la rocola grita Elio en medio del apagón.

Ahora están los tres ebrios en uno de esos agujeros con paredes de budín. Cemento encajonado sin cariño y con textura puntiaguda cual reptil. Los rodean un grupo de menesterosos que se saben sus nombres y a los que les vierten tramos de cerveza en vasos rojos que la dueña del local reparte. Elio se deja caer de espaldas y la turba impide que se estelle la nuca en el suelo. Felipe ríe de nada, observa a su amigo. Esteban, por un momento, deja de parecerse a su hermana. No es que aquel cubil carezca de nombre, más bien es como una tumba deslavada. Huele a mota, a guácara, a sudor acumulado cariñosamente. Una virgen de Guadalupe enjaulada con un grupo de moscas cagonas corona al cuartucho. Hay una mesa de sardos que se mueven como si portaran un tutú imaginario. Hay rancheros intercambiando bigotes a besos. Hay ancianas tetonas desamparadamente sensuales coqueteándole a objetos inanimados. Hay salchichas en un plato, aguijonadas por mondadientes color plástico amarillo. Esteban masculla verbos mal conjugados, arriba de él pende un ejército de piñatas desmembradas. Elio regresa de sus desatinos.

—Sólo resta —dice— seguir vivo hasta la muerte. ¡Turbochela!

Toma una de las caguamas formadas uniformemente en la mesa. Golpea los picos de varios envases con la base de uno y luego se golpea con él el coco. Vomita espuma ensuciando la mesa de plástico. Aquel líquido digestivo incoloro le cae a Esteban encima y ya no puede más. Estalla. Arremete contra los dos amigos. Los llama inmaduros, los maldice y dictamina poco dignos del centro del mundo que habita entre las piernas de su hermana.

—Niños nalgasmeadas, son como vírgenes que alburean. Pen-dejos. Ustedes lo que necesitan es una madriza. Son capaces de

aplantar al dios de las cucarachas y ni siquiera darse cuenta. Imbéciles. Estorbos. Escuincles pedorros. Tarados...

Conforme prosigue su arenga, Esteban es devorado por la turba de vagabundos exigiendo sus centímetros de cheve. Desaparece de repente. Débil eco haciendo fila en un grito que no le correspondía. A Felipe se le antoja un tamal. De repente, sin que nadie lo note, todas las botellas de alcohol en las cantinas y tugurios del mundo se vuelven rojas, de sangre. Mañana ambos amigos despertarán con costras carmesí en los labios pensando que en algún momento bebieron vino. Pero no. Fue el fin del mundo. Uno más que ignora toda la humanidad para seguir con sus vidas, anhelos, erecciones desperdiciadas, quincenas y crudas.

—Frida está embarazada.

—Y dale.

—Frida está embarazada. Seis meses según mis cálculos.

—¿De quién, pinche necio?

—De ti, de mí, de los dos ajedrecistas, del naco ese que según él se cogió a las que dan el clima en los noticieros. Todos los Justos se la metieron doblada. Todos los Justos somos hermanitos de leche. También el trajeado la preñó, también el fayuquero que quería madrearte... el único que no venía al caso era el anciano colorado que dice que don Porfirio es gay. No sé si su hermano gemelo también se la cogía.

—Súper gay, Felipe. Súper gay.

—Es en serio —comenta Felipe en cabizbaja voz baja y mira hacia arriba. Ya no están en Garibaldi. Avanzan sobre Eje Central que está siendo barrida por los anaranjados hombres de la limpia.

Los primeros autos que el día ofrece recorren la avenida a toda velocidad.

—Frida no está embarazada. Aunque se me hace sospechosa su desaparición. ¿Algo sabes?

—Nada.

—Bueno. Ella le quería regalar a su mamá un iPhone porque iba a ser su cumpleaños pero andaba bien corta de lana. Yo le dije que les pidiera a sus amantes una feria alegando que estaba preñada y necesitaba comprar la pastilla del día después. Así juntaba el dinero, seamos francos: en una semana. Incluso colaboré con una parte. ¿Te la cogías sí o no? Ya dime. Quiero oírlo salir de tus labios al menos una vez.

—No. Nunca. Es tu vieja. Era tu vieja, digo.

—Todas las viejas son de todos —dice Elio.

—Más bien todos somos hijos de todos.

—Sabes, a veces me salgo de la casa y no cierro la puerta con llave. Sólo por chingar. Te lo digo todas las noches pero estás tan pedo que se te olvida. Te quiero, cabrón.

Elio lo abraza de ladito. Felipe se mira en un espejo que no debería estar ahí. En general los espejos son baches en la avenida, eructos de un estómago vacío, noches en las que uno está tan condenadamente cansado que no puede dormir. Aun así carece de sentido que haya un espejo ahí, de pie, alto y funcionando al cien por ciento de sus capacidades. ¿Qué se espera de un espejo? Reconoce su cara entre oscuros reflejos y temblorosas luces pálidas. Una mujer se encuera con desgano en una tarima que flota sobre un cementerio azteca. No recuerda en qué momento entraron a ese antro al que se accede metiéndose en las fauces de un enorme tigre blanco.

Fluorescentes piedras de sol brillan en cada mantel. Las putas ya están en pants. La chica desnuda tiene los pezones más grandes que los senos, quizá sea enana. Elio fue a que le hicieran un privado. Volverá apestando a crema para las manos. Ya mero es de día. Respirar es en sí un *déjà vu*. Felipe se palpa imaginariamente los huecos donde suelen estar los ojos. Antes de que el espejo se mude de novela, él distingue en su semblante algo completamente desconocido que lo pasma.

Ah, ya: es la maldición de tener todo el tiempo un rostro que denota la preocupación de ya no ser joven.

Epílogo: Ítaca Itacate (2)

Varios meses después, Elio va dejando atrás cantinas que cantan y cuentan.

La primera que se le presenta al paso es La Vaquita, *ven, ven*, le dice. Dignificada en su esquina de dos accesos a la vez próximos y lejanos, como ojos en un rostro. Luce más grande de lo que realmente es debido a las varias paredes de espejo que la flanquean como a un vestidor de damas. Entrar a su diminuto baño la devuelve a su justa dimensión. Ahí las tortas son poderosas y el ron Castillo está barato y bien servido. De milanesa y campechano, con la cantidad de zumo que ofrezca el mejor medio limón del plato. *Ven, ven*, le dice La Vaquita dulcemente, apoyándose en su apostura de cantina casi inofensiva.

Ah, pero Elio trae cera seca en las orejas y se sigue de largo sin siquiera mirar de soslayo al establecimiento.

Aquí, viajero con apetito, ¡aquí!, le grita La Mascota; es el suyo un aullido apagado, extraviado entre el agradable escándalo de los dos músicos que jueves, viernes y sábado cantan *covers* de los Beatles. Además impera otro concierto, el de platos y vasos chocando. Unos a manera de brindis y otros formaditos para ser lavados o entregados a su respectivo hambriento. Suma abigarrada de carcajadas, La Mascota, *aquí, aquí*; le sugiere quedándose sin aire.

Pero trae cera en las orejas y se sigue de largo.

Entra, hijo pródigo, le exclama La India. *Come on in*, sugiere el Dos Naciones. *Pásale con una chingada*, indica La Portales.

Pero, ya se dijo, trae cera en las orejas.

El Salón Corona sólo le hace *psst, psst* majaderamente. Le habrá aprendido tal maña a alguno de sus comensales que miden la vida en quincenas y se envalentonan al segundo litro de cerveza. La fila de gente formada para entrar llega hasta la calle y un cadenero administra las entradas y salidas. Están transformando al centro en un congal.

—Mira, un pinche globo —grita Elio contento, señalando hacia el cielo y frenándose en seco.

Es un punto rojo con orejas de Mickey Mouse que se aleja empequeñeciéndose entre macabros clanes de nubes. Entonces un niño debe estar llorando, diría Felipe, en caso de estar ahí. Luego permanecería en silencio lo que se tarda un hombre en beber un vaso de agua.

Elio, abandonado, tararea el cacho de alguna canción pegajosa que sonó cuerdas antes en las bocinas de la estúpida farmacia que pusieron donde antes estaba La Madrid. Pobrecita.

Doblando por Motolinía hay de dos: primero la Buenos Aires. Cara, pero buena para ver fut. Larga y cavernosa. La parte de hasta atrás es un karaoke perpetuo. Las meseras están chifladas pero son afectuosas. Hay en uno de sus muros un inexplicable autógrafo de Francisco Villa y el imitador del cura Hidalgo se echa sus tragos ahí con el achaparrado grupo de turistas asiáticos al que guía. La cantina grita desesperada: *pues ya éntrale aquí, vente*.

Pero no: la cera en las orejas, la sed de otra índole.

Pocos pasos adelante, pero enfrente, está la otra opción. Una cantinucha cuyo nombre jamás ha conocido. Local sudado y pulgoso donde tienen enmarcada y amplificada la foto tomada en Cuernavaca en la que se le alcanza a ver una parcela del Monte de Venus a Marilyn Monroe. También lo quiere de prenda: *ven, no seas malito. Aquí*. Elio avanza cada vez con más prisa. Gira en Dieciséis de Septiembre. La Ópera lo llama a lo lejos: *habéis llegado, marinero*. Pero lleva poca feria y en esa cantina el menú y los precios son bilingües.

El Munal lo recibe abriendo el cielo tal y como le gustaba a Villaurrutia: a paletadas. Ya mero llega, Elio, a su destino del día. La plaza del museo está ocupada por innumerables bailarines con cascabeles en los muslos que brincan y se contonean al ritmo de un tambor. Si el centro histórico es un corazón: ahí se exalta y adormece el latido. Apesta a incienso, a patas, a coladera.

Héroe sediento, ven... le alcanza a gemir a lo lejos La Camarita, harta de que Sebastián Lerdo de Tejada le dé la espalda, con sus chelas tibias de a dieciocho pesos, sus chamorros que se desnudan del

hueso con la pura mirada, sus gordas adolescentes estrenando falda o labial negro o efervescencia entre las piernas, su rock en tu idioma después de las ocho de la noche entre bufandas de equipos de fut de todo el planeta. Si nuestro Elio supiera que dentro de poco esa cantina será clausurada de seguro sí hubiera modificado su destino.

Entra a donde principia (o termina) el pasaje de libros a la sombra del edificio de correos. A lo lejos en uno de los puestos están escuchando el *Ok computer*. Saluda de mano y con exceso de afecto a un joven afeminado que vende películas pirata. Coloca sus hileras de cine en la banqueta. El vendedor busca entre sus cajas de zapatos y le entrega al menos seis bolsas de plástico con un disco adentro y una portada fotocopiada en blanco y negro. Cuatro películas de Rossellini, *Jules y Jim*, *El Salario del miedo* y la de *Vaqueros contra aliens*, todas unidas por una liga descarnada y un cinto improvisado que dice: Elio. La indigente dignidad del cine a un siglo de existir entre los hombres. Es como fantasear con los calzones de una maestra.

Elio se asegura una buena tanda de sueños inventados.

Paga. En su mirada reside un pedazo de sol que ya no aguanta las ganas de salir achicharrando planetas.

Un niño, no lejos de ahí, deja de llorar de golpe. Quizá ha aprendido que la belleza es efímera. Su extraviado globo de Mickey Mouse prosigue su ascenso. Desde arriba, la esfera escucha a las sirenas abucheando a Elio.

Más bien abuchean a todos los sobrios de la ciudad.

Desde allá arriba el globo escucha también a la rechifla y los siseos de desaprobación de los puestos de cervezas de a litro en Garibaldi, de La Esperanza y los cuatro Ríos de la Plata. Un viento repentino jala al Ratón Miguelito y la Tío Pepé grita *buuuu, buuuu,*

encabronadísima y chimuela, con su barra porfitista. Se unen al coro de chiflidos el Bar Lee, La Montañesa y el Salón Isabel que de alguna manera y desde allá arriba se ven tan cerca una de la otra. Los maniqués vestidos de luces en La Faena lloran. Gritan todo tipo de maldiciones La Centenario por allá, El Titán, El Salón San Luis. Justo al borde del abismo en que están construyendo una nueva línea del metro, La Paloma Azul brama reclamos, dormida. El Frontón en Coyoacán. La invencible en San Ángel. Mareado, el globo siente que va a vomitar, tiene a la ciudad de México en un puño. La apartadísima Jalisciense también se une a la rechifla. Algo aporta La Tampico representando a todas las cantinas que han dejado de existir.

Y el globo se pierde entre el rebaño del cielo. Explota.

Elio regresa, todavía con más prisa, a La Gloria. Trae cera en las orejas. En otras palabras: se encerrará a ver cine lo que queda de ese día en septiembre cuyo viento, fiel a su costumbre, hace ondear a las banderas, banderitas y banderotas de México que venden en las esquinas.

Índice

- 11 Vomitar el tamal completo
- 23 Legión de etcéteras
- 31 Elio Peces
- 37 Ítaca, itacate
- 45 Todo lo que toca la luz
- 59 Aquí empiezan tus nalgas
- 71 Poquito muerta

- 77 Andar rota
- 89 Kansas mom gets fucked hard then kills herself
- 97 Ataque de tiburones
- 109 Duele de blanco
- 119 Yo decido cuándo los perritos tienen frío
- 131 Marzo
- 143 Poquito muerta (2)
- 149 ¡Despertad, leones de piedra!
- 157 Gato llamado Abril
- 169 La segunda noche sin prisas
- 175 Ataúd hecho con libreros
- 223 Poquito muerta (3)
- 233 HV23. Popurrí Selena y los Dynamo en vivo desde Corpus Christi
- 241 Epílogo: Ítaca Itacate (2)



Aquí había una

frontera, de Gabriel Rodríguez Liceaga,
se terminó de imprimir en septiembre de 2018,
en los talleres gráficos de XXXXXXXX Impresión, S.A. de
C.V., ubicados en Nogal núm. 51, colonia Santa María la Ribera,
delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06400. El tiraje
consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la tipografía
Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Con-
cepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué y Lu-
cero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta:
Rogelio González Pérez. Cuidado de la edición: César
Alan Malvárez Hernández, Laura Zúñiga Orta y el
autor. Editor responsable: Félix Suárez.

